

# MASNAVI

**Rumi**

**InfoLibros.org**



## SINOPSIS DE MASNAVI

El Masnavi Espiritual es un poema extenso del reconocido poeta persa Yalaluddin Rumi. Es reconocido por ser uno de los textos más importantes del sufismo, un enfoque espiritual del Islam. La obra consiste en una serie de textos poéticos que suman aproximadamente 25.000 versos en total.

En esta obra encontrarás todo tipo de historias y anécdotas basados en el Corán y cuentos tradicionales de la cultura islámica. Se discuten en ellas cuestiones morales y filosóficas de la vida, incluyendo las dimensiones espirituales del ser humano.

A diferencia de otras obras similares del sufismo, Masnavi es un texto sobrio y apto para cualquier persona que desee reflexionar sobre el sentido de la vida y su significado según el Corán. La obra fue creada para mostrarles a los sufíes cómo pueden enamorarse verdaderamente de Dios.

Si deseas leer más acerca de esta obra puedes visitar el siguiente enlace

[Masnavi por Rumi en InfoLibros.org](http://InfoLibros.org)

**Si deseas leer esta obra en otros idiomas, sólo tienes que hacer clic sobre los enlaces correspondientes:**

- Inglés InfoBooks.org: [Masnavi author Rumi](#)
- Portugués InfoLivros.org: [Masnavi autor Rumi](#)

---

**Si quieres acceder a nuestra biblioteca digital con más de 3.500 libros para leer y descargar gratis, te invitamos a que visites esta página:**

- [+3.500 libros gratis en formato PDF](#) en InfoLibros.org

## PRÓLOGO

El libro que presentamos es peculiar. No es un comentario del Mathnawî de Rûmî (1207-1273) al estilo convencional. En escritos anteriores he propugnado la necesidad de leer los textos de los grandes autores de todas las tradiciones, desde nuestra condición de occidentales, sin renunciar a ella, pero haciendo nuestras todas esas otras tradiciones, para aprender de ellas y poder extraer la sabiduría que tanto necesitamos para las nuevas sociedades industriales de innovación y cambio. Eso es lo que intentado en este escrito.

El Mathnawî<sup>1</sup> es uno de los más grandes textos espirituales de la historia de la humanidad. Le han llamado y, por mi experiencia con él, creo que con justicia, “el Corán persa”.

No sé si la vida me dará como para comentar una obra que a Rûmî le ocupó toda su vida. Hay obras de autores espirituales que requieren más de una vida para poderlas comprender en toda su riqueza. Pero, como todas las grandes obras, es agradecida y te recompensa, con creces, el esfuerzo que pones en desentrañarla.

Djalâl-od-Dîn Rûmî, apodado Mawlana (“nuestro maestro”), enseñaba jurisprudencia en Konya, Turquía, cuando su vida dio un

1. Rûmî: Mathnawî, el título hace referencia a la estrofa empleada en su composición, dípticos rimando entre sí (en total, más de venticuatro mil versos). El comentario sigue la edición castellana publicada por la editorial Sufi: Rûmî. Mathnawî. Madrid, 2003-2005, en cuatro volúmenes.

giro a raíz de su encuentro con un derviche errante, Shams de Tabrîz. De ese encuentro surgió el Rûmî poeta, el místico, y a su alrededor se originó la tarîqa Mawlawîya (la orden Mewlevî), que se extendió rápidamente por todo el imperio otomano. Se la conoce fuera de los círculos sufíes por la danza en círculos de sus derviches (el sama'), emulando el giro de los planetas alrededor del sol.

A mi criterio, Rûmî, reúne dos grandes cualidades, muy difíciles de conjuntar: es cálido como un poeta y es un muy profundo pensador. Estos dos aspectos no son dos estratos de su colosal escrito, sino una fecunda unidad. Su poesía es altamente intelectual y su especulación es altamente poética.

Conjunta además otros dos estilos espirituales también muy difíciles de conjuntar. Es un musulmán, por consiguiente, rigurosamente teísta, y es, a la vez, un pensador vedanta, no dual<sup>2</sup>

Su obra no es nada fácil, como podrá deducirse de los aspectos tan diversos y casi opuestos que concilia. Es una mina de diamantes. Pero para conseguir esas joyas hay que adentrarse en la oscuridad de la mina con un pico y una pala para extraerlas una a una. Cuando lo logras y tienes la preciosa piedra en tus manos, la riqueza de sus caras no tiene límite.

Debo hacer una advertencia. Hay una lectura creyente de Rûmî; hay una lectura incrédula en la que sólo se ve al poeta; hay una lectura laica, aunque espiritual, que se maneja mal con la noción de Dios por las resonancias, todavía poderosas, que esa noción tiene con los sistemas de creencias y, por último, hay una lectura laica, también con voluntad espiritual, que ya no tiene dificultad con la noción de Dios porque ésta se toma como puro símbolo expresivo de la dimensión

2. En referencia a la opción de la realización por la vía del conocimiento, desde una perspectiva no dual, característica de la escuela hindú Vedanta Advaita.

absoluta de la realidad. En mis comentarios me encuentro en esta última posición.

He defendido en otros lugares que es preciso que las nuevas sociedades puedan leer los grandes textos y escrituras de las tradiciones religiosas teístas, sin que la noción de Dios les provoque ningún tipo de rechazo, porque llegan a entenderlo como puro elemento lingüístico expresivo de esa dimensión, que es inefable, pero que da fundamento para poder usar esa imagen del absoluto con claros rasgos antropomorfos. El símbolo Dios, Él, son potentes modos expresivos y orientativos para trabajar en la vía interior. No hay razón alguna para no utilizarlos y sí muchas para emplearlos cuando convenga.

Hemos de poder conseguir leer los textos que hablan de la dimensión absoluta de la realidad, y dejarnos orientar por ellos, para aprender de ellos su sabiduría, corregir nuestros errores en el camino, etc., tanto si se trata de textos de expresión teísta como no teísta. Esas dos grandes categorías son sólo diferentes modos de expresión y trabajo para despertar a esa dimensión, en los que se utilizan preponderantemente unas facultades u otras.

Para aprender y heredar esa sabiduría no es preciso ser creyente, ni pertenecer a ninguna religión, sólo se precisa ser un buscador honrado, silencioso y sin ningún tipo de prejuicios.

Nadie se extrañe que en mis comentarios utilice expresiones claramente teístas. Aunque mi espiritualidad sea claramente laica, considero mías todas las tradiciones, también las tradiciones teístas, y no me queda ningún prejuicio contra ellas.

Sólo así podremos heredar el rico legado cristiano, musulmán y judío.

Mis meditaciones sobre el texto no eximen de leer la obra, todo lo contrario, son un llamamiento a emprender la tarea de sumergirse en ella, con valor y con paciencia, a adentrarse una y otra vez en un texto que no nos deja nunca con las manos vacías. Reflexiones nacidas, pues,

de la lectura de la obra que no pretenden resumirla ni comentarla. Los grandes autores no entregan sus joyas fácilmente; sin embargo, espero que mi escrito ayude a la tarea a la que invito.

Mis manos son pequeñas para recoger y ofrecer todas las joyas de sabiduría que contiene el Mathnawî. Ofreceré lo que sea capaz de extraer, consciente que quien se anime a estudiar esta obra extraerá tesoro que yo no he atinado a ver o no he tenido tiempo suficiente para extraer.

Los apartados en los que divido la exposición, parecen no tener relación unos con otros, pero sí la tienen. Están engarzados por una línea de fondo que progresa sutilmente. La línea de fondo es la central de la gran intuición islámica: Él es el Único, nadie ni nada hay frente a Él. En esto no hago más que adaptarme, en lo posible, a la sutilidad del procedimiento de exposición del mismo Rûmî.



Rûmî pocas veces llama a la dimensión absoluta de lo real “Dios”, es más frecuente que lo apunte llamándole “el que es”. En esto también procuraré seguirle. Sin embargo Rûmî vivió en un ambiente teísta; por esta razón le llama “el que es” y no “lo que es”. Aunque no por ello deja de insistir constantemente en el carácter innombrable “del que es”. En lenguaje de nuestros días podríamos decir que comprende con toda claridad que el término “Dios” o “Al-lâh” son sólo metáforas, símbolos para hablar de lo que no se puede nombrar.

El término con que más se refiere a la dimensión absoluta de lo real es “Él”. Lo aceptaré y lo asumiré, porque para un sujeto en camino, el Absoluto se presenta como externo, como fuera de uno mismo. Y eso Absoluto que fingimos como frente a nosotros, por nuestro todavía no pleno convencimiento de nuestra nada, lo fingimos, lo representamos como un “Él”.

Pero el error a que pueda inducir el término, mera metáfora, puro símbolo, está corregido continuamente por la afirmación de que es

el Único, de que nada ni nadie hay frente a Él; y por la insistencia continua de que está más allá de todas nuestras posibilidades de conceptualización y representación.

Pero Rûmî insiste, como ya lo hizo el Profeta, que “el que es” acepta la forma en la que lo concibamos, aunque sea una forma claramente antropomorfa.

Empiezo mi escrito, al paso del texto del Mathnawî. Mi meditación se deja guiar y provocar por su texto y se ciñe a él.

Los cantos de eternidad

Escucha el ney (flauta de caña), y la historia que cuenta, cómo se lamenta de la separación:

“Desde que me cortaron del cañaveral,

mi lamento ha hecho llorar a hombres y mujeres. Yo quiero un pecho desgarrado por la separación, para poder hablarle del dolor del anhelo.

Todo el que se ha alejado de su origen, anhela el instante de la unión.”<sup>3</sup>

Como la flauta de caña fue separada del cañaveral, así mi ser fue separado del Ser. Cuando la flauta canta, se lamenta de la separación. Así mi corazón añora la unión.

La flauta canta porque está vacía. Sólo el corazón vacío presiente el retorno y habla de él.

3. Rûmî: Mathnawî. Madrid, 2003. Editorial Sufí, Tomo I, pg. 15.

Sólo los vacíos comprenden el lamento. Nada hay más profundo y sereno que esa nostalgia, porque es lejanía y es unión.

Quien entiende ese canto se abrasa, porque el sentido es explícito.

Sus notas desgarran los velos y son un antídoto contra el error.

Sólo los que no están fascinados por el mundo, entienden el canto y las palabras de los vacíos. Pero incluso a los llenos el canto y las palabras vacías los vacían.

Al oír esos cantos y palabras hasta las rocas se levantan del suelo.

No desesperes y escúchalos con tu corazón en silencio, te vaciarán. “Lo que es” es Único, lo demás son velos. Eso que añoran los can-

tos y las palabras de los huecos, es vida, lo demás es sólo muerte que aparenta vida.

La flauta de caña se sabe hueca, los sabios se saben vacíos como la flauta. Saben que su canto y sus palabras son fuego

porque vienen de más allá de ellos, vienen del cañaveral, de la fuente del ser que añoran los sabios.

¿Quién canta en la flauta vacía? No es la flauta que está hueca e inerte. ¿Quién habla en el sabio? No es el sabio, que es también vacío e inerte, porque no tiene la vida desde sí mismo.

El Único, “el que es” canta en la flauta y habla en el sabio. Sólo Él canta y habla, nadie más puede hacerlo, porque todo está vacío.

Sólo el canto y las palabras de los vacíos son fuego que abrasa los velos. Las cañas que no han sido vaciadas, no pueden cantar; los hombres que no se han vaciado, no tienen palabras de vida.

En los vacíos el que canta es Él y el que habla es Él. Los llenos ni cantan cantos de fuego, ni hablan palabras de vida.

¡Ay del que no comprenda estos cantos!

Si quieres oírlos en tu corazón y en tu mente, no seas esclavo de la fascinación de lo que no puede saciar la sed.

Deja que las palabras de los sabios derriben tu fortaleza hasta que

no quede ni un solo lienzo de pared en pie. Cuando tu castillo esté en ruinas, tendrás el corazón puro para recibir.

Ellos nos hablan de un amor extraño pero verdadero, en el que hay amor intenso pero no hay nadie que ame y lo amado es como un océano sin fronteras. Ese amor real, pero extraño, es como el océano sin fronteras amando al océano sin fronteras. ¿Qué fronteras hay entre los océanos sin fronteras?

Nos hablan de un amor que, ardiendo, es luz que deslumbra nuestros ojos y nuestro corazón.

Esa luz que es fuego, y ese fuego que es luz, dan alas a nuestra mente y a nuestro corazón; hacen de nuestro cuerpo un espíritu y de nuestro espíritu un cuerpo.

Dichoso el que se asocia a los sabios, porque también él entonará una canción de vida.

Quien entone un canto de vida comprenderá que el amante es un velo y que sólo el Amado es real y vivo.

Cuando puedas entonar el canto de vida, el Amado es quien canta al Amado. Entonces sólo habrá luz detrás de ti, luz en ti y luz delante de ti.

El deseo no tiene remedio

El deseo es una sed que no tiene remedio. Cuando se satisface el deseo, no cesa la sed, sino que crece.

Hablando de este tema Rûmî dice por destino divino, el hidromiel producía bilis y el aceite de almendras aumentaba la sequedad<sup>4</sup>

4. Rûmî: Ibídem, pg. 18.

La única solución para el deseo es salirse de su juego mortal, para hacer pie en Dios, en “lo que verdaderamente es”. Todo lo que no sea “eso que es”, está vacío de entidad. Se comprende que nada pueda satisfacer la sed del deseo.

Nadie puede apagar la sed bebiendo viento, nada. El deseo es una sed y esa sed es necesidad y es amor.

Cuando perseguimos satisfacer esa sed perseguimos más el amor verdadero, sin saberlo, que la satisfacción de la necesidad.

La necesidad se puede satisfacer, pero vuelve a renacer y tiende a expandirse sin límites. Es como un inmenso vientre que nunca se sacia. El amor que hay oculto en el deseo nunca se satisface porque ama siempre a “lo que es”, aunque confundiéndolo con “lo que parece ser”, pero que no es. Ese amor que hay implícito en el deseo es también una sed, que tampoco puede satisfacerse con el vacío de “lo que no es”

sino que sólo parece ser.

Sólo el conocimiento y el amor de “lo que realmente es”, del Absoluto, de Dios, nos puede sacar de un círculo sin esperanza y de un círculo de muerte.

No esperes que “lo que es” tenga el sabor de lo que “parece ser”

No esperes que los otros alimentos sepan como los terrestres.

Si caes en ese error,

ni los reconocerás ni los gustarás.

Si te empeñas en permanecer en la dualidad, no advertirás el paso de la unidad.

Si quieres ser tú mismo, no verás al “que es”.

Si te muestras codicioso con “lo que es”, permanecerás vacío.

Si te empeñas en llenar de agua tu pequeño cubo, no te sumergirás en el mar.

Pretender que “lo que es” te satisfaga es una necedad y una irreverencia.

Si esperas que la lluvia empape tu pedazo de tierra, no comprenderás que sólo Él es,  
no comprenderás nunca que eres su lluvia.

“He encontrado un tesoro siendo paciente” 5

Espera, paciente, el derrumbe  
de todos tus deseos y expectativas; contribuye a su hundimiento.

En las ruinas está un tesoro.

Lo que prometieron tus expectativas, no lo cumplieron, ni cumplirán.

Sólo el Vacío, Eso que parece nada, es la sola respuesta válida.

Sólo “el que es”, vacío de cualificación y de toda posible representación,

es la solución a todas tus preguntas y a todas tus expectativas.

Nada ni nadie desata los nudos, sólo “el que parece nada” los desliga.

Para que eso ocurra, derruye  
y espera, cargado de paciencia.



Si desesperas caerá sobre ti el destino. El destino es el peso de tus deseos, temores y expectativas y los de tus antepasados.

El destino cegará tus ojos y te llegará la ruina estéril.

No creas las promesas del deseo, son todas mentira.

Que tu mente y tu corazón toquen ese abismo vacío de tu interior.

Se apagarán todas tus preguntas,  
se extinguirán todas tus expectativas.

“El amor es el astrolabio de los misterios de Dios” 6

Todo amor, sea terrestre o sea celeste nos conduce a Él. Quien ama de veras, sale de sí mismo.

Quien sale de sí, se desnuda de sí.

¿Quién ama cuando amo, ya no desde mí? Cuando la caña vacía ama, el Vacío ama. Y el Vacío sólo puede amar al Vacío.

Por esta razón el amor verdadero no se puede describir. Sólo el Amor diserta sobre el amor.

26 6. Rûmî: Ibídem, pg. 21.

El amor es el calor de la luz del Ser. Por eso el amor lo abarca todo.

El amor es el calor y el resplandor de la Unidad. El amor es la esencia de la Unidad.

Aliméntame, pues tengo hambre,  
y apresúrate, pues el tiempo es una espada que corta.<sup>7</sup>

Esconde tu ansia secreta

Quien esconde su ansia secreta es porque sabe que la solución no puede venir de fuera. ¿Para qué manifestarla entonces?

El trabajo espiritual no es más que perplejidad

Nadie puede describir la acción del inconcebible.

Nadie puede describir el camino hacia lo no objetivable. Nadie puede imaginar el camino al que no es “otro” de nada. Nadie puede seguir huellas en el mar.

Nadie puede comprender la profunda atracción de “Eso” que es nada. Nadie puede entender el amor, primero oscuro y luego claro,

a lo que nos parece a nosotros, pobres vivientes, como nada que podamos tocar con nuestras manos.

La perplejidad es el resultado de la aproximación al Ser,

que es, sin ser ni individuo ni individuación alguna.

La perplejidad es la cosecha de quienes caminan por la vía de la certeza sin que sea certeza de nada ni de nadie.

La perplejidad es la compañera inseparable de quien conoce sin que pueda decir qué conoce.

La perplejidad invade a quien ama sabiendo que ama un abismo inconcebible.

La perplejidad es inevitable para el que se está lleno de gozo, pero por todo y por nada.

La perplejidad no abandona al que se sabe asentado en la paz incommovible de una ausencia.

La perplejidad acompaña al que siente el peso y el calor de una presencia que es una ausencia.

La perplejidad es el lote que acompaña al pobre viviente cuando se adentra en los campos infinitos del Ser-Conciencia.

La dulce perplejidad abrumba a quien comprende que “el que es” es el Padre verdadero de su propio ser.

La perplejidad pacificadora invade a quien llega a comprender que su verdadero lugar de residencia y su verdadero ser, es el abismo insondable de “lo que es”.

### El conformismo

El conformismo, en el camino espiritual, puede ser una forma de apoyarse en certezas externas. El auténtico caminante, escucha, pero luego debe comprobarlo todo por sí mismo.

Apunta más allá de toda forma, por ello no se conforma con nada, ni se conforma a nada.

### Un peligroso desagüe en el camino interior

Quien haciendo camino busca qué comer, está perdido porque será engañado fácilmente.

Quien caminando busca algo para sí, caerá en miles de trampas. Quien caminando busca algo que comer es semejante a quien reco-

ge grano, con un agujero en el saco. Lo que reúne por un lado lo pierde por otro. Todo el esfuerzo que hace por escapar de la egocentración y entrar en el conocimiento silencioso, lo pierde porque con su trabajo busca algún tipo de compensación de la que vivir. Intenta hacer morir al ego por inanición y lo alimenta.

Quien recorriendo la Vía pretende vivir de lo que consiga en ella, no ha entendido que la tarea es desnudarse por completo de toda pretensión para sí.

Quien busca comida de sabores sutiles quiebra la primera regla del camino que es acumular sinceridad sobre sinceridad.

La sinceridad va recta, simple, sin dobleces, sencilla, sin ninguna segunda intención; busca “lo que es” y sólo “lo que es” no a sí mismo en “lo que es”.

Los agradecidos son los que reconocen

Quien advierte el olor del Sutil y no lo agradece, es que no lo ha reconocido. Apresurarse a agradecer la captación de su olor, es apresurarse a reconocerle.

Quien habiendo recibido su olor no lo reconoce y agradece, merece que su ingratitud devore su nariz. Y así ocurrirá.

El efecto perverso de las creencias

Cuando las religiones proporcionan creencias y no el completo silencio del ego, fortalecen al ego con las creencias, pero al precio de someterlo.

Las creencias apuntalan al ego desde fuera, si se somete. Cuando se ofrecen certezas apoyadas en creencias sin deshacerse del ego, el resultado es más ego, aunque creyente.

Las creencias son un refugio del ego; son su agarradero más sólido.

Si las religiones insisten en las creencias, como algo intrínseco e imprescindible para el camino interior, lo están dificultando seriamente, porque exigen sumisión a formas, lo que significa la permanencia intocable de esas formas.

Si las formas permanecen, el ego permanece, porque no se entra en la no forma, en la no dualidad. Así resulta que hablan y proponen la Vía, pero, a la vez, la impiden. Pocos son los que pueden escapar de esa trampa.

Esta trampa era casi inevitable en sociedades estáticas, articuladas sobre creencias intocables. En ese tipo de sociedades, se tenía que

hablar del camino interior con términos que no contribuyeran a desprogramar al colectivo.

Esa era la estructura de la religión: hablar de lo que no se puede hablar con formas intocables porque son el programa colectivo, el software de las sociedades preindustriales estáticas. Era una terrible trampa, pero una trampa inevitable en aquel tipo de culturas.

Esta ya no es nuestra situación. Ahora sabemos que hablamos de lo que no se puede hablar, con formas que no son intocables y que, además, hay que abandonar lo antes posible para poder acceder a la sutilidad del sin forma, al “no dos”.

Poner el acento en las creencias es ponerlo en el poder

Las creencias religiosas se muestran ligadas a la revelación y, por tanto, a la sumisión, a la exclusividad y a la exclusión de otras creencias. Estos hechos ligan las creencias con el poder.

Por tanto, la religión como sistema de creencias resulta ser un sistema de poder y un sistema exclusivo que excluye alternativas. Las creencias no son convenientes para una sociedad de innovación y cambio continuo en todos los niveles de la vida humana porque fijan lo que debe mantenerse en movimiento; son incompatibles con la democracia, porque el proyecto de vida viene dado desde fuera; y con la globalización, en la que tienen que convivir creencias que se proclaman exclusivas y excluyentes.

¿Cuántos maestros del espíritu?

¡Cuántas lluvias de largueza han caído para que el mar distribuyera perlas! ¡Cuántos soles de generosidad han brillado para que la nubes y el mar aprendieran a ser tan espléndidos! 8

La gran riqueza de las tradiciones y de los maestros de la historia de la humanidad no reside ni en sus creencias ni en sus doctrinas, reside en el agua y el sol. El agua de la gracia y el sol de la sabiduría.

La enseñanza de los grandes es sencilla y clara. Nos enseñan a no ser en la presencia de “el que es” y a reconocerle.

La imagen y la forma son obstáculo para reconocerle. Su don y su sabor lo destruyen todo.

Sólo los rotos ganan el favor del rey<sup>9</sup>

Elevamos hasta los cielos a los maestros para podernos agarrar a ellos, para que nos salven.

Así evitamos afrontar la ruina de nuestro yo, el lugar en el que está el tesoro.

Pero los maestros no son agarradero sino provocadores de inicia- tiva y autonomía.

Pretendemos que los maestros abran las ventanas de nuestra casa para poder continuar en ella, para tenerla iluminada. Así



se nos hace amable y podemos permanecer vivos en ella, evitando la ruina.

Los maestros incitan a pasar de la tierra al mar, de la forma a la no forma. El mar es la aniquilación, para despertar a “lo que es”.

8. Rûmî: Ibídem, pg. 48.

9. Rûmî: Ibídem, pg. 50.

Los maestros no incitan a ligar a su persona sino a lo “sin forma” que hay en ellos, que es nuestro propio “sin forma”.

Dar ahora religión a los que se juzgan débiles ¿es lo correcto?

Se argumenta que transmitir el lenguaje de la sutilidad es excesivo para los débiles de la tierra. Pero los llamados débiles de la tierra tienen la misma naturaleza que los que se creen fuertes.

En todo caso, en las actuales condiciones culturales, habría que transmitirles religión para que aprendan a no tenerla. Se transmiten formas para ir más allá de las formas.

Mientras se liga a la religión como sistema de creencias, se puede permanecer vivo. Y para llegar a la luz hay que haber sufrido antes la ruina hasta morir.

¿Existe el libre albedrío?

En el ámbito de la necesidad y de la dualidad, parece existir el libre albedrío. ¿Existe realmente? Donde rige la necesidad, ¿puede decirse que hay libertad?

Dice Rûmî: Los profetas son deterministas en cuanto a las obras de este mundo, pero los infieles lo son en cuanto a las labores del otro mundo. Para los profetas, los trabajos del otro mundo son libre albedrío; para los necios, las obras de este mundo son libre albedrío...<sup>10</sup>

10. Rûmî: Ibídem, pg. 58.

Donde parece que hay libertad, impera la necesidad y donde impera la necesidad no hay verdaderamente libertad. Por el contrario en el ámbito del silencio, cuando ha callado la necesidad hay verdaderamente libertad.

Quien no ha gustado el sabor de “el que es”, cree que es al contrario, que donde hay necesidad hay libertad y que donde ha callado la necesidad sólo hay determinación rígida. Cree que el único lugar en el que hay libertad es en el mundo del ego, y cree, también, que cuando el ego no es el actor, sólo hay un determinismo ciego.

Es un error. El silencio es la raíz de la libertad. Donde hay silencio hay libertad; donde no hay silencio no hay libertad.

¿Buscar la salvación?

Quien busca salvarse en la vida espiritual, no ha comprendido con claridad lo que es el camino al conocimiento silencioso, lo que es el camino espiritual verdadero.

Quien obedece para salvarse; quien se sacrifica para salvarse, no está dispuesto a morir a sí mismo, a desaparecer por completo para poder conocer “al que es”, al Único.

Quien busca salvarse huye de las ruinas completas. Huye de la completa desaparición de su yo, de su individualidad. No

comprende que sólo hay salvación cuando no hay nadie a quien salvar.

Mientras se busque la salvación se permanece en la dualidad. Cuando se ha comprendido que no hay nadie a quien salvar, se sale de la dualidad.

El gran desvío del camino al “sin forma”

Cuando se confunde el camino espiritual con un camino de aceptación de creencias, se conduce el camino a la sumisión, y así se lo asocia con un sistema de poder, que se enfrenta con otras creencias, otras sumisiones y otro sistema de poder.

Para quienes caen en esta confusión (espiritualidad es equivalente a creencias) les resulta casi imposible orientarse a la no dualidad, al “sin forma”. La sumisión a creencias es sumisión a formas. ¿Cómo acceder desde la sumisión a formas, al Sin-forma?

En la mayoría de los casos no tendrán ni noticia del conocimiento silencioso.

En esas condiciones es casi un milagro que quienes están entregados a ese desvío puedan escapar y entrar en la verdadera vía mística.

Ésa es la razón por la que en las tradiciones religiosas que han entrado en ese desvío hay tan pocos grandes personajes

místicos. Casi todos ellos fueron perseguidos, porque amenazaban el orden establecido de creencias, sumisiones y sistemas de poder; quedaron aislados y sin poder formar escuelas.

Esto ha sido una verdadera calamidad para las tradiciones cristianas, aunque no pueda señalarse a nadie como culpable de esta situación, si no es a las condiciones culturales y políticas de Occidente. Aunque el Islam también cayó en esa trampa, permitió la existencia de hombres y mujeres que escapaban del desvío. Eso permitió que se crearan grandes escuelas místicas, que perduraron largos espacios de tiempo.

¿Por qué en el Islam fue posible lo que no fue posible en la tradición cristiana? Porque en el Islam no hubo un clero y una autoridad religiosa capaz de imponer coercitivamente una línea.

El paso por las creencias de las grandes tradiciones religiosas fue una necesidad, impuesta por las condiciones culturales preindustriales, y una calamidad.

En las sociedades globalizadas de conocimiento podemos y debemos librarnos de esa calamidad.

Claros rasgos vedantinos de Rûmî

Resulta enormemente ilustrativo de la unidad profunda de todas las grandes tradiciones espirituales de la humanidad, poder comprobar cómo un musulmán, teísta, puede llegar a tener expresiones que podrían haber sido firmadas por un vedantino, no teísta y no dualista. Permítaseme una cita larga por lo extraordinario del texto.

Dice Rûmî: En lo espiritual no hay división ni números, no hay partición ni individuos. Dulce es la unidad del Amigo con Sus amigos; aférrate al pie del espíritu. La forma es testaruda. Haz que la terca forma se consuma de tribulación para que bajo ella, puedas descubrir la unidad, como un tesoro. Y si no la consumes, Sus favores la consumirán -oh mi corazón es su vasallo. Se cose a nuestros corazones y cose el remendado manto del derviche.

Éramos simples y una misma sustancia, todos sin cabeza y sin pies, allá. Éramos una misma sustancia, como el Sol; sin nudos y puros, como el agua. Cuando tan benéfica Luz tomó forma, se volvió numerosa como las sombras de una almena. Arrasa la almena con la catapulta para que se desvanezcan las diferencias entre esta compañía.

Hubiera explicado este tema con contención pero temo que alguna mente tropiece. Sus puntos son afilados como una espada de acero; ¡si no tienes escudo (capacidad de entender) date la vuelta y huye! No vengas sin escudo contra este duro metal, pues a la espada no le avergüenza cortar. Por ello he envainado la espada, para que nadie malinterprete mis palabras.<sup>11</sup>

Rûmî se da cuenta de que lo que ha dicho se sale de las categorías habituales del Islam como religión; por eso advierte del riesgo de lo que está formulando. Sus palabras son duras y cortantes como el filo de una espada. Y advierte, quien se aproxima a la espada sin el escudo que proporciona una comprensión adecuada, pueden perecer a su filo.

Cualquiera no puede enfrentarse a lo que supone la espiritualidad como vacío completo de toda imagen.

El mejor servicio a los hombres

El sabio es una meced divina para los seres creados.<sup>12</sup>

Quien de verdad quiera ayudar a los demás, que procure hacerse sabio. No hay ayuda más valiosa que esa. Cualquier otro tipo de ayuda, sin la sabiduría, estará torcida por la ignorancia y la egocentración.

11. Rûmî: Ibídem, pg. 62.

12. Rûmî: Ibídem, pg. 63.

### Falsear la propia tradición espiritual

Quien se cierra a un maestro o un profeta de otra tradición religiosa, corrompe y destruye la propia tradición, porque la somete a formas, la liga a creencias y la aleja del Espíritu que es vacío y libertad de formas.

Todo profeta y todo sabio habla de lo que ya dijeron otros profetas y otros sabios del pasado y enuncia y anuncia lo que dirán los profetas y los sabios del futuro.

Quien escucha adecuadamente a los sabios y profetas de otras tradiciones espirituales o a los sabios recientes, corrige sus posibles desviaciones y fijaciones y vuelve a recuperar la pureza



del “sin forma”. Dejar que el espíritu se encierre en una forma es intentar corromperlo y conducir al enfrentamiento y a la exclusión y, tarde o temprano, a la sangre.

El profeta o el sabio que reconduce a la no forma, salva.

El cuerpo raíz del ego, raíz de todas las formas

El cuerpo es la raíz y el soporte del ego. Y del ego proceden las formas que damos a las realidades. De esa misma fuente procede la imagen con que representamos al Absoluto.

El ego y su pedestal, el cuerpo, son la razón de que nos liguemos a las formas y que liguemos el ser a formas. Por causa del ego no podemos concebir que algo pueda existir sin que esté indisolublemente ligado a una forma.

Esta es la epistemología del ego: todo lo que es, es porque tiene una forma. Esta es la ley del sentir y comprender de todos los vivientes.

Esa epistemología nos empuja a construir imágenes del Absoluto

hasta el punto de convertirlas en ídolos. El ego es la fuente de todos los ídolos.

Cuando hacemos de nuestra imagen del Absoluto un ídolo, entramos en conflicto y guerra con los ídolos contruidos por otros. Esa es la guerra de religiones.

La guerra de religiones es guerra de ídolos colectivos.

Quienes no toleran que sus egos construyan ídolos, no van a esa guerra. Quienes van a esa guerra no conocen “al que es”, porque lo han sustituido por un ídolo.

Y hay guerra no sólo cuando se derrama sangre, también la hay cuando se ignora y cuando se menosprecia.

Aunque hay guerras de muchas clases, los ídolos, al fin, siempre terminan por reclamar sangre.

La única prueba de la existencia de la otra dimensión de lo real, llámesele Dios o de otra forma

La única prueba de la existencia de “Eso otro”, que no es “otro” de nada, al que la tradición ha llamado Dios, es únicamente su calor y su luz. Un calor y una luz que es como un fuego ausente, pero que transforma cada átomo de lo que existe en espíritu, en aliento de vida. Ese espíritu muta la realidad de manera que lo que parecía no existir, existe esplendoroso y sutil; y lo que parecía existir sólidamente,

muestra su inexistencia.

No hay más prueba de Dios que ésta. No es una prueba de argumentación, sino de verificación.

¿Quién se va a ocupar en probar racionalmente la existencia de la belleza? Basta ponerse en condiciones de poderla verificar por sí

mismo. Igual ocurre con esa otra dimensión a la que se ha llamado Dios, Vacío, Absoluto y con otros muchos nombres.

Acercarse a esa dimensión es un milagro, el milagro del conocer y sentir silencioso, el único verdadero milagro, todos los demás son poco más que magia.

Las dos grandes posibilidades humanas

Sólo hay dos grandes posibilidades para nuestro linaje:

La primera es que el fuego y la sed del deseo, con su compañero inseparable, el temor, dirijan nuestras vidas. En ese caso, las expectativas orientan todo nuestro vivir. Pero las expectativas o no se cumplen o defraudan cuando se realizan, porque siempre prometen lo que no pueden cumplir. ¿Por qué siempre defraudan? Porque son sólo representaciones nacidas

de nuestros deseos y temores y lo real no se corresponde con esas esperanzas de nuestra mente y nuestro corazón. Lo real es completamente “otro” con relación a nuestras pequeñas medidas y a lo que proyectan nuestras expectativas, nacidas de nuestro deseo/temor.

El resultado de la persecución del deseo y sus expectativas es el infierno. Dicho con otros términos: la frustración, el desengaño, la desesperación; el alejamiento de la fuente del ser, de la paz y del gozo. La segunda posibilidad arranca del fuego y la sed del deseo pero intenta una y otra vez escapar de ellos. A esos intentos repetidos y sinceros termina por advenirle el don del conocimiento que libera del fuego y de la sed, y reconduce a la fuente de toda realidad. Esta doble posibilidad puede expresarse en otros términos.

La primera posibilidad: de la fuente del ser proviene una atracción que opera cuando se gusta su sabor. Quien sigue la huella de ese sabor sutil puede escapar de la urgencia de la sed del deseo. Así, usando símbolos milenarios, se escapan del infierno y entran en el paraíso de Dios.

La segunda posibilidad: la atracción que proviene de la fuente del ser es recubierta por las expectativas de la sed. Parece

tener la consistencia de la fuente, pero es perecedero y vacío como la expectativa que lo encubre. Dice Rûmî:

Guárdate de que el adorno te aparte del camino recto, y de que la falsa imaginación te arroje al pozo. 13

El destino, el libre albedrío y el intento

Hay dos nociones en el camino espiritual que parecen enfrentadas hasta el punto de excluirse una a la otra. Esas dos nociones son el destino, tenido por voluntad de Dios por los creyentes, y el libre albedrío.

Intentaremos primero aclarar la noción de destino.

En otro lugar ya hemos expuesto que lo que constituye la identidad de un individuo, su personalidad, es el paquete de deseos y temores que se formaron en las primeras etapas de la vida, fruto de los primeros éxitos y fracasos del niño en sus primeras relaciones con sus padres y con sus primeros cuidadores.

Esos primeros éxitos y fracasos se constituyeron en el criterio para seleccionar los recuerdos, para construir los proyectos, para interpretar y valorar las realidades y para orientar la actuación futura. Ese paquete

13. Rûmî: Ibídem, pg. 77.

de deseos y temores, como dos caras de unos mismos hechos, funcionan como un inflexible programa que se imprime en el individuo para el resto de su vida.

En la época en que se reciben esos impactos programadores, se recibe también, a través de los mismos padres y de los maestros en la escuela, la educación, que es una socialización y un programa de vida y actuación.

El nuevo humano recibe en la escuela lo equivalente a una programación social, que se articula con el paquete de deseos y temores que funciona como programación individual.

El niño recibe así una doble programación, una social y otra individual. Esas estructuras se convierten en patrones de todo su pensar, sentir y actuar futuro, de sus recuerdos y de sus proyectos.

El programa social depende de los avatares de la cultura y de la situación del infante en el seno de esa sociedad y esa cultura.

El paquete de deseos y temores, que constituyen su patrón individual procede del influjo del padre y de la madre.

El programa personal de la madre, procede, también, de su padre y de su madre. A su vez, el programa de los abuelos procederá del de sus respectivos padres y así sucesivamente hasta perderse en la lejanía, de generación en generación. Lo mismo puede decirse del programa personal del padre, que dependerá de sus padres, y los de éstos de sus respectivos padres, hasta hundirse otra vez en la lejanía de una larga cadena de generaciones.

Estas breves consideraciones hacen patente que lo que constituye el núcleo de la identidad y personalidad de un individuo es el resultado de uniones de deseos y temores conjuntados al azar. Podría haber tenido ese padre y esa madre, con sus respectivas cargas de deseos, temores y expectativas, u otros. El caso concreto de cada individuo es un fruto azaroso.

En lo que constituyen los patrones de comprensión, valoración y acción del individuo, tanto en su aspecto social como personal, el individuo no ha tenido ni arte ni parte, es un resultado.

Cuando el individuo actúa, regido por estos patrones, cuando recuerda y proyecta sus acciones y su vida toda, reafirma esos patrones y podría decirse que los personaliza y verifica.

Cada individuo es el resultado de una multitud de causas, entre las que se cuentan, el cosmos entero, las galaxias y las estrellas, la historia de la vida, la historia de la humanidad, la historia de la comunidad en que nace y la de las generaciones de las que es hijo. Esos son los actores de sus acciones.

Aunque, para poder funcionar como viviente, como cuadro de necesidades que precisa satisfacerse en un medio, tenga que interpretarse como un individuo, diferente de los otros individuos de su familia y de su sociedad, y como un sujeto frente a un mundo de objetos con los que satisfará sus necesidades, no es ni un individuo ni un sujeto.

Éste es el destino de cada persona; incluso las acciones que considera más personales están orientadas y regidas por ese destino heredado y reafirmado. En ese destino ¿dónde queda el libre albedrío?

El mensaje de los maestros del espíritu afirma que tenemos la posibilidad de escapar de ese destino inflexible; que podemos acceder a un conocimiento y sentir y a una actuación libre de los patrones que nos configuran y que están al servicio de la necesidad del viviente individual y simbiótico que no puede sobrevivir sino es en el seno de una colectividad.

Dicen los maestros del espíritu, que ese destino, que es como una prisión de la que parece imposible escapar, que se tiene como la



voluntad de Dios, es, también, sólo Su manifestación. De forma que Él es la única realidad de todo eso y es, también, el único actor.

Conocer el mundo en que vivimos, a nosotros mismos y al destino, como manifestación de “el que es”, es la liberación.

Pero ¿cómo hacer para conseguirlo? ¿Es puro don de “el que es”?

Sólo Él es el actor, pero se requiere, dicen los maestros, que “lo que parece ser”, cada uno de nosotros, haga, una vez y otra, el “intento” sincero de escapar al destino.

Lo que podemos hacer, sólo tiene la categoría de “intento”, porque todo lo que hagamos, pensemos y sintamos, procurando escapar del destino, sólo lo reafirma.

Sin embargo, en el seno del intento repetido, intenso y sincero por escapar, acaece el don de la libertad. Ese don no es fruto de nuestras acciones y pensamientos, porque todos ellos, siempre, parten del ego y vuelven a él.

La liberación es irrupción y don. Irrupción desde fuera de los barrotes entre los que los humanos nos encerramos, y regalo del único actor.

Los mensajes de los maestros proceden desde fuera de la prisión del destino. Sus palabras despiertan nuestros intentos

que, aunque proceden del ego, tienen su fuente desde más allá de él.

El destino es Su manifestación. El intento es Él buscándose a sí mismo.

En el seno del destino el sujeto conoce el mundo. Desde el intento, Dios se conoce a sí mismo.

En el seno del destino parece que somos libres, pero hay una rígida

predeterminación. Con el intento apunta la libertad, hasta que llega al culmen con la realización.

Sólo el conocimiento y el sentir, fruto del intento, resuelven el nudo gordiano que forman la noción de destino y la de libertad. El conocimiento es la espada que corta ese nudo gordiano.

Para quien conoce, no hay ni destino ni libre albedrío, sólo hay “el que es”, el Único, la manifestación.

El conocimiento conduce a la perla que reside en el corazón, a la fuente del propio ser. Ese es el actor. Un actor que no es un actor, porque ¿quién o qué hay fuera de Él?

El intento parece que brota del ego, pero su raíz está en la Joya. La joya es el espíritu del hombre y el espíritu carece de forma.

Entre el que, en lo profundo de su ser carece de forma y “el que carece de forma”, no hay frontera posible. Ahí aflora la raíz; ahí está el verdadero actor, “el que es”, la eficacia del intento.

El conocimiento muestra que el destino no es lo que parece ser; ni el libre albedrío es lo que parece ser, ni tampoco es lo que parece ser el intento. Lo que hay es el Único y la manifestación del Único. Fuera de eso no hay nada.

Si sólo hay el Único y la manifestación del Único. El Único se puede conocer a sí mismo en su manifestación, porque nuestros ojos son sus ojos, nuestros oídos sus oídos, nuestra mente su mente, nuestro sentir su sentir y nuestras acciones sus acciones.

El Espíritu y mi espíritu

Soy una forma del “Sin forma”, sin dualidad ninguna. Entre mi cuerpo y el “Sin forma” no hay dualidad.

El alma de mi ser es el “Sin forma”; no una chispa suya, Él mismo, en su unidad absoluta.

Mi espíritu, vacío de toda forma y de toda posible categoría, es el “Sin forma”.

La vida de mi vida, el ser de mi ser, es mi espíritu sin forma. No hay frontera alguna entre sin forma y “Sin forma”

El núcleo de mi ser, la fuente de donde mana, es el vacío de mi espíritu. El Vacío no es “otro” de mi vacío.

Mi espíritu es sin individualidad como el “Sin forma” es sin individualidad.

No hay distancia alguna entre no-individualidad y No-individualidad.

Mi ser es como el de Jesús uno con el Único, uno con el Padre. Mi espíritu es el Espíritu.

Cuando muera mi espíritu volverá al Espíritu del que nunca se separó.

Cuando desaparezca mi forma, volverá al Sin-forma, del que ninguna frontera le separaba

Las orientaciones para el intento

Cuando hablan los maestros del espíritu, el Sin-forma nos llega en sus palabras y sus obras. Sus palabras despiertan a nuestro propio espíritu sin forma para reconocerse a sí mismo gracias a las palabras y los hechos de los maestros.

Cuando nuestro espíritu inicia su despertar por las palabras y los hechos de los maestros, reconoce “la Verdad” en su mensaje. Por ese despertar aprende a ver “sus señales”, las

pistas del Sin-forma en todas las formas, y aprende a ver su verdad en “la Verdad”.

Ese aprendizaje es ir adquiriendo la capacidad de “discernimiento” entre la forma y el Sin forma de toda forma; las verdades y “la Verdad”, su individualidad y la Fuente sin forma de su propia individualidad.

Aprende algo que no podía ni imaginar, ni concebir: aprende que puede superar el destino, porque su espíritu sin forma es el Espíritu Sin forma.

Pero queda una dificultad: muchos intentaron y no consiguieron su empeño de liberarse del destino y “reconocer”, ser agradecidos. Podría argumentarse, que sólo los “predestinados” lo consiguen, y no gracias a sus intentos, porque entre el intento y el logro no hay relación de causa a efecto.

Los “intentos” son sólo esfuerzos por situar la mente y el corazón en el “no-dos”, en el Sin forma. Los intentos no pueden sacar de la ignorancia y conducir a la Verdad; pero ¿quién es el que intenta? Ninguna entidad real, sólo una representación, un ensueño.

La Verdad puede irrumpir en el seno del intento, porque la realidad del que intenta es “el que es”, el Espíritu Sin forma.

Pero la Verdad no siempre irrumpen en los intentos; hay muchos intentos de mucha gente que parecen fallidos. ¿Lo son?

Nos creemos individuos, y no lo somos, somos sólo un paso de la vida, que viniendo de lejos, va lejos. Somos sólo un gesto breve y rápido de su manifestación. Aunque nuestro intento parezca frustrado para nuestra pretendida individualidad, no lo es. Nuestros intentos alivian la mochila del destino con la que cada generación viene a este mundo; debilita los barrotes de su cárcel; permite que las palabras de los maestros puedan llegar a las generaciones.

Nuestros intentos, aunque no nos conduzcan plenamente a la liberación, siembran pistas que otros puedan seguir, permiten que las señales del Sin-forma puedan ser reconocidas más fácilmente en el mundo de las formas.

Nuestros intentos siempre alivian el peso del destino de los que nos rodean y de las generaciones futuras, posibilitan la liberación de nuestra estirpe, posibilitan que los legados de sabiduría de nuestros antepasados sean recogidos por los hombres y mujeres que vendrán.

Nuestros intentos, si son sinceros, nunca son vanos.

El destino es una cárcel con barrotes de hierro, pero con trampilla

El paquete de deseos y temores que son los constitutivos de mi individualidad y mi personalidad, más los de mis antepasados, que he heredado, más el programa social colectivo, forman mi destino. Esos programas marcan todas mi interpretaciones, todas mis valoraciones, mi pensar todo y todo mi sentir, por consiguiente, también mi actuación y mis relaciones con los demás humanos.

De ahí no puedo escapar, porque es lo que me constituye como individuo viviente en el espacio y en el tiempo.

Sin embargo, por mi condición de hablante, tengo una noticia

absoluta de la realidad, una noticia de que la realidad no está en función mía, sino que está ahí, independiente e indiferente de mí.

Esta noticia es suficiente para convencerme de que la realidad verdaderamente real no es la lectura que hago desde mi destino, desde la necesidad, por tanto, en relación a mí, sino que la realidad auténticamente real es la absoluta.

Esa es la trampilla por la que puede escapar a la cárcel dura del destino.

Si estoy alerta a esa noticia, reconoceré fácilmente las palabras de los maestros del espíritu; si no presto ninguna atención a esa noticia, mi cárcel será de por vida.

La búsqueda de la sabiduría

El que busca la sabiduría se convierte en una fuente de sapiencia; se vuelve independiente de las adquisiciones y de los medios.<sup>14</sup>

La búsqueda es ya la sabiduría, porque la sabiduría no es nada que encontrar.

La sabiduría es la búsqueda de un conocer y un sentir sin forma, que diluye al mismo buscador en esa noticia silenciosa.

Resulta evidente que este tipo de búsqueda (que no es propiamente una búsqueda, porque no se busca nada y resulta ser nadie el que busca) se vuelve independiente de adquisiciones y de medios.

Creer en sabiduría no es acumular conocimientos, ni profundizar conocimientos anteriores, sino silenciar conocimientos, desnudarse de

14. Rûmî: *Ibíd.*, pg. 92.



conocimientos hasta llegar a una noticia cierta, pero silenciosa, que diluye todo conocimiento y toda certeza.

¿Qué medios van a resultar eficaces para obtener “nada”? ¿Con qué medios podrá comprenderse que “nadie” puede obtener “nada”, porque “lo que es” es Sin-forma?

Cuando el entendimiento de un hombre ha sido su maestro, después de esto se vuelve su discípulo. La lucidez dice, como Gabriel: “Oh Ahmad, si doy un paso más me quemaré. Déjame, pues, y continúa: éste es mi límite, oh sultán del alma”.<sup>15</sup>

La razón debe conducir hasta el límite, hasta las puertas mismas del conocimiento y el sentir silencioso. Puede y debe conducir hasta el límite mismo del conocimiento no dual. Puede, paso a paso, des- montar lo que la mente, regida por la necesidad y controlada por el destino, fue construyendo desde la lejanía de las generaciones que nos precedieron y desde nuestras propias construcciones.

La razón puede acompañar y guiar hasta la puerta del jardín, pero no puede entrar.

La razón es la maestra rigurosa y exigente del hombre que busca la sabiduría; pero cuando llega a las puertas del jardín, se convierte en su discípula.

Llegados a esos límites, la razón se somete a la guía de un cono- cer que es ya sin argumentos y sin palabras, un conocer no-conocer porque en él nadie conoce nada, pero que es una

noticia recia y cierta. Ese es el límite de la razón; lo que seguirá está más allá de su poder,

aunque nunca en su contra.

Lo que Rûmî describe en este breve párrafo es nada menos que el núcleo del método vedanta.

15. Rûmî: Ibídem, pg. 93.

La razón debe mostrar a su discípulo que el mundo, como un conjunto de sujetos y objetos, como un mundo de dualidad y pluralidad, es una construcción de nuestra condición de vivientes necesitados. Debe mostrar a su discípulo que lo que damos por nuestra realidad es sólo nuestra propia construcción.

Lo Real no es esa construcción. Lo Real no es la dualidad ni la pluralidad que nosotros le proyectamos.

Cuando la razón ha podido demostrar estas afirmaciones, ya no le queda nada más que enseñar, porque no puede ir más allá. Entonces cede el paso y la guía al conocimiento, ya no conceptual ni argumentativo, sino al conocimiento silencioso: una capacidad insospechada. La razón conduce, desbrozando

el camino, hasta las puertas del jardín. Desde ahí, quien toma la guía es el conocimiento y sentir silencioso; ellos serán los nuevos guías para traspasar la puerta del jardín y adentrarse en él.

¿De quién es el conocimiento y sentir silencioso? De “Nadie” porque es ya el Sin-forma.

La interpretación de las Sagradas Escrituras y textos de los maestros

La interpretación de las Sagradas Escrituras no debe conducir a una doctrina o a un conjunto de verdades. Sólo vale la interpretación que muestra cómo los textos conducen a las puertas del jardín, que es un abismo para la razón.

Sólo es válida la interpretación que pone de relieve cómo los textos conducen al completo silencio de palabras, de representaciones,

de conceptos y de doctrinas, para aproximar al que está más allá de la frontera de toda posible imagen.

Aun cuando se pondere la fuerza expresiva de los símbolos, los mitos, las narraciones y comparaciones, es sólo para mostrar

cómo todas esas expresiones lingüísticas, representativas y expresivas, llevan en su seno una dinámica que les empuja a trascenderse y adentrarse al otro lado del límite de toda imagen.

Toda interpretación se queda en las palabras, y las palabras son estructuras construidas al servicio de la vida y sus leyes de necesidad, dualidad, deseos, temores, expectativas.

Leer desde ahí los textos sagrados, conduce a desfigurarlos, y, con ello, se corre el riesgo de someterlos al servicio de nuestras necesida- des, nuestros temores y expectativas.

¿Cuántas y cuántas veces ha caído nuestra especie en ese riesgo?

Lo ha hecho con tal frecuencia y continuidad, que la mayoría de las personas son incapaces de concebir una espiritualidad que no sirva para nada.

El sentido de las Escrituras y de los textos de los maestros es Espíritu, y el Espíritu es sin forma. Lo “Sin-forma” no puede ponerse al servicio de la forma.

Toda interpretación que termine en palabras es sólo piel, vanidad, falsificación. La interpretación debe terminar en el silencio.

En ti reside el poder de cruzar la gran frontera

¿Quién ha robado mi montura? ¿Qué hay debajo de ti, oh maestro? Sí, es el caballo, pero ¿dónde está el caballo? ¡Oh hábil jinete en busca de corcel, vuelve en ti!

El Espíritu está perdido porque su ser es tan manifiesto y cercano: ¿cómo puedes tener los labios secos si tus tripas están llenas de agua?<sup>16</sup>

Nos creemos sometidos al destino e incapaces de asumir la invitación de los textos sagrados y de los maestros, porque continuamos pensándonos como si fuéramos alguien frente a Él.

No hay nada ni nadie frente “al que es”.

Creyéndonos alguien preguntamos por nuestra montura. ¿Con qué poder podremos cruzar la gran frontera y entrar en los jardines del silencio? Pero no hemos perdido la montura porque el poder reside en nosotros mismos.

Rûmî nos invita a que advirtamos la realidad, a que despertemos.

La dificultad reside en que las cosas escondidas se revelan por sus contrarios; como Dios no tiene opuesto, está oculto<sup>17</sup>

La luz y el poder del Espíritu son sin forma y no puede contraponerse a ninguna forma para que la veamos. Pero si

atendemos, comprenderemos que toda forma es el “Sin forma” y nada más que el “Sin forma”.

Toda forma arranca de Él, está en Él y vuelve a Él.

Y entre el “Sin forma” y la forma no hay dualidad ninguna.

Así, en nosotros está su Poder y su Espíritu, porque nuestro espíritu es su Espíritu.

No hay nada frente a Él.

¡Oh hábil jinete en busca de corcel, vuelve en ti!

16. Rûmî: Ibídem, pg. 97.

17. Rûmî: Ibídem, pg. 97.

¿Hay gradación entre los profetas y maestros del espíritu?

Si los profetas y maestros del espíritu hablaran de contenidos objetivables, de formas, de proyectos de vida, de leyes, de verdades formulables, podría haber gradación entre ellos, unos podrían ser mejores que otros. Todas estas cosas son perecederas, y ellos hablan de lo imperecedero, hablan “del que

es”, del que está vacío de todas nuestras categorías, del Sin-Forma. Si no hablan de “Eso”, no son ni maestros ni profetas. Y cuando hablan de “Eso” no hay diferencia ni gradación entre ellos.

¿Cuál sería el canon para establecer la gradación?

No puede ser nada objetivable, ¿desde dónde podría hacerse la objetivación?

Nada humano, ni ninguna perspectiva humana puede medir lo Absolutamente Otro.

El decir más o menos rico o más o menos torpe de los profetas y maestros cuando hablan “del que es”, no afecta a su mensaje, como la grandeza y perfección de una vidriera no afecta a la luz.

Desde la perspectiva de la epistemología mítica y, desde lo que resulta de ella, la fe-creencia, podría establecerse gradación entre los maestros y profetas.

Sin epistemología mítica y, por tanto, desde la fe sin creencias no hay manera de establecer un escalafón de grandeza entre ellos.

Tanta puede ser la belleza del canto de una flauta de caña como el concierto de una gran orquesta.

¿Es esto caer en el relativismo espiritual?

Sólo podría hablarse de relativismo desde la fe-creencia, desde la forma; desde la pura fe ¿entre qué y qué podría haber relativismo?

Pero, en definitiva, ¿hay maestros y profetas mayores y maestros y profetas menores?

Podría decirse que los hay más eficaces y menos eficaces, pero incluso eso es una forma de hablar, porque tampoco tenemos criterio para medir su eficacia ¿con qué vamos a medir quien nos inicia e introduce más profundamente en el Sin Forma?

Tampoco tenemos criterio para saber si estamos más o menos dentro del océano sin forma.

Las expectativas y las promesas

Toda expectativa por nuestra parte y toda promesa por parte de las cosas e incluso de las personas, es falsa, porque es vacía, sin entidad.

Las expectativas jamás pueden realizarse y las promesas jamás pueden cumplirse, porque lo que sólo parece ser, no cumple. Lo que no tiene ser ¿qué puede ofrecer?



Sin embargo, cuando de las cosas, personas y situaciones no se espera nada, entonces cumplen. ¿Qué cumplen? Una plenitud inesperada, inconcebible y vacía.

El mundo no es una interpretación

Quien cree que el mundo es la interpretación que hace de él, come del fruto prohibido y es expulsado del paraíso.

Quien hace del mundo su interpretación, cae en manos del destino.

Para vivir necesitamos hacer una interpretación del mundo y de nosotros mismos, pero, simultáneamente, hemos de saber que el mundo

no es una interpretación porque el mundo es el Manifiesto, el

Quien quiera volver al paraíso, debe reconocer, primero, que el mundo no es una interpretación, ni la más sofisticada, sino el rostro del Manifiesto, el rostro inmediato, sin velo alguno, de Dios, del “Sin-forma”.

Todas las formas son sólo como una mirada breve del Sin-forma, una palabra suya que se pronuncia y se calla, un gesto suyo que se despliega y se retira.

Por esta razón es todas las formas, directa e inmediatamente, y es el Sin-forma porque incluso las grandes y viejas montañas, los océanos, las estrellas, las galaxias, son sólo uno de sus gestos breves.

Quien considera que el mundo es una interpretación, pone un espeso velo sobre el rostro explícito de Dios.

El testigo libera del destino

El destino es la mochila que pusieron a nuestra espalda nuestros antepasados, más el paquete de deseos y temores que arrastramos desde nuestros primeros éxitos y fracasos en la infancia más temprana; unos y otros son la base, el patrón de todas nuestras interpretaciones, valoraciones, actitudes y actuaciones.

El destino es nuestra pesada mochila, ligada indisolublemente a nuestra espalda. Es una pura construcción humana, nuestra y de las generaciones que nos precedieron y que se pierden en la profundidad del tiempo pasado. Es fruto de aciertos y errores, pero siempre es una pesada carga de ignorancia que nos amarra a la idea que somos alguien venido a este mundo.

Esa es la raíz de todas nuestras angustias y temores.

Son construcción humana. Pero ¿qué es construcción humana que no sea construcción “del que es”?

El destino no es un decreto divino impuesto a nosotros, carece de ser propio, no se apoya en sí mismo ni en nosotros, porque nosotros carecemos de fundamento.

Donde no hay dualidad, ¿qué significa el destino?

Quien ignora al testigo, se condena a la esclavitud y la ceguera; pierde toda posibilidad de libertad auténtica y pierde a posibilidad de escapar de la ignorancia.

La ignorancia es el destino.

La actitud de testigo es la contemplación de toda realidad, sin buscar nada en ella, advirtiendo su carácter no relativo a nuestras necesidades, su carácter absoluto.

El testigo es la llave que abre los cerrojos de las cadenas con las que nos amarra el destino.

Quien no es capaz de reconocer al testigo, se encierra para siempre en la cárcel del destino.

Quien reconoce al testigo como la raíz de su propio ser, por ese solo conocimiento, ya es libre, aunque todavía le queden cadenas.

Cuando se reconoce al testigo como centro del propio ser, se reconoce que nadie ha venido a este mundo, porque sólo Él es; y se reconoce que las cosas, las personas y las situaciones son sólo sus signos, sus frases; se reconoce que todo es sólo el Manifiesto.

Quien es incapaz de reconocer al testigo, no tiene posibilidad de fidelidad. Ese es el único infiel, no hay más infidelidad que esa.

Quien reconoce al testigo, ignora la autoridad implacable del destino; se sabe libre, aunque esté encadenado.

Las dos caras de nuestro ser humano

Podríamos decir que mi ser, como hombre, es doble.

Una cara de mi ser es el legado de ignorancia de la larga cadena de nuestros antepasados a la que sumamos nuestra propia ignorancia; y la otra cara de mi ser es que en nuestro propio interior, en nuestras propias manos está el poder de escapar a esa ignorancia.

La primera cara es el ego, la segunda cara es el testigo. El primero es una prisión, el segundo es la llave para escapar de esa prisión.

Nuestra plena condición humana es reconocer los dos aspectos de nuestra naturaleza. Si caemos en el error de no reconocer

más que lo es nuestra prisión, no realizaremos nuestra condición humana y nos veremos reducidos a la manera de ser de los animales, aunque creamos y nos parezca otra cosa.

### Determinismo y libertad

Hay determinismo si hay Dios y yo existo, porque Él es “el que es” y yo sólo el que “parecer ser”; Él es la fuente y yo sólo agua de su fuente; Él es el Señor Absoluto y yo sólo su siervo; Él es el Creador y yo su creatura, que depende en cada instante de su ser porque mi ser es de su ser; Él es actor y yo el que parece que actúa.

No hay determinismo si Dios no es algo externo a mí, algo “otro” de mí. Entonces no hay dualidad, y donde no hay dualidad ¿Qué determinismo puede haber?

Cuando ni Él ni yo somos, como entidades separadas. ¿Cómo pueden darse dos entidades separadas entre “el que es” y el que “sólo parece ser”?

No hay ni Él, ni yo: ni mi individualidad, ni la suya. Hablar de individualidades sólo tiene sentido desde la perspectiva de los seres vivientes.

Sólo “el que es” es, “lo que parece ser” sólo parece ser.

No hay dos actores. Sólo “el que es” es actor, si es que se puede hablar con sentido de un actor que no es una individualidad, cuya acción jamás puede ser hacia fuera.

Donde no hay dualidad, ¿qué puede haber sino libertad? Pero ¿se puede hablar de libertad en el “Único”?

Hablar de la libertad del “Único” es utilizar un término, que bien comprendido, aplicado a Él, se hunde en el abismo de lo innombrable.

Las astucias del camino

Debemos partir del ego para desplazar al ego del centro de la escena de nuestro propio interior y de nuestro propio vivir.

Sin embargo, es desde el ego que hay que desplazar al ego. Pero el ego para cumplir su función al servicio de la vida, tiene que permanecer en el centro de la escena.

Con la luz del testigo, el ego “intenta” desplazarse a sí mismo. Pero al hacer ese intento, vuelve a situarse en el centro.

Por ello, los intentos tienen que ser astucias, procedimientos de casi engaño que el ego debe hacerse a sí mismo, hasta que el león mate al león, hasta que desde el ego se desplace al ego del centro de la escena.

El camino lo inicia el ego con la luz del testigo.

Las astucias e intentos continúa haciéndolos el ego, siempre con la luz del testigo, hasta que, gracias a esos intentos del ego y a la in-

tensidad de la luz del testigo, es el testigo el que se sitúa en el centro de la escena.

En este proceso, el ego es el punto de partida desde donde arranca el intento, el testigo es la gracia, padre del intento y el don que conduce a la unidad.

Nosotros somos nuestras propias trampas

Cayó en la fosa que había cavado, pues su iniquidad volvía sobre su cabeza.

La perfidia de los malhechores se convierte en oscuro pozo para ellos, así lo dicen los sabios.

Cuanto más inicuos, más espantosa es la fosa.<sup>18</sup>

Caemos en las trampas que nos construimos nosotros mismos.

Nuestras trampas son nuestros propios proyectos. Con nuestros proyectos de futuro encadenamos nuestro presente y ligamos nuestro futuro.

Quien hace presa en otros, pone barrotes de acero a su propia cárcel. Hace a su ego despiadado. Cuanto más despiadado es, más intensamente pone a su ego en el centro de todo su vivir, al precio que sea.

Cuanto más inicua es una persona, más está su ego en el centro de la escena.

Cuanto más central es su ego, más duro es el mundo de dolor que construye a su alrededor.

La maldad afianza al ego, tanto más cuanto mayor es su iniquidad. El mundo del ego es un mundo de deseos y temores, de expectati-

18. Rûmî: Ibídem, pg. 111.

vas y angustias. El ego es un telón espeso que impide filtrar la luz del testigo. Sin la luz del testigo la vida humana tiene la oscuridad de una fosa profunda a la que no llega la luz.

El inicuo construye su propio infierno. Es para sí mismo su peor enemigo.

Dice Rûmî, no sin humor: Estás excavando un pozo para ti, cava con moderación.<sup>19</sup>



La conciencia testigo es Él, el Liberador

Hemos dicho que desde la conciencia testigo se desplaza al ego del centro de la escena.

Ese es el gran don.

Desde la conciencia testigo el fuego abrasador del deseo, alma del ego, se transforma en luz. Las llamas del deseo se tornan en agua dulce, porque se tornan en camino. Sin conciencia testigo, el agua dulce de la fuente, se convierte en fuego, desvío, error.

El testigo libera de la iniquidad; ése es su regalo.

La conciencia testigo no es individuo, está en mí, pero no soy yo; es el guía; es el maestro interior; es Él; no es nada externo a nuestro propio ser; podríamos decir que pertenece a lo más íntimo y propio de nuestro propio ser, pero en Él toda nuestra estructura se disuelve en el Vacío de su ser Innombrable.

La ayuda de Dios, el don, la gratuidad, la iluminación, el despertar no llega desde fuera.

El papel de los maestros, desde fuera, es doble: mostrar que la conciencia testigo es el centro de nuestro espíritu y de su actuar, y

19. Rûmî: Ibídem, pg. 111.

mostrar cómo hacer el intento para desplazar al rufián, el ego, del centro del espíritu.

Explica cómo meditaste arteramente y cómo con astucia eliminaste al rufián.

Explica, para que la historia nos cure y sea bálsamo para nuestras al- mas.<sup>20</sup>

La conciencia testigo es ver

Dios es evidente, patente.

El hombre es ojo y lo demás es piel; la vista es contemplar al Amado. Cuando no se divisa al Amado, es preferible ser ciego; el amado que no es perpetuo, está mejor lejos.<sup>21</sup>

Si nos situamos en la conciencia testigo, nuestra esencia es ver, somos ojo que ve, admira y se conmueve.

Cuando la conciencia no ve y siente desde su condición de testigo

¿qué hay que ver y sentir? Sólo lo que parecer ser y no es; sólo lo que promete y no cumple. ¿No es eso ser ciego?

Lo que se presenta como digno de amor y no es perpetuo, está mejor lejos, porque es como un espeso velo de ignorancia que tapa la visión; es como una niebla densa y fría que envuelve el corazón y le impide latir con la visión.

20. Rûmî: Ibídem, pg. 114.

21. Rûmî: Ibídem, pg. 117-118.

“Los sabios son como los espíritus, porque están ocultos al mundo” 22

La sabiduría del sabio no es un saber formulable, no es una doctrina. Es una sabiduría sin palabras, vacía de formulaciones.

El resplandor de su sabiduría es el resplandor del Innombrable.

La sabiduría brilla en sus ojos, en su rostro y en sus obras, pero no tiene descripción posible, es inobjetivable.

Es una sabiduría que sólo la ven los que han recibido el don de ojos sabios, el don de corazones de carne.

Sólo desde la conciencia testigo se ve al sabio.

Quienes le miran con los ojos y el corazón del ego, de la individualidad, no le ven. Para ellos el sabio se hace invisible como un espíritu.

Los sabios pasan entre las gentes y las gentes no les ven, porque su sabiduría es vacía de toda posible objetivación.

Al sabio que le ven las gentes, no es sabio.

La búsqueda intelectual y la espiritual

...la búsqueda intelectual ¿para qué sirve oh ingenioso?

Para que, quizás, un hombre de intelecto débil pueda tener una idea de la verdad.

La búsqueda intelectual, aunque es como perlas y coral, es distinta de la espiritual.

La espiritual está en otro plano: el vino espiritual tiene otra consistencia.<sup>23</sup>

22. Rûmî: Ibídem, pg. 117-118.

23. Rûmî: Ibídem, pg. 125.

La búsqueda arranca desde la dualidad, desde el ego, desde la mente y toda su capacidad de razonar.

El trabajo intenso, limpio, sin doblez y decidido puede llevar a tener una idea de la Verdad.

Pero una idea de la verdad no es la Verdad.

Hacerse una idea de la verdad está todavía en el orden de la representación, y la Verdad no es una representación, es una noticia vacía de toda posible representación.

Pasar de “hacerse una idea de la verdad” a sumergirse en la Verdad, ese es el quehacer de la búsqueda espiritual.

A la hora de hablar de la búsqueda espiritual, Rûmî se tiene que contentar con decir que es distinta de la intelectual, porque está en otro plano. Y está en otro plano porque el vino espiritual tiene otra consistencia. Y esa consistencia está más allá de toda posible representación o imagen.

La Verdad está en el ámbito de la no-dualidad, la búsqueda intelectual está en el ámbito de la dualidad.

Hay preguntas que no pueden responderse. No preguntes lo que sólo se puede agradecer.

Él es el presente-ausente

Estar presente y ausente a la vez, es Su gran don a los humanos.

Los humanos estamos en la forma y en el “no-lugar”; esas son las dos caras de nuestro ser. Por eso su don es presencia y ausencia.

Para la forma y su lugar es ausencia, para el “no-lugar” es presencia.

¡Muere a la forma! Muere a tener una forma y un lugar, porque no hay nadie frente a Él.

Mientras estés presente, Él es una ausencia. Su don es hacerse presente al que está ausente a sí mismo y sólo presente a su “no-lugar”.

Pero su ausencia me habla de mi “no-lugar”. También eso es un don.

El clamor “¡oh mi señor!, y la respuesta “aquí estoy”, es la ausencia y la presencia.

Pero aparta tu espíritu de estas explicaciones. Toda explicación es un velo a su inmediatez.

El mensaje que debe reservarse

Este es el mensaje que no puede ser pronunciado sin una gran prudencia: su presencia-ausencia lleva a la aniquilación. Lleva de la forma a la no forma, de un lugar a un “no-lugar”.

No todos pueden soportar ese fuego. No se puede prender fuego a oscuras. Discrimina quién será consumido en su presencia-ausencia y quién será sólo destruido; quién está dispuesto a morir y quien no quiere morir.

Quien no quiera morir, porque no es consciente de su “no-lugar”, sólo sería destruido.

Aparta la pantalla de tu cuerpo

Si apartas la pantalla de tu cuerpo, que es tus deseos y temores, aparecerá tu naturaleza original, el “no-lugar”.

¡Oh audaz buscador, guárdate! No luches contra ningún buscado<sup>24</sup>

Tus esfuerzos no le conseguirán.

Para entrar en el fuego tienes que ser tan vacío como Abraham.

No te echas al agua sin saber nadar hasta saber extraer perlas del fondo del mar.

Si habitas en el “no-lugar” la tierra será para ti oro. Si habitas en ti, el oro se volverá tierra.

Desde el “no-lugar” todo es Él. Desde el lugar, hasta sus perlas serán tierra.

Si habitas en el “no-lugar” tus obras serán las de Dios; si no lo haces tus obras serán depredación y muerte.

Si habitas en el “no-lugar” estarás vacío y serás perfecto. Toda imperfección viene de ser alguien en un lugar, ser una forma.

Si eres perfecto, tu conocimiento es un “no-saber” que es la sabiduría. Si resides en una forma, tus conocimientos son pura ignorancia.

Si eres vacío de todo lugar y de toda categoría, tu infidelidad es religión. Si estás lleno de ti, tu religión es infidelidad.

Oh tú que, yendo a pie, te has enfrentado a un jinete, no salvarás tu cabeza. ¡Desiste!<sup>25</sup>

Hay de tí si pretendes lograrle, conseguirle. Esa actitud te destruirá. Él se da cuando quiere y como quiere, nadie lo logra, nadie le puede tener.

“El Único” no cabe en ningún lugar, sólo cabe en el “no-lugar”.

Quien quiera poseerle, meterle en una forma, Él la hará estallar.



24. Rûmî: Ibídem, pg. 133.

25. Rûmî: Ibídem, pg. 134.

Creerse alguien que puede conseguir algo: ese es el pecado

Sacrifica tus manos y tus pies y aprenderás que “nadie” hace nada ni va a ninguna parte.

El que es “vacío” puede comer y hacer lo que quiera, todo le es lícito.

El que está lleno tiene que aprender a ser sólo oreja para aprender de quien no es su semejante a ser vacío. Tiene que hacerse mudo para poder arrancarse a hablar.

El camino es recibir la Palabra del maestro. Sólo Dios no necesita apoyo; fuera de Él todos necesitamos un guía y un diseño del camino; un diseño que después no se seguirá.

Si sabes de tu impotencia y de la ausencia, llora como Adán cuando le expulsaron del paraíso.

Consigue la luz, como Adán, por el fuego del corazón y las lágrimas.

¿Sabes el sabor de las lágrimas? Es el sabor del don de la ausencia. No llenes esa ausencia con cosas que no son Él. Mantén en tu corazón la ausencia y se llenará de perlas.

La ausencia no puede ponerte sombrío, enojado y melancólico. Si te ocurre eso, no es por su ausencia, sino porque quieres llenarte de lo que no es Él.

Juzga de lo adecuado de tu actitud por sus consecuencias:

Si crees que echas aceite y apaga tu lámpara, no es aceite, es agua.

Si lo que comes te da conocimiento y sabiduría, amor y ternura, es verdadero alimento.

Recogerás lo que siembres.

Siembra pensamientos de los que, como del mar, surjan perlas.

Siembra el pensamiento de tu completa ausencia y resplandecerá su completa presencia.

Tu presencia es su ausencia y su ausencia es el don a tu ignorancia para que te ausentes de tí mismo y te desplaces a tu “no-lugar” que es su “no-lugar” y su presencia.

La acción y el olvido

Las palabras que pronuncian nuestra boca, o las acciones que realizan nuestras manos son como una flecha que sale del arco y no da vuelta atrás. Esas acciones y palabras producen los efectos que pretendíamos y otros muchos que no se ven.

Pero los resultados de las palabras y de las acciones son sólo obras de Dios, aunque se nos imputen a nosotros. Sólo Él es el actor, sin ningún socio. Todos los efectos de nuestras palabras y acciones, los patentes y los ocultos, son obra suya.

Sólo los sabios tienen el poder, que es de Dios, de cambiar el curso de la flecha que ya ha sido disparada.

¿Cómo?

Comprendiendo que son “nadie”, abren las puertas al “no-lugar”. En ese “no-lugar” en el que habita “nadie”, desaparecen las palabras, las acciones y sus efectos manifiestos y ocultos.

Con su vaciedad, el sabio abre las puertas del vacío. El vacío pro- voca el olvido de todo lo que se cree lleno. El olvido obstruye, así, el camino de la percepción, del objeto y de la acción.

El olvido es el reino de “nadie” en el “no-lugar”. Quien reside ahí puede tener un corazón que reine sobre los corazones, porque nada de él se interfiere en el amor.

Para ese sabio, el hombre con todas sus palabras y obras son pura ilusión. Quienes le escuchan, aprenden esa lección.

El recuerdo de las santas palabras y el olvido de lo que no es Él, dependen del sabio. El sabio vacía el saco de los corazones de cien mil pensamientos, buenos y malos, y lo llena de perlas.

Gracias a la vía, todos los pensamientos y acciones pasadas vuelven a su fuente. Todo vuelve a la fuente, excepto tus

habilidades y oficios se quedan contigo, para que puedas mantenerte.

El poder de la Palabra en su presencia-ausencia

Quien comprende al que comprende, muere como el que compren- de. Y lo que muere es el alma del alma, el sentido de la individualidad. La muerte viene por la lengua, por la palabra. Su Palabra es fuego que abrasa al individuo con su presencia y es consuelo en la desolación

de su ausencia.

Su Palabra es una piedad inmisericorde. Son flechas que hieren de muerte al pájaro del alma.

Son una piedad, porque me liberan de mí, pero son una piedad inmisericorde porque me matan.

En mí, su presencia-ausencia es el alba que devora las tinieblas; en mí es el día que enciende la luz del sol. Él vuelve mi término al inicio de los inicios. Su faz levanta todas mis nieblas.

Le veo y me lamento por su ausencia.

Él es celoso, no quiere que nada ocupe mi mente y mi corazón fuera de Él. Él es todo, pero es “otro” de todo lo que doy por real.

Mi gozo y mi pena por su presencia ausente son una ofrenda a Él.

¡Quisiera que mis lágrimas fueran un océano para ensartarlas como ofrenda al encantador! 26

Mi alma, cuando es su alma sin principio, habla con su boca, y veo su reflejo en todos y cada uno de los seres.

Su presencia es alegría y su ausencia es herida. Calcina el alma para iluminar al cuerpo. Calcina el sentido de individualidad para iluminar la mente y los sentidos.

Me hace arder ocultándose. En su ausencia es devastador como el fuego, ¡cómo lo será en su plena presencia!

Dice Rûmî refiriéndose a Él, no pienses en nada salvo en mí. Pero recuerda que las palabras son espinas en el seto de una viña.27

Conversa con Él sin palabras, en ese lenguaje silencioso te dirá secretos que ocultó a sus profetas, si identificas el mensaje de los profetas con sus palabras.

Teje tu individualidad, tu ser, en la no-individualidad, de lo contrario serás esclavo aunque seas un rey, un amante o un poderoso depre- dator, porque dependerás de tus súbditos, de tu amado o de tus presas.

Puesto que Él es tu amante, déjale que te saque del tejido espeso de tu individualidad. Que no te importe ni el éxtasis ni las ruinas. Contén el éxtasis porque el tesoro está en las ruinas. Si te anega en su océano, te salva de tí mismo.

No hagas diferencia entre el júbilo y el dolor, porque lo que importa es Él, y no lo que sientas o no sientas con relación a Él. No te descarríes por ese desvío, porque Él reclama que entre tú y Él no se interponga ni tú ni ningún objeto. Él sólo se muestra cuando es Único en el espíritu, sin acompañamiento alguno de deseos, sujetos u objetos. Para que aparezca un sabio hay que sacrificar cien lunas llenas, quemar con el fuego del conocimiento un mundo, apostarse el alma y perderla.

La vida de los amantes consiste en la muerte; no ganarás Su corazón salvo perdiendo el tuyo.<sup>28</sup> Nada le seduce si no es la más completa desnudez. Quien busca salvarse en Él, le menosprecia, le oculta detrás del propio júbilo o el propio temor; al hacerlo ve doble. En Él debe quedar sumergido y ahogado todo amor, hasta que realice la perfecta unidad.

Sé reservado en hablar de estos misterios, aconseja Rûmî.

27. Rûmî: Ibídem, pg. 141.

28. Rûmî: Ibídem, pg. 142.

Las ambigüedades de la presencia-ausencia

Cualquier cosa que te rezague en el camino, ¿qué importa si es fe o infidelidad?

Cualquier cosa que te aparte del Amado ¿qué más da si es bella o fea?<sup>29</sup>

La fe, cuando es fe-creencia, puede convertirse en infidelidad. Hoy, en Occidente, si no se tiene la posibilidad de la fe sin creencias, la fe-creencia es fidelidad; si se tiene la posibilidad, la fe-creencia es infidelidad.

La fidelidad a formas establecidas y consagradas, puede ser infidelidad; y la infidelidad a esas formas, fidelidad.

Infidelidad es siempre la vuelta con todo el corazón y con toda la mente a los bienes de este mundo como lo único real. Aunque se reconozca con la mente que hay más dimensiones en el mundo que esa, si para el corazón, la mente y para la acción sólo hay esa dimensión, eso es infidelidad real. ¡Cuántos infieles que se dicen fieles!

El mundo entero pide amor, porque Dios no es “otro” de él. No te engañe su presencia-ausencia en el mundo.

Si te has vuelto hacia la revelación inmediata del ausente-presente, no regreses a la creencia porque le quisieras sólo presente.

Si has entrado en la intimidad del ausente-presente, no vuelvas a la obediencia porque no le reconoces en su sutilidad.

No confundas su ausencia con “sólo estoy en su umbral”.

No mires atrás porque no se presenta como tú esperabas. Comprende su intimidad como es y no la exijas como tú la esperabas.

Si pretendes que se adapte a tus expectativas, le esperarás todavía cuando ya está presente.

Si no comprendes que su presencia es también ausencia, tendrás presente su rostro y estarás buscando todavía su aroma.

Todo deseo de ser amado, proviene de Él.

Él quiere que se le reconozca en su presencia-ausencia. Para nosotros, esa su sutilidad, es fuente de sufrimiento. Nuestra pobre condición de vivientes, lo vive como un engaño:

Llama como “el que es”, y se presenta como “el que no es”. Es promesa de día y aparece como noche.



Me llama como un rostro luminoso, y se presenta como “nada”.  
Su presencia es falta de dulzura, pero esa falta de dulzura es dulce,

porque sé de su presencia vacía. Por eso mi pena me enamora.

Cuando me quejo de su ausencia, no protesto, le reconozco. Él me inquieta, pero no es cierto.

No hay su casa y su puerta. No hay Él y yo, ni nosotros.

¿Dónde está el estrado de su presencia y el umbral de su puerta? No hay ni estrado, ni umbral.

Cuando toda individualidad desaparece, incluso la suya, aparece la Unidad.

La dualidad de Él y yo, Él y nosotros es sólo su propio juego de amor. Un juego en la unidad; una clara manifestación de la unidad.

El amor, en una aparente dualidad, es sólo manifestación de la unidad.

Si te pido que vengas, sé que estás más allá del ir y venir.

Para verle no hay que ligarse ni a la tristeza ni al gozo. Quien se acerca a Él desde la tristeza o el gozo, pone velos a su rostro.

El amor verdadero es silencioso, está más allá de la tristeza y la risa; es amor de nadie a nadie; es el amor de un ausente a un ausente.

El amor, como el conocimiento, tiene frutos sin fin más allá de los estados de ánimo.

Quien sabe del ausente-presente, se sabe también ausente-presente.

Paga el diezmo, dalo todo por Nada

Cuando pagues con toda tu individualidad, verás tu bello rostro. Pero tu hermoso rostro, que es su faz, la sentirás como un abandono.

Su presencia no puede no ser una ausencia, ni su ausencia puede no ser una presencia.

Él es el alma de mi alma y el insondable vacío de mi ser.

Él es la fuente inmediatamente brillante de la luz, que se evade de todo intento de posesión.

Él es la rosa y la separación de la rosa.

La conmoción que provoca en nuestro corazón no pasa ni por la alegría, ni por la tristeza. Hay conmociones de nuestro espíritu que no pasan por nuestros sentimientos, porque no tienen nada que ver con nuestras representaciones y expectativas.

No juzgues las posibilidades de tu espíritu por tus sentimientos y tus ideas. Tus sentimientos e ideas llegan a la existencia y mueren, y el que queda es sólo Él.

Amanece a ti mismo arrepintiéndote de creerte alguien.  
Despierta al alma de tu alma.

Tú mismo eres tu vino. Tú eres la embriaguez del vino. El cosmos entero espera tu despertar: su conciencia.

¿Quién puede distinguir entre tú y Él? ¿Qué es la frontera?  
¿Quién o qué es la frontera?

Caminar con la mente o con el sentir

Cuando se trabaja con la mente, la aproximación al Absoluto se presenta como aproximación a la “no imagen”. Adentrarse en ese océano, es adentrarse en la más completa ausencia de toda posibilidad de representación, conceptualización, imagen.

Lo difícil, en esa modalidad de caminar, es aprender a dar como realidad lo que es la total ausencia de individualidad, objetividad, subjetividad. Lo difícil es aprender a discernir que en la aproximación al término del camino y en el término mismo, convive la radicalidad de la no imagen, de la ausencia completa de representación y conceptualización y con la certeza más absoluta.

Cuando se trabaja con el sentir, la aproximación al Absoluto se presenta y se vive como aproximación a “la ausencia”.

Adentrarse en el Absoluto es adentrarse en la más radical ausencia; es como aproximarse a un agujero negro. Para el sentir, el Absoluto, al no presentarse como sujeto, ni como objeto, ni como individualidad es equivalente a un vacío completo.

Lo difícil, en esta otra modalidad de caminar, es llegar a sentir y comprender con el sentir, que ese duro vacío es la plenitud absoluta, que la ausencia, en su misma radicalidad de ausencia, es como una presencia.

El sentir llega a saber que el Absoluto es una cálida presencia en la mismísima radicalidad de la ausencia. Es una presencia vacía de todo lo que el sentir sabe coger y gustar, pero es una presencia que el sentir tiene que reconocer en su misma calidad de ausente. El agujero negro de la ausencia, que se traga la realidad de cualquier otra presencia, es el peso indudable de una presencia inabarcable.

El vacío de una completa “no imagen” del Absoluto es, para el sentir una “ausencia” radical. Y la “ausencia” radical del Absoluto para el sentir, resulta, para la mente, una total imposibilidad de representación.

Él acepta la impotencia de nuestra búsqueda

Cuando le buscamos, intentamos atraparlo en las pobres redes de nuestro lenguaje. Cuando hablamos de Él tenemos que contradecirnos, aludirlo sin poderlo decir.

Dice Rûmî: Al amigo le gusta esta agitación: es mejor forcejear inútil- mente que quedarse quieto. 30

Hay que arañar y rascar, esforzarse, intentar una y otra vez, hasta el último aliento, sabiendo que todo intento es vano porque nuestras manos son demasiado pequeñas para alcanzarle; pero Él ve, acepta y se aproxima.

¡Ay de quien actúe esperando el reconocimiento y el afecto de alguien!

No actúes esperando el reconocimiento y el afecto de alguien, para mitigar su ausencia.

No actúes para que te reconozcan y te quieran, te esclavizarán.

No cantes para todos, no cantes para nadie esperando su afecto. Muere a esa actitud y serás libre.

Si te ofreces para recibir, te comerán, te devorarán y tirarán las sobras.

Reflexiona bien esto si quieres cosechar.

Si Él te basta, nadie podrá comerte, nadie podrá usarte porque serás libre.

30. Rûmî: Ibídem, pg. 148.

Cuando te ofrezcas, sin esperar nada a cambio, si te comen, si te usan, ya no será en tu daño, sino en tu provecho.

Quien actúa no esperando nada de nadie, Dios le protege, la tierra entera se pone a su servicio y Dios mismo le satisface.

La Vía es un camino nuevo que ya no transita por lo que está presente. No entres por ese camino, es una trampa mortal, transita por el suelo firme del ausente.

El camino nuevo no transita por el mundo de los objetos y los sujetos, sino por el radical vacío de esas categorías, por la senda de la ausencia de sujetos, objetos, individualidades.

Los riesgos del halago

No busques poner apoyo para tus pies con el halago.

El halago es un dulce bocado que envenena. Toma el antídoto, para que no se convierta en fuente de arrogancia.

El halago es un veneno, que cuando se bebe, permanece en el organismo mucho tiempo, hasta que su efecto se anula con el antídoto. La crítica y la ofensa hieren el alma y su herida tarda en cicatrizar.

Ponle bálsamo.

El antídoto para el halago y el bálsamo para la crítica y el infundio es el karma yoga practicado con toda seriedad. Dice Rûmî:

Sé humilde de espíritu mediante la mansedumbre, no seas tirano. En lo que puedas, sé un esclavo y no un monarca. Recibe los golpes, sé la pelota y no el bate. 31

31. Rûmî: Ibídem, pg. 151.

Primavera, otoño

No es permisible mencionar a nadie que no seas Tú.<sup>32</sup>

No intentes huir Su ausencia, porque es una presencia.

Las generaciones son como caravanas que son llamadas a la existencia, recorren por un tiempo un tramo del camino y son llamadas luego a la no existencia.

Somos primavera y otoño. Brilla para nosotros la primavera por unos instantes, con sus frescuras, sus promesas, su verdor, su belleza, su vigor, lo templado de su clima; pero pronto llega el otoño, cuando el frescor se transforma en frío, el verdor se

mustia y se seca, la belleza se apaga, se pierde el vigor y se ve aproximarse a la muerte.

Cada despertar al nuevo día es una primavera; cuando llega el atar- decer y el sueño, es el otoño. Toda nuestra vida está llena de primaveras y otoños, hasta que la caravana sea conducida a la nada.

El perfume de la primavera te conduce por el camino; el aroma de las flores orienta tu caminar; la luz fresca de la primavera guía a tu mente.

La muerte que se anuncia en el otoño revela tu ausencia. Tu ausencia es la vía a Su ausencia. Cuando sientas tu vacío y Su vacío en esas ausencias, tu corazón y tu mente sabrán de Su presencia.

Ama al otoño como amas a la primavera. La primavera te muestra su aroma, el otoño su ausencia.

Cuando la primavera se vuelve otoño, no reclames lo que tú espe- raste de la primavera. No te sientas engañado porque el aroma de la primavera conduce a la ausencia. Es así como debe ser, y es así porque es un don.

Acoge al otoño y consigue que tu espíritu esté desnudo de todo,

32. Rûmî: Ibídem, pg. 152.



como los árboles se desnudan de hojas en invierno. Vuélvete tierra, como el esplendor de la primavera se vuelve tierra en el otoño. ¡Muere en la tierra! ¡Sé tierra!

Tu nada en Su todo. Tu tierra es Su florecer.

Tu ausencia te revela Su ausencia, que es una desconcertante, pero firme, manera de presencia.

El canto de los profetas y maestros

Un día Israfil producirá un sonido agudo que dará vida al que lleva cien años de putrefacción.<sup>33</sup>

El ausente está siempre presente en todo.

Los profetas y maestros del espíritu también tienen un canto del que surge la vida, cuando se es capaz de escuchar.

El ruido de las inquietudes es algodón en las orejas que impide oír y comprender ese suave y profundo canto.

Los que están ocupados no perciben lo que sus sentidos podrían sentir, si escucharan.

La pelea por la sobrevivencia y la lucha por hacerse un lugar lo más destacado posible entre los hombres, es un pesado velo de ignorancia y una sordera.

¿Qué dicen los profetas y maestros?

Dicen: ¡Oh vosotros, los que creéis no ser, los que os sentís, hora a hora, amenazados por la nada, despertad!

33. Rûmî: Ibídem, pg. 155.

¡Vosotros, los que os veis de la estirpe de los que se pudren!

¡No sois partículas de nada! Apartaos de esas ideas; son sólo fantasías y vanas imaginaciones.

Vuestro ser verdadero no nació ni morirá.

Si lográis escuchar esta sutil y leve canción de los profetas y maestros, se terminará vuestra aflicción y vuestro temor.

Pero esa canción nadie te la puede explicar. Está próxima a ti.

Afina tu oído y comprenderás que al canto de los profetas, la naturaleza entera se pone también a cantar. Hasta los muertos la oyen desde sus tumbas.

Si escuchas, podrás oír ese canto universal. Es el canto de la unidad. Nadie puede cantarle a otro esa canción, hay que oírla por sí mismo.

La voz de los profetas y maestros y el canto universal de todo lo que existe es la voz de Dios.

Esa voz es distinta a las demás... Habíamos muerto y estábamos des- compuestos; llegó la voz de Dios y todos nos levantamos.<sup>34</sup>

Esa voz es la Suya, aunque sea canto de hombres o de criaturas. Escucha ese canto, porque, no lo sabes, pero tu oído es el Suyo. Crees que hay separación entre tú y Él. No la hay.

Si comprendes verás que tu yo es el Suyo.

Él es la única fuente de luz, el Único, “el que es”, y tú, si atinas a oír, sabrás que eres Eso.

Cualquier ser de la creación, por humilde que sea, te dirá con claridad este secreto, gracias al canto de los profetas.

Toda criatura es una copa llena del vino de los profetas.

34. Rûmî: Ibídem, pg. 156.

Quienquiera que atine a probar el vino secreto de la más insignificante criatura, está gustando el vino de los profetas, que es Su sabor.

Quien ve el tenue y profundo brillo de las criaturas, ve a la luz de los profetas, lo que es la Luz.

Para el que sabe ver, no hay diferencia entre la luz y la Luz.

El aliento de vida

Que no se te escape su presencia, que es como una ausencia.

Estate atento al aliento de Dios, que es el espíritu. Estate atento para acogerle cuanto te visite, no sea que no te encuentre a la espera, pase de largo y se pose en otro.

Si te pierdes su visita, refuerza tu vigilancia para que te encuentre en vela cuando vuelva a pasar.

Su aliento apaga el fuego de la pasión y enciende el alma. Es como la savia del árbol de la vida.

No desconfíes de la fuerza de ese aliento, porque sea sutil y vacío como el espíritu, porque su poder deshace el corazón de las montañas.

Ese aliento no llegará a tu corazón si te encuentra comiendo. Los manjares que comes impedirán que su sutilidad llegue a tu alma.

La concupiscencia obnubila el discernimiento; confundirás los cardos del desierto con los dátiles.

Tu propio aliento es Su aliento, tu espíritu es Su espíritu. Tu aroma es Su aroma.

¿Por qué buscas por el desierto y comes pinchos, cuando en ti llevas el alimento de la vida y las flores que emiten su aroma?

¿Por cuánto tiempo vagarás por el desierto buscando alimento, confundiendo las púas de los cactus con los dátiles?

¿Cuándo comprenderás que en ti mismo reside el alimento de vida que es su aliento?

Hasta que no alejes de ti esa comida, errarás por el desierto. Comprende que tu ser no cabe en los mundos.

Su aliento seca la dualidad y convierte las piedras en joyas.

Su aliento es dulzura y transforma en dulzura a los que no se dejan sobornar por la comida que ofrece este mundo.

Su espíritu es vino puro que embriaga al yo hasta que sabe que no es. Es un vino que hace callar a la razón.

La razón se extravía, cuando sabe que es capaz de caminar hasta la orilla del mar, pero se resiste a reconocer la existencia del mar, porque en él no sabe navegar; entonces se vuelve enemiga de un conocimiento que no se distingue del amor.

La razón se extravía cuando cree que todo lo que hay es objetivable. Se pone en camino cuando sabe que lo que hay no

es todo objetivable; y porque lo sabe, se calla a tiempo y es capaz de morir voluntariamente para dar paso a otro tipo de conocimiento.

Cuando la razón deja que el espíritu la convierta en nada, es amiga del amor.

La razón ha de caminar a lo largo de todo el camino, hasta llegar al borde del mar. Allá, si no vuelve la espalda al mar, tendrá que pasar de la existencia a la no-existencia.

La razón es amiga del espíritu y es total y no parcial, si camina lo más lejos que le es posible y luego reconoce que debe sumergirse en el océano sin fronteras del conocer y sentir silencioso.

Ese conocimiento sin objetivaciones, ni palabras es la culminación de la razón.

Al aliento de Dios, al espíritu ¿cómo llamarles?

El Amor y el Espíritu están ambos ocultos y velados: no critiquéis si le he llamado la Novia. 35

Expresarle en imágenes no es delito. Nuestro destino es tener que hablar de lo inefable con imágenes visibles y con palabras.

El delito no es llamarle “la Novia”, o el “Padre”, o el “Espíritu” o llamarle “aliento”; el delito es creer que esos nombres le describen.

Él se presenta y se adapta a la figura que le damos, si no pretendemos encerrarle y poseerle en esos nuestros humildes moldes.

Si le pretendemos poseer con nuestras palabras e imágenes, Él huye y se ausenta.

Cualquier figuración que le demos puede seducirnos y engañarnos. Hay que usarla y abandonarla con respeto, porque estuvo dedicada a Él.

La fidelidad no es fidelidad a ninguna imagen; la infidelidad a las imágenes es fidelidad.

El cuerpo de los profetas y maestros es espíritu.

Su forma y sus palabras son espíritu, quienes no les ven así es que son sólo cuerpo.

Son la sal para los espíritus de los hombres. Busca sus herederos.

Si comprendes que los maestros y profetas son espíritu, comprenderás que tú, como cuerpo, eres inexistente.

35. Rûmî: Ibídem, pg. 160.

Déjate invadir por su aliento.

Su aliento es su espíritu, y es suave y dulce como la brisa, pero abrasa todo lo que no es Él.

La prueba para los escépticos

La prueba para los escépticos no es la resurrección de los muertos; ni el lenguaje de los árboles que narran, con sus largas lenguas verdes, los misterios del seno de la tierra; ni siquiera el morir y renacer del verdor de las estaciones.

La prueba para los escépticos son los jardines espirituales que Él hace crecer en los corazones de sus amigos.

Cada una de las flores que nace en esos jardines, desvela los secretos del universo. El perfume de esas flores rasga los velos.

Quien no ve esos jardines ni huele esos aromas, ni tiene ojos, ni tiene nariz.

Quienes se aproximan a esos amigos de Dios, los que ponen su mente y su corazón en contacto con ellos, son capaces de sentir la lluvia que no proviene de las nubes.

En el reino del alma hay cielos que dominan al cielo de este mundo 36



Este mundo tiene otra visión posible. Parece ausente, pero está presente.

Hay otros cielos, otras nubes y otra agua que los elegidos pueden ver; el resto dudan de esa otra dimensión.

Lo mismo que la lluvia primaveral da vida, y el aguacero otoñal

36. Rûmî: Mathnawî. Madrid, 2003. Editorial Sufí, Tomo I, pg. 163.

puede ser dañino, también en el mundo del espíritu el don puede ser para vida o para muerte.

El aliento de los amigos de Dios es beneficioso como la lluvia primaveral.

Si quienes reciben ese aliento son como árbol seco del otoño, no echés la culpa al amigo de Dios. Él hizo su trabajo.

El aliento del santo es como un viento vivificante; quienes lo prefieren a su alma, reverdecen; quienes prefieren su alma a recibir ese viento sutil vivificante, se secan como árboles muertos.

Los efectos de la lluvia del cielo

Rûmî utiliza la imagen de la lluvia del cielo para hablar de la luz que emana de la dimensión absoluta de lo Real. La lluvia del cielo es la luz que nos llega de la dimensión no-dual de la realidad.

Sin un mínimo de conciencia de la dimensión absoluta y no dual de nuestro existir, el dolor humano sería mucho mayor. El hombre al que no le llegue ni una gota de esa lluvia, abocará todo su egoísmo sobre todo lo que le rodee.

Por otra parte, dice Rûmî, que el olvido de esa otra dimensión del vivir, el olvido de la dimensión no egocentrada del vivir, es el pilar de nuestro funcionamiento egocentrado, el pilar de este mundo, el pilar de nuestro funcionamiento como depredadores. Por consiguiente, esa lluvia del cielo apaga el fuego del mundo.

Si la luz del otro mundo, de la otra dimensión de lo real, prevalece, este mundo se derrumba. El Sol derrite el hielo de la codicia -dice-.

Pero necesitamos por lo menos algunas gotas de la inteligencia de esa luz, para que la codicia no se desmande y lo arrase todo.

Necesitamos unas gotas de luz del otro mundo para que este mundo funcione y no se convierta en una guerra de todos contra todos. Hay que meditar esto largamente.

Si la lluvia es abundante, no queda dualidad en este mundo, el mundo se vacía de su realidad.

Rûmî cierra el párrafo diciendo “este tema no tiene fin”. Y es así, porque de estas afirmaciones se siguen varias cuestiones:

¿Es imprescindible un alto grado de ignorancia para que el mundo funcione? Si echamos la vista atrás en la historia, parecería que sí.

Pero tiene que ser una ignorancia con ciertos límites. ¿Dónde están los límites?

En el pasado se pensó que los límites los ponía la religión. La religión toleraba una ignorancia que permitía funcionar al mundo, pero ponía ciertos límites a esa ignorancia; rociaba a los hombres con el hisopo para que les llegaran algunas gotas de la lluvia del cielo.

¿Podría funcionar el mundo de la dualidad y de la necesaria deprecación, con un cielo sin las nubes de la ignorancia? Eso han predicado todos los maestros del espíritu y los profetas de todos los tiempos.

¿Podría soportar nuestra condición de vivientes necesitados la lluvia de inteligencia de los cielos? Eso sería el reino de Dios en la Tierra, un reino de equidad, de justicia, de paz y de amor.

Sólo la palabra de los sabios permanece

Todo perece, menos las palabras de los sabios, porque sus palabras no están sometidas a la muerte sino que levantan de la muerte. Llegan desde la no individualidad, desde la no existencia, que es la fuente de todas nuestras existencias, y llevan más allá de la muerte.

Sus palabras son un deleite interno que es revelación; una revelación que es una inspiración sin formas. Ese deleite interno, que es revelación e inspiración sin formas, es la luz del gran misterio de lo que es, fuente de todo y presencia en todo, pero que es nada formulable, objetivable. El obstáculo a la recepción de esas palabras de vida de los sabios es nuestro pecado cotidiano a lo largo de toda nuestra vida: ser el centro irreal de todo nuestro hacer, pensar y sentir, la egocentración y sus consecuencias en la interpretación y valoración de las realidades y de nosotros mismos.

Cuando nuestra vida sea como cantar para los que habitan los cementerios, comprenderemos que sólo vivimos desde Él y para Él. No hay nada que conseguir, ni nadie a quien agradar; ni tampoco hay nadie que pueda conseguir nada. No hay un centro autónomo en el núcleo de nuestro ser.

Si vivimos como quien canta en un cementerio, viviremos para Él y desde lo único que es: nada que nombrar. Todas nuestras

actividades, todos nuestros proyectos y expectativas tienen que ser como cantar en un cementerio. No se espera nada de nadie. Se canta sólo para Él. Se actúa para Él, como donación pura.

Todos los intentos para escapar de la trampa de nuestro pecado, -creernos alguien-, son vanos, pero Él acepta la moneda falsa de nuestros intentos. Todos nuestros intentos son moneda falsa porque parten siempre del ego, y partiendo de él, lo refuerzan. Sin embargo, Él acepta esa moneda falsa y nos permite escapar de nuestra cárcel.

Las vastas regiones del alma

En nuestro propio interior hay un abismo de vastas regiones. Las “vastas regiones del alma” son nuestro propio interior. Un lugar, que es un no-lugar, más allá de los estratos del ego.

Un vasto lugar no-lugar que es como un jardín por el que uno se puede pasear sin pies y que puede comprender y amar, sin cabeza, ni corazón. Vasta extensión en la que, sin ojos ni manos, se pueden recoger rosas.

Esas vastas regiones del alma, más amplias que la Tierra y más extensas que los cielos sin límites; hacen estallar las estrecheces en las que el ego encierra al corazón y a la mente.

Apóyate en las vastas regiones del alma y vivirás con un corazón y una mente en el que cabrán todos los universos.

Reside en esas vastas regiones que hay en tu propia alma y podrás caminar por el mundo, sin la espina en el pie del ego, reconociendo y amando “lo que es”.

Ve al trabajo residiendo en ese lugar no-lugar, que es la sede de la paz y la benevolencia.

Las vastas regiones del alma son el espacio infinito. Pero el espacio infinito es el no-espacio.

Las vastas regiones del alma son, pues, el no-espacio, generador de todos los espacios, finitos e infinitos.

Sin embargo, hablar de las vastas regiones del alma es usar dos imágenes que ni describen aquello a lo que se refieren, ni se comparan entre sí.

El alma está más allá de las categorías espaciales, por tanto, difícilmente puede poseer vastas regiones. La imagen “vastas regiones

del alma” alude a dimensiones del existir que se sitúan más allá de la localización espacio-temporal del ego.

Ese modo de hablar en imágenes, y en imágenes que se contradicen entre sí, es una forma acertada de referirse a los niveles del propio existir que no se pueden nombrar.

La voz de la dimensión absoluta del existir

La voz de la dimensión absoluta del existir llega a todo ser humano y a toda criatura.

Todo sonido y toda palabra son sólo como resonancias, como ecos de esa voz primigenia y única.

Todos los pueblos de la tierra oyen esa voz, que se emite sin boca y se oye sin oídos.

Todos, si llegan a la categoría de humanos, tienen noticia de esa dimensión absoluta del existir, que es como un canto silencioso, pero perceptible.

Hasta los árboles, las plantas y las piedras tienen noticia de esa voz, porque sólo existir es ya oír esa voz.

Oír esa voz es oír la pregunta sin palabras “¿no soy Yo?”; y es, también, la respuesta sin palabras, ofrecida con el propio existir: “sí”.

Desde todos los seres surge la pregunta “¿no soy Yo?”, y a todos los seres tendremos que responder: “Sí”.

Desde toda criatura surge la pregunta y a toda criatura hay que darle la respuesta. “Sí, eres Tú”.

La mera existencia del cielo, las estrellas, el sol y la luna, la tierra y todos los vivientes que contiene, las rocas y los mares, las montañas y los ríos, las personas, es ya la gran pregunta “¿No soy yo?”

Y todo, con su mero existir, es la respuesta: “Sí”.

Todo ser es, a la vez, la pregunta y la respuesta, independientemente de la lucidez que podamos tener para reconocer esa pregunta y esa respuesta.

Por ello, todo existir es nada, fuera de Él, fuera de esa dimensión absoluta de lo real.

La separación de la fuente del Ser

Toda criatura se lamenta si se le separa de su fuente, ausente- presente, de ser, porque se queda seca y sin vida, como un arroyo sin agua. El arroyo sólo quiere el agua que le da la vida. Lo demás le sobra.

¿Qué hacer para no quedar separado de la fuente? Morir para poder alzarse sobre la muerte.



¿Qué es morir?

Saberse sólo agua de la fuente.

Pero saberse sólo agua de la fuente es un don.

Quien recibe ese don, se ve libre de los trabajos de este mundo.

Los trabajos de este mundo son las angustias del ego, los temores y expectativas frágiles de quien se cree algo y alguien, fuera de ser sólo agua de la fuente única.

¿Cómo se muere permaneciendo vivo, según Rûmî? Teniendo como tarea sólo los asuntos “del que es”.

Ese es admitido a liberarse de los trabajos de este mundo.

Quien tiene como tarea sólo los asuntos de la dimensión absoluta de su ser, se desplaza de su ego y, por tanto, de todos sus trabajos y angustias.

Quien no muere a su propia tarea, sus propios proyectos, sus expectativas, el yo le encarcela y le hace incapaz de ver.

Ese no sabe nada de las quejas de todos los seres por la separación, porque no comprende que todas las cosas son sólo su fuente.

El “sí” a la propia muerte, se da desde el corazón.

Sólo los que dan ese “sí” desde el corazón mantienen la antorcha de la luz entre los hombres.

Los que sólo creen lo que hay que creer, y obedecen lo que hay que obedecer, son carne sobre la que hace presa la duda.

Su conformidad con las creencias y con los comportamientos, depende de los razonamientos al uso y de la opinión.

Quienes viven en esa región, viven con la duda en sus mentes y en sus corazones.

Rûmî compara a los que se apoyan en la razón, que sólo puede articularse en palabras, con el cojo que lleva una pata de palo. Una pata de palo es poco segura.

Lo único seguro es la visión, que se adentra más allá de los límites de la razón y sus palabras, en una certeza que asombra a las montañas.

La razón es como bastón de hombre ciego

Quien no ve y quiere entrar en la vía, debe usar un bastón de ciego, que se lo proporcionan los que ven. Sin gentes de visión, los bastones de ciego serían inútiles a los que no ven.

De los que ven provienen todos los bienes para los ciegos. El pensamiento y la lógica, sin luz, no sirven para el camino.

La lógica, con todas sus leyes, es como un bastón para acercarse a Él. Es un don de la inmensidad para acercarse a la comprensión.

Pero si nos quedamos atrapados en la lógica, puede volverse contra su propia fuente.

La lógica, como bastón de ciego, sirve para caminar un tramo del camino hacia la dimensión absoluta del existir; luego se requiere el don de la visión.

Para llegar a la visión hay que usar el bastón y, además, obedecer a las voces del que ve.

Quien obedece a esas voces, su bastón se convertirá en serpiente, como el bastón de Moisés; el bastón como el pilar desde el que Mahoma hablaba, adquirirá conocimiento.

El sabor de la sabiduría no viene de las palabras.

El pensamiento racional no puede llegar a gustar ese sabor, a pesar de que el sabor de la sabiduría sea un sabor mental.

Se requiere una luz en la mente, que llega hasta el corazón, que no puede conseguirse con razonamientos y palabras.

La lógica y las palabras pueden conducirnos hasta el borde mismo del abismo de la luz, pero es sólo la luz la que debe tragarnos.

El camino hacia la experiencia plena de la dimensión absoluta del existir, recorre un buen tramo con razonamientos y palabras, y luego tiene que adentrarse por unos campos

vírgenes, en los que las palabras y los argumentos no pueden entrar.

Para penetrar en esos campos sin caminos, la mente y el corazón deben ser uno, guiados sólo por la luz del abismo que guía desde dentro, y brilla desde dentro y desde fuera.

El gran milagro de los sabios es su testimonio, sus palabras, no sus actos paranormales.

Sus palabras de luz sólo se comprenden desde la luz.

Quienes intentan comprenderlas desde los razonamientos y las palabras, no tienen otra salida que el escepticismo.

Hay que alentar a la razón y a las palabras hasta que lleguen al borde mismo del abismo, hasta que la Verdad, que ni es fórmulas ni palabras, muestre la incapacidad de la competencia lingüística humana para objetivar y representar lo que está más allá de todas las posibilidades humanas, por su carácter no-dual y, por tanto, silencioso.

Quienes son escépticos frente a estos testimonios de los sabios, sus manos, sus pies, sus cerebros vivos, testifican contra ellos.

Ni manos, ni pies, ni cerebros, ni criatura alguna es la representación que hacemos de ella.

Todo testifica su existir independiente de nuestras objetivaciones, individuaciones, dualidades.

El mensaje de cada ser, incluso el de las piedras del camino, nos habla del abismo que está más allá de los moldes de nuestras palabras. Un abismo en el que se disuelven e invalidan todas nuestras construcciones.

“Muchos corazones iluminados se encuentran en la oscuridad”  
37

Los sabios son los que poseen el saber sutil, los que viven en una dimensión que los faltos de sabiduría ni ven ni, muchas veces, sospechan que exista.

Por eso los sabios pasan desapercibidos, viven ignorados. Tampoco pretenden ser conocidos.

37. Rûmî: Mathnawî. Madrid, 2003. Editorial Sufí, Tomo I, pg. 174.

Saben que no podrían serlo, ni les interesa que les tengan por sabios.

¿Para qué, si residen en el no-lugar y en el sin nombre?

Los que se dicen sabios en ese ser y saber sutil, que son reconocidos por los ignorantes, no son sabios, sino que sólo lo parecen serlo.

Sólo quienes poseen la luz de Dios, reconocen la Luz.

Sólo los que, de una forma u otra, ya viven en la dimensión sutil del existir, reconocen esa dimensión en el sabio.

El sabio queda oculto en las tinieblas luminosas del inefable.

La ocupación, por más noble que sea, puede convertirse en un velo

El trabajo a que uno se entrega, y más cuando es noble, puede convertirse en una cortina que vela esa dimensión sutil que ni busca nada ni quiere nada.

El trabajo al que uno se entrega puede convertirse en el bandido que bloquea el paso en el camino.

La ocupación, más si es noble, se bebe las energías de la mente y del corazón y deja exangüe para el intenso esfuerzo del intento de acceder a “lo que es”.

Se requiere toda la pasión del corazón y toda la intensidad y la lucidez de la mente, momento a momento, aliento a aliento, para liberarse de los lazos del cuerpo y de su agente, el ego.

La ocupación, el trabajo, y más si es noble y necesario, complacen al ego, lo reafirman, le dan sangre y energía.

¿Quién ayudará a este yo que pide ayuda desde el fondo oculto de su ser?

¿Quién hará justicia contra este yo que pide justicia?

¿Quién me liberará de mí, que quiero liberarme?

¿Quién me liberará de mis proyectos, mis expectativas que son el último rincón donde anida y se esconde el yo?

Sólo hallaré ayuda, justicia y libertad desde Ese Nivel, Eso, Él, que está más cerca de mí y es más íntimo a mí que mi propio yo.

Porque mi yo sólo es una representación y Él es el agua de mi arroyo.

Lamentarse del pasado es un obstáculo

Lamentarse de los errores del pasado es noble, pero es un obstáculo. Quien se lamenta de su pecado, comete otro pecado.

Quien se arrepiente de sus malas acciones, con su arrepentimiento se está dando por real y está, con ello, dando realidad a su yo.

Arrepentirse, lamentarse del pasado, es volver a él, sin advertir que pasado y futuro son una cortina que separan de la visión.

Uno y otro son representación, y “lo que es” no es ninguna representación.

Cuando buscas a “Eso que es”, llegues donde llegues, estarás contigo mismo.

Quien busca, se busca.

Quien busca, al término de la búsqueda, vuelve a encontrarse consigo mismo

Si buscas “al que es”, no sabes qué buscas, porque buscas a “otro” que tú.

Ni sabes qué es el conocimiento, ni de donde viene.

Si te arrepientes de tus errores en la búsqueda, tu arrepentimiento es peor que tu pecado.



Tu arrepentimiento te ata con lazos más fuertes al yo que tu mismo pecado.

Dice Rûmî: ¿cuándo te arrepentirás de tu arrepentimiento? 38

¿Cuán-

do te lamentarás de lamentarte?

Busca más allá de toda búsqueda.

Usa palabras y sentimientos más allá de las palabras y de los sentimientos.

Busca desde tu yo, pero más allá de tu yo.

¿Cómo se hace eso?

No se puede describir, sólo se puede intentar. Y quien lo intenta de todo corazón, lo logra.

Acelera la intensidad, la alerta de tu mente y de tu corazón hasta que uno y otro escapen de la fuerza centrípeta del yo.

Que no te atrapen las palabras sagradas, ni las divinas promesas, ni la belleza de la realidad.

Toda forma apunta a Eso, pero puede atrapar tu pie, como una trampa.

Usa tu razón, que es una razón parcial, hasta que las olas sucesivas de la razón universal te ahoguen.

Comprende lo que te rodea hasta que la intensidad de la indagación te aproxime al océano y te sumerja en sus aguas.

Tu razón es razón del cosmos, úsala intensamente hasta que te encuentres sumergido en la razón universal, que todo lo es y todo lo rige.

Para llegar a ese fruto, hay que apostar el alma para reencontrar la novedad de este viejo mundo.

38. Rûmî: Mathnawî. Madrid, 2003. Editorial Sufí, Tomo I, pg. 176.

Pero en esos sacrificios y esas apuestas, no hay que olvidar que “ese mundo de sutilidad y unidad” viene a nuestra vida como agua que fluye.

La verdadera generosidad

Sé pródigo de tus bienes. Fructificarán como los granos en los campos.

No seas pródigo de la sabiduría, advierte a quién la das.

No des tus bienes y tu persona sin advertencia, no sea que se aprovecharan los que hacen el mal.

No des los bienes de tus profundidades, si no es por orden suya.  
No confundas repartir esos bienes con hacer proselitismo.

No hagas prosélitos, porque los someterás y los entregarás al poder de quienes controlan las creencias. Aprende de los sabios cuál es la orden divina.

La verdadera generosidad es la del amante, que rinde su alma.

Pero no la rindas a este mundo. El mundo que construye nuestra necesidad, no es la realidad; es más bien la negación de la realidad, porque la realidad es pura gratuidad y el mundo que nosotros construimos es puro interés.

Las formas están vacías. Busca al que se afirma en ellas.

También tu forma es vacía, busca tu esencia, eso que no es tu construcción.

Pasa a cuchillo todo lo que pretenda ser algo fuera de Él.

### El camino interior y el éxito

En uno mismo y en los demás, siempre late la grave tentación de considerar falso el camino si éste no conduce al éxito, en alguna de sus formas, aunque las imaginemos espirituales y sublimes.

No te equivoques, no caigas en esa grave tentación. El yo se esconde en ella.

El falso maestro

Hay que ser huésped de quien confiere beneficios. Eres discípulo y huésped de uno que, vilmente, te roba cuanto tienes.<sup>39</sup>

No te dejes engañar por impostores.

Parecen poderosos y antorchas de luz, pero no tienen ni fuerza, ni luz, ni ven, ¿cómo te van a fortalecer, iluminar y guiar?

Son impostores con fuego en la lengua y oscuridad en el corazón. No conocen las vías de Dios, porque nunca recorrieron esos cami-

nos, ¿Cómo te van a guiar?

No tienen el pan del cielo ¿cómo te van a alimentar?

Hablan de los sabios, y utilizan sus expresiones, pero sus ojos están ciegos.

Pretenden ser una mesa puesta por Dios, pero la comida que ofrecen es polvo.

Prometen la vida en un “mañana” que nunca llega.

Cuando descubras que el corazón de ese falso sabio no tiene tesoro, sino que es morada serpientes, se habrá pasado tu vida de buscador.

39. Rûmî: Mathnawî. Madrid, 2003. Editorial Sufi, Tomo I, pg. 181.

Sólo en casos muy excepcionales, a pesar del falso maestro, el discípulo ve la luz, debido sólo a su entrega y a su buena intención.

Muy pocos son los que, acercándose a un falsario, logran escapar a sus trampas y salir a la luz del día.

La pobreza de espíritu

¿Para qué vivir para las riquezas, si la vida pasa como un torrente?

No tengas tus ojos puestos en los bienes, ponlos en la vida, que dura un momento.

Ocúpate de las cosas del espíritu, y “el que es” proveerá a tus necesidades como cuida del alimento de la paloma, del ruiseñor y de todos los animales, desde el más pequeño al mayor.

Tú, como los animales, eres de la familia de Dios y ¡qué excelente proveedor de nutrición es “el que es”!<sup>40</sup>

El sufrimiento de nuestro corazón viene de las emanaciones de los deseos, que persiguen lo vacío.

No permitas que tu corazón sufra, porque todo dolor es un pedazo de muerte.

Si puedes, aleja al dolor de ti. Si no puedes apartarte del dolor, que es el mensajero de la muerte, la muerte se derramará sobre tu cabeza.

Los sufrimientos son los heraldos de la muerte, no olvides a quien los envía.

Si aceptas con dulzura al emisario, será dulce la totalidad. Si te rebelas contra el emisario, la muerte aplastará con dureza tu rebeldía.

40. Rûmî: Mathnawî. Madrid, 2003. Editorial Sufí, Tomo I, pg. 184.

Quien sirve al cuerpo no salva el alma.<sup>41</sup>

Satisfécete con lo que tienes. Sólo el hombre satisfecho puede mirar lo que le rodea y comprender.

Quien no está satisfecho tiene sus ojos y sus manos ocupados en satisfacerse, y el hambre y la sed son insaciables.

El contento es un tesoro. El sabio es un hombre satisfecho.

Frente a esta postura está la de aquellos que piensan que la pobreza es un signo del rechazo de Dios.

¿Cómo se puede ser amigo del Rey y tener que comer saltamontes para alimentarse?

¿Qué comprensión es esa que es incapaz de sacar de la miseria?

Quien, siguiendo la Vía, no sale de la miseria, debe ser que ha hecho de la fama su religión.

Es como un encantador de serpientes, hechizado por ellas. Un embaucador embaucado.

Los embaucadores terminan hechizados por su mismo hechizo; tragados por su propio vacío.

La pobreza es el orgullo de los sabios.

Gracias a la pobreza, el ojo del sabio está destapado y libre para ver. Quienes tienen las manos libres, pueden recibir el don “de lo que es”. Ese don, sitúa más allá de la pobreza y la riqueza.

Quien no comprende ésto, no puede comprender la pobreza del sabio.

La codicia une los corazones y los amarra a la sumisión.

Quien habla desde la pobreza y sin buscar nada, dice verdad, pero una verdad que no se vende en tiendas.

41. Rûmî: Ibídem, pg. 184.

El pobre de espíritu no desea nada de los seres creados; en su co- razón posee un tesoro que es el fundamento de su contentamiento.

Quien piensa que las riquezas son una bendición divina, tiene una falsa visión.

La pobreza abre los ojos a la sabiduría

Quien no desnuda su mente, ve al sabio y a la sabiduría según sus patrones.

Sólo el que ha escapado a este mundo vano, tiene los ojos libres para ver.

Así el sabio muestra a cada cual lo que hay en él; es como un espejo que refleja lo que se mira en él.



El sabio es vacío; el que está vacío ve en él al vacío, el que no está vacío ve en el sabio aquello de lo que está lleno.

El sabio devuelve lo que se pone frente a él, sin añadir nada de su parte.

Para escapar de este mundo de nada, hay que aceptar la pobreza, tener paciencia con la penuria y no amargarse por la miseria.

Quien actúa así ve la riqueza que no son bienes.

Pero la historia de ese encuentro, -el de la pobreza y la sabiduría- es una historia que no se puede narrar, pero que la mente puede comprender en el alma del sabio.

Quien pretenda comprender esa historia tiene que estar sediento de verdad y fresco para escuchar, entonces el alma del sabio le habla con elocuencia sin palabras.

Todo lo bello, hermoso y verdadero exige al ojo que lo ve esa desnudez.

El apego a los bienes deja sordo a esas melodías, sin olfato a esos perfumes, terreno a esas sutilidades.

Quien tiene los ojos cubiertos, es sordo, sin olfato y terreno, es enemigo de quienes afirman que hay otro nivel de realidad

que es melodía, perfume, luz y sutilidad y que ese nivel es el único verdaderamente real.

De esta verdad no se puede convencer con argumentos.

Quien desnuda su corazón y sus ojos ve; quien tiene los ojos cubiertos y el corazón ocupado, no puede ver.

Nadie es actor, sino Él

Es un error no saber ver la acción “del que es” en las actuaciones de los que nos rodean en relación a nosotros.

Cualquier cosa que nos hagan, sea buena o mala, Él es el actor.

“El que es” no es otro del que actúa a favor o en contra nuestra.

Sólo “el que es” es en toda acción, nos parezca favorable o desfa-

vorable.

Cuando uno mira hacia atrás, los propios errores y la mala voluntad de otros entorpeciendo nuestras vidas, resultaron positivos y claves para nuestra evolución posterior.

Ver actores “otros” que Él, es necedad e infidelidad. Todo procede de Él y todo lleva a “lo que es”, el Único.

Ninguna acción escapa a su bondad, aunque proceda de un mal- vado, porque no hay nadie frente a Él.

Quienquiera que busque algo, bueno o malo, le busca a Él, sin saberlo; porque ¿qué se puede buscar fuera de “lo que es”?

Todo amor, sea a lo que sea, es amor a Él. Tanto el fiel como el infiel le buscan.

Tanto la existencia como la no-existencia están enamoradas de Él.<sup>42</sup>

Tanto lo que parece ser, como lo que es, sólo pueden anhelarle a Él, porque no hay nada frente a Él.

Pero ese amor de todo ser, explícito u oculto por la ignorancia, es a nada; a nada que pueda ser nombrado, a nada que pueda ser obje- tivado.

Esa la manera de ser “del que es”, como si fuera nada para unos vivientes como nosotros; esa su forma de ser es la que posibilita que, con mucha frecuencia, no sepamos qué estamos buscando cuando buscamos.

Porque es “nada”, nos confundimos en la búsqueda.

Buscarle es ya confundir con un “Otro” al que no es “otro” de nada ni de nadie.

Sólo la “Realidad” es actor

Moisés y el Faraón eran siervos de la Realidad, que actuaba en ellos, aunque uno fuera un recto y el otro un desviado.

Creerse alguien es una pesada cadena que nos liga por el cuello.

Pero la luz de uno y las tinieblas del otro, no proceden de quienes se creen alguien, sino de la Realidad.

El poder del Faraón resuena como los tambores que proclaman su señorío, pero como los tambores, el Faraón está vacío.

42. Rûmî: Ibídem, pg. 195.

Sólo lo macizo de Moisés muestra el vacío del Faraón.

Sin la presencia de Moisés el Faraón es un piadoso sumo sacerdote. Pero este contraste no nos puede hacer olvidar que sólo Él actúa.

Sólo Él hace que uno sea nuez y el otro cáscara, que uno sea trigo y el otro rastrojos secos.

En los dos polos sólo está la Realidad.

Él nos hace pasar del no-espacio al espacio; de la falta de color al color. Cuando se pasa del no-color al color, los colores

pueden entrar en conflicto. Cuando se logra la ausencia de color, Moisés y el Faraón están en paz.

Cuando se pasa de la no-forma a la forma, las formas pueden estar en conflicto.

Cuando se regresa a la no-forma, ya no hay formas en conflicto.

Si hay formas, ¿cómo no va a haber conflicto entre formas? Si hay colores, ¿cómo no va a haber diferencias entre colores?

Lo que crea la gran pregunta es ¿cómo de la no forma surge la forma?

¿Cómo de la ausencia de color, surgió el color?

O peor aún, ¿cómo puede haber enfrentamiento entre la no-forma y la forma que procede de ella?

Dice Rûmî, ¿cómo puede haber riña entre la espina y la rosa, si la rosa surge de la espina?

¿Cómo puede haber oposición y guerra entre la fuente y el agua que brota de esa fuente?

Quizás no sea guerra; quizás sea sólo juego de la Realidad, ¿o es sólo confusión? Dice Rûmî:

Hay que encontrar el tesoro, y la confusión es la ruina en la que está escondido.<sup>43</sup>

Nuestra mente y nuestro sentir vive y se mueve en el reino de las formas y los colores, con sus diferencias y conflictos.

Desde ese reino, querer comprender la paz radical de las diferencias y los conflictos en la no-forma, lleva a la confusión.

Sólo en esa confusión, en la ruina de esa forma de interpretar a los actores, está el tesoro escondido.

Sólo en la ruina de los actores contrapuestos, de los “Moisés” y los “Faraón”, está el tesoro.

Lo que imaginas que es el tesoro, un Dios que decide, es perder el tesoro oculto bajo una edificación.

El tesoro no está en las interpretaciones ni en las opiniones, está en terreno no edificado, no cultivado, virgen, sin formulación posible. El tesoro es como lo no existente, y tú eres ese no-existente

Bien comprendido, lo que parece opuesto, conduce a la unidad.

Concluye el párrafo Rûmî diciendo que la rebelión del Faraón venía de Moisés. Para la elección del pueblo de Israel, se requería el papel del Faraón.

Pero esa es también una explicación.

El poder implacable y humilde del sabio

Los sabios son seres más humildes de la tierra, porque se saben nada, y los más poderosos, porque se saben Él.

Los sabios, los que conocen la realidad de “lo que es”, ejercen

43. Rûmî: Ibídem, pg. 197.

repulsión sobre los ignorantes que viven sumergidos en lo que “sólo parece ser”.

El sabio es “lo que es”, el ignorante “lo que parece ser”.

El sabio arroja a la nada a lo que es nada. Moisés arroja a la pérdida al Faraón.

El sabio, con su ser, le arrebató el mundo, donde se creía sólidamente afincado, al ignorante.

Si el ignorante no se convierte en discípulo, se queda sin este mundo y sin el otro.

El sabio detesta la irrealidad de “lo que parece ser”, aunque tenga misericordia del que está sumido en la ignorancia.

El sabio no deja a nadie indiferente: o atrae con fuerza o repele con fuerza.

Guía a los hombres como el camellero guía la caravana. Si tu intelecto es tu camello, el sabio es el camellero de tu intelecto.

¿Y quién es el sabio? Para saberlo ¡consíguete un ojo que pueda contemplar el sol! 44

El sabio es un sol oculto en un rostro humano; es un destructor dulce de mundos; es un océano escondido en un corazón de carne.

Parece solo y frágil, pero oculta “al que es” dentro de sí. En forma pequeña contiene la inmensidad.

No veas en el sabio a sólo un hombre, porque su poder actuará. Su poder es el poder de la Verdad.

44. Rûmî: Ibídem, pg, 199.



El sabio, emboscada y misericordia de Dios

Los sabios son una emboscada de la misericordia de Dios a los ignorantes.

El sabio es un hombre como los demás.

Se crea enemigos a causa del agua de vida, no que porta, sino que es. Sus enemigos son los ciegos al agua y al pan de vida.

El sabio bebe el agua de vida de las nubes y de los arroyos, del otro mundo y de éste.

Los ciegos, en cambio, hasta le quitan el agua a Dios. Hacen de Dios una pieza de su sistema de interpretación, le subordinan al sentido de su vida o hacen de Él el fundamento de un sistema de poder, pero le quitan el agua de vida, la sutilidad inasible.

Le objetivan, le representan, aunque hagan de Él un supersujeto.

Y toda representación es una sustitución.

El espíritu del Sabio, -el núcleo de su ser-, no se aflige por el rechazo; nada toca la perla preciosa que lleva en su seno; pero su cuerpo, su mente y su corazón recibe los golpes.

No obstante, la luz del sabio no puede ser oscurecida, porque es la misma luz de “del que es”.

Los ignorantes pueden lastimar el cuerpo del sabio y pueden ofenderle. Pero ofenderle a él es ofender a Dios, porque el agua de su jarro está unida al río divino.

El sabio es como una encarnación de Dios, para que su cuerpo sea refugio de los hombres.

Sin él no podría vislumbrarse al Sin-forma.

La envidia enceguece a los ciegos. ¿Cómo un hombre puede ser “agua de vida”?

Un hombre es sólo un hombre igual a todo hombre. ¿Cómo un hombre puede tener lo que otro hombre no tiene?

Si no tuviera una noticia oscura de la luz, ¿cómo envidiaría la luz?

Porque, a pesar suyo, intuyen la luz en el sabio, les resulta una amenaza a todo su mundo.

El sabio es una emboscada. Los sabios son una emboscada para los ignorantes; una emboscada de la que es difícil librarse si no es intentando ignorarla o despreciando y maltratando al sabio.

Si el corazón del sabio se aleja de ellos, habrán perdido toda esperanza.

Si su corazón regresa a los ingratos, podrán esperar la liberación y la vida

El sabio escucha los lamentos callados de los que han sido abandonados a sí mismos, por no escuchar su mensaje.

Son gemidos y lamentaciones inaudibles para quienes los emiten,

-tal es el grado de su ignorancia-, pero audibles y desgarradores para el sabio.

El sabio se siente menospreciado, olvidado y herido por la ingratitud. Pero su propio interior, desde las vastas regiones del espíritu, le reclama paciencia con la iniquidad.

El amor que brota de sus entrañas, que son las entrañas de Él, le suaviza y vena las heridas.

La piedad que brota desde el fondo del su ser, empuja al sabio a reanudar las admoniciones y las advertencias con mayor dedicación y ternura si cabe.

Pero la mayoría de las veces, el agua de vida que reparte, se convierte en amargo veneno para quienes lo reciben.

Los ciegos obstinados son una carga pesada y, en ocasiones, apenas soportable para el sabio.

Pero siente compasión por sus depravaciones, por sus fraudes, por sus odios, por sus corazones oscuros, por sus lenguas venenosas, por sus actos perversos, por sus caminos torcidos. Incluso su paz es muchas veces perversa.

Siente piedad por la conformidad ciega que algunos tienen con la tradición, una conformidad que contradice la razón.

Pero la compasión del sabio es involuntaria; su compasión es una gota sin causa del océano de la bondad.

Los que oyen las palabras de los sabios, y los que son sordos a ellas; los que gracias a los sabios ven, y los ciegos; los que viven para sí mismos, y los que han abandonado su egoísmo y se han vuelto a “Eso que es”, están enfrentados y separados por una poderosa barrera.

Rûmî los compara a dos mares, uno de sabor azucarado y color brillante como la luna, y otro de sabor acre y color negro como la brea. Estos dos mares se enfrentan uno contra el otro; sus aguas chocan.

Los que dan como real el mundo de sujetos y objetos, se enfrentan con quienes sostienen todo eso es “sólo parece ser”, porque sólo es “el que es”.

Quienes viven para sí mismos, se oponen a quienes afirman que hay que abandonar el egoísmo y vivir sólo para “Eso que es” y en “Eso que es”.

Los que ven el mundo en que viven como el mundo de lo real, se enfrentan con quienes no ven en ese mundo más que a Él.

Estos dos grandes bandos están mezclados, aunque separados por montañas de difícil acceso.

Viven unos junto a otros, pero separados como la luz de las tinieblas. Lo amargo y lo dulce tienen apariencias semejantes, pero se diferencia por el sabor, por sus frutos.

Para discriminar en esa mezcla y no confundir lo dulce con el veneno hay que atender al sabor. Unos notarán la diferencia ya en la punta de la lengua, otros en el fondo de la boca, otros en el gargante, otros en los dolores del estómago, otros al cabo del tiempo y otros, finalmente, no distinguirán nunca lo dulce de lo amargo y, por tanto, no sabrán nunca lo que es el azúcar.

Aprender a discriminar lleva tiempo, hay que madurar para distinguir con claridad

-lo que parece verdad de lo que es Verdad:

-lo que son sólo formulaciones, más o menos acertadas, de lo que es el Innombrable;

-lo que son verdades a las que uno puede agarrarse, de lo que es la Verdad vacía, en la que no hay donde hacer pie;

-lo que genera certezas, de lo que es la Certeza sin forma.

Has oído este discurso, ¡que todo tú, pelo a pelo, seas una oreja!

45

Pero advierte, también, que según dónde estés en el camino, incluso el veneno puede hacerse digerible y medicina; que lo

que era perjudicial para el alma se torna remedio; que lo que, a los inicios, parecía infidelidad, es visto luego como fidelidad.

Nada es bueno ni malo, si uno reside ya en el vacío de “el que es”.

Si uno está todavía caminando por los campos del ego, hay siempre lo bueno y lo malo.

El discípulo no puede pretender hacer lo mismo que el santo, hasta que sea uno con él

Si el sabio bebe veneno, se le vuelve en antídoto; si lo bebe el discípulo, enfermará su mente.

El reino de este mundo es un reino construido en todos sus detalles por el temor, porque lo construye el deseo y el deseo y el temor son una misma cosa.

Y es miedo por la cabeza, por el corazón y por la religión, si la religión no es sólo espíritu sino creencias.

Para enfrentarse con ese reino, sin ahogarse, hay que tener la perfección del maestro y descubrir que es uno con él.

El discípulo deberá apartarse un tanto del mundo, hasta ser capaz de reinar sobre él como el maestro.

## Altercado entre el cuerpo y el espíritu

La disputa entre el hombre y la mujer (el árabe y su esposa en la narración de Rumi) son como las que hay entre la carne y el espíritu. Esta pareja necesaria en la casa de la tierra, riñen día y noche.

La carne anhela casa, fama, pan, rango. Para conseguir sus fines es a veces humilde y a veces dominante. La razón espiritual puede no ser consciente de estas pretensiones.

El cuerpo y el espíritu tienen una relación como dos amantes que se hacen obsequios mutuos para mostrarse su amor.

Pero a veces son ciertos y a veces falsos. El cuerpo puede dar señales de embriaguez, cuando sólo ha bebido leche agria.

Requerimos lucidez para distinguir las indicaciones falsas de las

verdaderas. Cuando la sabiduría es también percepción sensorial, hay verdad en la relación del cuerpo y del espíritu.

Cuando se ve por la luz de Dios, hay verdadera percepción sensorial. Entonces hay amor independientemente de los gestos de amor que el otro haga.

Cuando la luz de Dios entra en tus sentires, ya no eres siervo de la causa y del efecto. El amor se enciende en la carne y en el espíritu y crece independiente de los gestos mutuos. Ya no se

necesitan muestras de amor, porque el Amor refulge en el cielo del corazón.<sup>46</sup>

Para discernir con cuidado, ten en cuenta que la forma está tanto

cerca como lejos del significado. El sentido y la forma, en cuanto a las indicaciones que podemos hacer sobre ellas, son como la sabia y el árbol, pero en cuanto a su esencia -lo que la carne puede decir del Espíritu- están muy lejos.

El espíritu se dispone a no oponerse al cuerpo

Como en el relato el árabe nómada se dispone a no oponerse a las justas peticiones de su esposa, así debe hacer el espíritu con el cuerpo. El árabe es símbolo del espíritu y la esposa es imagen del cuerpo.

El árabe es amante de su esposa, y el amor enceguece y se olvida de sí. Pero el árabe mira las peticiones de su esposa como no existente en su vida, por las exigencias de su camino espiritual.

La esposa se pregunta si su esposo es verdaderamente su amigo y amante, o la menosprecia. El cuerpo se pregunta si el árabe acepta su condición animal.

Para contestar a la esposa el árabe reflexiona sobre las palabras



de Dios sobre Adán, hecho de barro, sobre la disputa del ángel con Dios por causa de ese mismo barro. Adán es la figura de todo hombre, hecho de barro.

Pero Dios le enseñó a Adán todos los nombres, le dio su sabiduría, de forma que los ángeles se maravillaban y alababan a Dios. Por el reconocimiento de esa sabiduría en el barro, los ángeles adquirieron una santidad que antes no tenían.

La sabiduría de Dios en el barro de Adán no la contenía la amplitud de los cielos. La amplitud del espíritu en el barro de Adán no cabía en los cielos.

Recordó que el Profeta mencionó que Dios dijo:

No estoy contenido en el jarro de “alto” y “bajo”; ni la Tierra, ni el cielo, ni el empíreo me contienen, oh hombre; pero el corazón del verdadero creyente me contiene, oh maravilla. Si me buscas, busca en esos corazones.<sup>47</sup>

Quien entra en el barro de sus siervos hallará la visión de Él. Es fácil confundirse al ver al hombre; es fácil quedar atrapado en el barro sin atinar a ver la realidad que hay en él.

El barro es forma, pero en él reside “el Sin-forma”.

Los ángeles, dice Rûmî, sentían amistad por el polvo, antes de que Adán fuera, y se extrañaban de que su luz se sintiera atraída por la tiniebla del polvo. Ya en el polvo sentían el aroma

y la urdimbre del cuerpo de Adán. El polvo ya estaba preñado de la luz que brillaría en Adán.

La tierra no era sólo tierra, ocultaba ya un tesoro.

La carne no es sólo carne que se pudre. La carne es como una lámpara en la que brilla la luz.

Si el polvo se observa con atención, es como el vidrio de una lámpara de barro que trasluce la llama.

Según el mito del Islam, algunos ángeles no supieron reconocer la luz que atesoraba el barro de Adán. El brillo de su propio espíritu les deslumbró y les impidió ver el que brillaba en el barro de Adán.

Cuenta Rûmî que Dios les castigó dejándolos en manos de la perplejidad y la duda.

Quien en el ser humano no ve más que barro, quien no acierta a comprender el tesoro que esconde, queda en la perplejidad y la duda.

La consideración y amor del espíritu por el cuerpo nace de la humildad y de la verdad del Uno.

Desde el Uno, ¿qué fronteras hay entre el cuerpo y el espíritu?

En el relato, el árabe pide a su esposa que le mande lo que crea conveniente que deba hacer. Que no oculte su necesidad, para que pueda mostrar lo que es capaz de hacer por la esposa.

Desde el Uno, ¿qué enfrentamiento puede haber entre esposo y esposa? ¿Qué diversidad de intereses puede haber entre el cuerpo y el espíritu?

Cómo acercarse “al que es”

La esposa le dice al árabe cómo ganarse la vida: Ponerse al servicio del Califa.

“El que es”, es como el sol, vida y fertilidad de todo. Para nuestra pequeñez egocentrada, es como un gran monarca; como alguien o algo distante por su grandeza e inaccesibilidad.

Sin embargo, sólo su proximidad es capaz de dar vida a nuestra vida.

Pero ¿cómo acercarse al Supremo, cómo acercarse a ese gran Sul- tán, cómo acercarse al sol sin abrasarse?

¿Qué servicio se puede ofrecer al gran Califa?

Él es el Amado, el que desde lo oscuro de mí mismo y desde lo claro, ansía todo mi ser.

¿Con qué excusa podrá mi insignificancia aproximarse a Él?  
Pero Dios dijo: Di, venid, para que superáramos nuestra  
vergüen-

za.<sup>48</sup> Pero ¿y los medios para aproximarnos a Él?

La completa carencia de medios para acercarnos a Él se  
convierte en el medio. Si creyéramos tener alguna habilidad  
para aproximarnos a Él, sería presunción porque daría por  
supuesto, que tenemos exis- tencia frente a Él.

El medio es la falta de recursos, que se fundamenta en la inexis-  
tencia.

Para que pueda intentar aproximarme a Él, sin medios, tiene  
que estar patente, a mi mente y mi corazón. Ni mi mente ni mi  
corazón disponen de medio alguno. Y la evidencia de que  
carezco de medios tiene que ser algo que experimente en toda  
su crudeza, no una mera charla.

Rûmî aconseja que consigamos esa prueba evidente de nuestra  
carencia de medios. Una prueba que no sea palabras, ideas,  
una charla.

Exígete la prueba de tu vaciedad para que brille en ti su luz; luz  
clara, no palabras.

Qué medios contamos para el camino

Quienes cuentan con tener existencia propia, no pueden tener veracidad completa.

Quienes son capaces de purgarse de la existencia propia, esos tienen veracidad.

Mientras no se ha eliminado del todo la existencia propia, nuestros propósitos siempre tienen un grado u otro de doblez, porque, se propongan lo que se propongan, siempre está el interés propio jugando, explícita o larvadamente.

Por esta razón, lo único de valor que poseemos es una jarra de agua; y el poco de agua que tenemos, es agua de lluvia, recibida de los cielos. Sólo eso tenemos, sólo eso es nuestra propiedad, sólo eso podemos ofrecer para intentar acercarnos al rey.

Nuestra vida es un árido desierto en el que sólo tenemos un poco de lluvia caída de los cielos. En nuestro desierto, sólo eso es lo que tenemos de valor. Y es de valor porque nos ha caído de los cielos.

Nuestro cuerpo es como una jarra, pero el agua que contiene no da la vida porque es salobre; el deseo la sala.

Sólo vaciando nuestra jarra del agua salobre, podemos recoger el agua dulce que cae del cielo. Hay que mantenerla pura, tapando las cinco salidas de la jarra, para que el agua dulce se abra paso hacia un mar de agua de vida.

Cuando el agua dulce se abre paso hasta ese mar de agua de vida, mi jarra puede llenar cien mil mundos.

Pero lo único que puedo ofrecer al rey, y como un tesoro inapreciable, es una jarrita de agua, que es rocío del cielo. Y lo ofrezco al que es la fuente de todas las aguas de vida.

Lo mejor que pueden recoger nuestros sentidos, si no están llenos de la sal del deseo, son unas gotas de rocío caído del cielo.

Ese es nuestro único posible don, y el único valor verdadero de nuestro intento.

Sólo podemos ofrecer una jarrita de agua del rocío, su agua, al que es la fuente de todos los océanos y todos los ríos.

Quien ofrece esa agua, y no el agua salobre que guardamos en el corazón, reconoce “el agua”.

Si reconoces que tu jarrita de agua, es agua de los cielos, reconoces un don que es prenda del Gran Don, la unidad.

¿No es esta misma la propuesta Vedanta?

Proteger el intento que lleva a la proximidad

Hay que proteger el intento, porque, si no se quiebra, conduce a la proximidad.

Las gentes que beben agua salobre no saben lo que es el agua dulce. Quienes viven en el deseo y del deseo, no pueden comprender el intento que conduce a la autoextinción, ni lo que es la embriaguez por la dulzura del agua, ni la expansión de la vida que provoca.

Rûmî llama a estos tres aspectos del efecto del agua que cae del cielo, “autoextinción”, “intoxicación” y “expansión”. Y los que saben de todo esto, sin gustar el agua del rocío, es de memoria, palabras sin verificación.

La perla del intento tiene mil enemigos.

El intento llevado cuidadosamente, y a salvo de sus enemigos, nace de la perla y lleva a la perla.

El intento es el rocío del cielo, el don del cielo, quien le reconoce ve que es la perla.

Mantener ese leve rocío en el ardor del desierto, sin que se evapore

por los calores del ego y se vuelva impuro por el agua salobre del deseo, es difícil tarea.

La perla es la generosidad, es el Sol y la Lluvia, el paraíso que no diferencia entre fieles e infieles, buenos y malos.

La perla es el don sin condiciones, es el amor universal. En su proximidad todo revive.

Dice Rûmî que quienes entran en la proximidad de la perla, si son seguidores de la forma, quedan cubiertos de joyas; si son seguidores de la realidad, hallan el mar de la realidad; si carecían de aspiración se tornan aspirantes, y los aspirantes logran lo que ansían. 49

Rûmî es tolerante con los que se ligan a la forma, pero expresa tres grados en el desarrollo interior: los seguidores de la forma, la religión, se verán cubiertos de perlas; los que buscan la Realidad, la encontrarán. El último estadio es el vacío de sí mismo. Sin aspirar a nada, esos son los verdaderos caminantes. Ellos llegan a la unidad.

La fuente de la munificencia ama a los pobres como los pobres aman a la fuente

La perla llama a los buscadores.

La perla es mendiga de los mendigos. Así es el amor de la fuente.

¿No es eso lo que quiere decir Jesús cuando llama “Padre” a la fuente?



El verdadero mendigo es el espejo de la Generosidad. Todos somos mendigos.

49. Rûmî: Ibídem, pgs. 216.

Pero hay formas de acercarse a la Generosidad que la empañan, que la limitan, que no le permiten desbordarse.

¿De qué depende esa diferencia?

De lo que busque el mendigo; de que se busque a sí mismo o busque la proximidad. Los que buscan la proximidad se unen a la Generosidad Absoluta.

¡Búscales, pero búscale vacío de existencia! ¡El completo vacío de existencia propia es la proximidad!

Quienes no buscan la proximidad, están muertos, dice Rûmî, son como imágenes bordadas en una cortina.

Hay pobres sedientos de Dios y pobres que anhelan lo que no es Él

Quien busca otro que Dios, no es un buscador, es como el dibujo de un buscador. Quiere comida, no quiere a Dios.

Es una imagen de vida; no le des el pan de vida. Busca bocados dulces, no el recio sabor de Dios. Ama a Dios por el beneficio, no por Él mismo.

Se encandila con las palabras sagradas, las imágenes y los conceptos. Todo eso no es la Esencia.

No están enamorados de Él, sino de sus ideas de Él.

Los enamorados de sus ideas de Él, sólo se aman a sí mismos.

Los conceptos y las imágenes se engendran mediante cualidades y definiciones; “el que es” no es engendrado.

Aman sus imágenes y sus conceptos, no la proximidad. Toda imagen y concepto de Él es falso.

Con todo, si su amor a las imágenes y los conceptos es sincero, ellos le conducirán a la realidad.

Él es la “no imagen”, pero eso no es un alimento que pueda digerir cualquier mente y cualquier estómago. Rûmî llama a quienes no pueden asimilar ese alimento sutil, “mentes seniles y cortas de vista”.

Los conceptos y las imágenes que se puedan construir de Él, no son el mar, son tierra.

Los conceptos y las imágenes no son el sentir de la proximidad.

Las imágenes y los conceptos son un velo que le oculta. Quienes se confunden, confunden la tristeza y la alegría representada, con la sentida.

Las imágenes, como los dibujos, están para que no nos paremos en ellos, sino para que nos ayuden a entender la realidad, para que nos sirvan de trampolín para acercarnos al umbral.

No te quedes en los conceptos y las imágenes, desnúdate de ellas y sumérgete en la realidad.

Desnúdate y entra en el mar. Sólo desnudo se puede entrar en el mar y hacerse mar.

Él es un don mayor que toda búsqueda

Quien atraviesa el desierto y llega a la puerta del palacio del Rey, sólo la puerta ya es el don. Ya el umbral es don sin condiciones para quien se acerque, antes de que pida nada.

Pero la puerta del palacio del Califa tiene rigurosos guardianes.

¿Cuál es el significado de los guardianes de la puerta del Califa? Son ya la manifestación de la proximidad y son los guardianes de la desnudez y de la sinceridad.

Sólo los guardianes de la puerta ya hacen del beduino del desierto, un noble. Los rostros de los guardianes llevan la marca de la luz,

porque sus ojos ven por la luz de Dios. Su presencia es ya un don y un elixir que transforma el cobre que atravesó el desierto en oro.

Somos hombres de desiertos, pero a los desiertos llegó el tenue aroma del Rey.

Caminé por los desiertos buscando beneficio, pero al llegar a la puerta, olvidé todos los beneficios que ansiaba -dice el beduino-.

La proximidad desnuda fue suficiente.

Quien buscó pan, se encontró con el panadero; quien buscó las rosas de este mundo, se encontró con el jardinero; quien buscó agua con que saciar su sed, encontró el pozo del agua de la vida; quien buscó calor, se encontró con la hoguera y se abrasó en ella; quien buscó en Él los bienes de la tierra se encontró en el cielo.

Caí en todas tus amables trampas porque me acompañó la sinceridad.

Buscamos “al que es” para encontrar soluciones; cuando nos acercamos a su puerta ya no hay ni problemas.

El árabe fue al palacio del Califa para ofrecerle su precioso don: una jarra de agua recogida del cielo en el desierto, para obtener pan y unas monedas, y se encontró en las puertas de la Presencia. Le guiaba el deseo y la necesidad y se encontró sin deseo y sin necesitar nada.

Los habitantes del desierto siempre caminan con un objetivo; los que se acercan a lo que es la Proximidad, se vuelven amantes sin objetivos.

No te enamores del muro que se ilumina con la luz del Sol, sino del Sol

No ames el reflejo de la luz, ama a la fuente de la luz.

Si te enamoras de lo que refleja la luz, en el ocaso te encontrarás desesperado.

Si te enamoras de lo que no es la fuente, cuando regrese a la fuente, morirás de pena.

No te hagas esclavo de un esclavo, porque el esclavo tendrá que regresar a los asuntos de su señor y te quedarás solo y sin amor.

Esa falta de discernimiento es como ahogarse, y agarrarse a quien no sabe nadar.

No yerres en tu búsqueda: roba la perla

Si amas al esclavo, volverá a su amo y te quedarás solo; el perfume de la rosa vuelve a su fuente y sólo te quedarán espinas; no persigas la sombra del pájaro, porque el pájaro está volando alto. No te confundas con su sombra; si persigues su sombra te desgarrarás los pies con las espinas del desierto, sin lograr nada.

No malgastes tu vida en esfuerzos inútiles

No hay fronteras entre los bienes que persigues y “el que es”.  
No hay fronteras, pero tu deseo las pone.

Cuando creas fronteras, te quedas con las espinas y con las sombras; vacías la realidad de sus tesoros.

La misión de los profetas es eliminar las fronteras. “No hay fronteras” es la perla.

Hablar de que no hay fronteras, dice Rûmî, no tiene fin. ¡Así es!

Sólo podemos ofrecer un jarro de agua caída del cielo, en el arenal del desierto

Lo único que podemos ofrecer al gran Rey es una jarrita de agua, que es limpia porque la hemos recogido de la que cae del cielo.

Somos como beduinos que vivimos en un gran desierto, en el que no hay agua limpia, si no cae del cielo.

Nuestra agua es salobre.

Y esa nuestra oferta más valiosa de agua, es una oferta al que es la fuente de todas las aguas.

“El que es”, es como un aljibe del que fluyen aguas puras en todas direcciones. Su agua es dulce y fresca.

No te confundas, no te acerques a las aguas de aljibes de aguas turbias; parecerán quitarte la sed, pero te enfermarán.

Pero si reflexionas, verás que incluso las aguas turbias proceden del único aljibe.

Rûmî aconseja que nos sumerjamos en el significado de estas palabras.

Para los que se anegan en las aguas del aljibe puro, los guijarros se convierten en perlas.

Los maestros del espíritu son el aljibe del Rey. Los discípulos son

como los canales de conducción de agua. Por los canales corre el agua de los maestros.

¡Discierne a qué maestro te acercas!

El mejor maestro, es el que, a la luz de la muerte, da el mejor conocimiento, que es la pobreza absoluta del espíritu.

Tu modestia tiene que ser como la de un muerto

Si eres modesto como un muerto, flotarás en el mar. Si estás vivo, el mar te tragará.

Si mueres a los reclamos del yo, el mar de la conciencia será tu corona.

Si te tienes por erudito y sabio, eres como un burro intentando caminar sobre hielo.

Si rebajas tus pretensiones hasta el polvo, tu mente se abrirá al verdadero saber de todas las cosas.

Cualquier erudición y conocimiento que puedas adquirir, frente a la luz que te llegará, si mueres a ti mismo, es como llevar una jarra de agua al gran río del conocimiento.

Podemos gastar la vida, caminando por el desierto acarreando una jarra de agua, cuando nuestro destino es el gran río, el Tigris.



El beduino que no sabe de la existencia del Tigris tiene excusa. Quien sabe de la existencia del Tigris, ¿para qué va a fatigarse en acarrear agua?

La erudición en materias del espíritu es como un cántaro que termina rompiéndose y derramando sus aguas en las arenas del desierto. Quien sabe de las aguas del Gran Río ¿para qué quiere otro saber?

La recompensa llegó, cuando el árabe reconoció que su don, la jarra llena de rocío, era Su don

Cuando el árabe reconoció que había ofrecido agua al dueño del Tigris y comprendió que uno sólo es el Señor de las aguas, el Califa le llenó la jarra de oro y otros obsequios.

Al que se sabe sin medios para acercarse a Él, Él le solventa las penurias, le cubre de honor y le hace navegar por el Tigris.

¿Cómo no va a ser así, si saberse vacío es saberse Él?

Navegando por el río el árabe comprendió la magnanimidad del Califa que aceptó como don lo que, en realidad, era mala moneda, porque el árabe creía que ofrecía su don y era el don de Él.

Comprendió que todo en el universo es una jarra llena hasta los bordes de sabiduría y de belleza.

Todo es una gota del Tigris, de Su belleza, que no puede contenerse debido a su magnitud.<sup>50</sup>

Él es un tesoro escondido y quiso manifestarse.

Para el sabio el brillo de la tierra es su manifestación, su patencia.

La tierra es el Sultán vestido de satén.

Quien ve eso, ve la fuente de todas las aguas y rompe su jarra.

Quien ve los ramales del Tigris sabe de su no-existencia, porque aprende que toda agua es suya.

Quien ve las aguas del Tigris, rompe su jarra.

Pero ¿qué significa romper la propia jarra? ¿Qué crees que destruyes?

¿No entiendes que romperse, es la perfección de la jarra?

Partiéndose en pedazos la jarra no derrama el agua. Al contrario,

de su perfeccionamiento, que es su destrucción, surge su verdadera integridad.

Parece que derrama el agua, pero se hace “la fuente” de las aguas.

Cuando la jarra se rompe, se rompe la dualidad entre jarra y agua.

Romper la jarra es llamar a las puertas de la realidad.

Para lograrlo bate las alas del pensamiento para que se desprendan del barro con el que están cubiertas. Dice Rûmî que el barro, para el ignorante, es como el pan. Come poco de ese pan para poder volar.

Quien se deja llevar por el deseo es como un depredador, cuando tiene hambre; o como un cadáver, cuando está saciado.

Ni el depredador, ni el cadáver llaman a la puerta de la Realidad, ni podrás seguir el paso de los sabios. El paso de los sabios es poderoso como el trote de los leones.

Alimenta a tu bestia, pero con moderación, como se hace con los perros de caza, para que busquen con presteza la pieza.

La necesidad del árabe le hizo llegar al Califa. Su desamparo le llevó a las puertas del Rey.

De la boca del enamorado brota vacío, y del vacío brota el aroma del Amor

El sabio, hable de lo que hable, sus palabras salen del Amor y conducen a la morada del Amor.

Sus palabras expanden el perfume del amor porque vacían. En el Vacío está el amor. Sin Vacío no hay Amor.

Este asunto es clave.

El vacío es vacío de formas; el vacío de formas parece infidelidad, pero tiene la fragancia de la auténtica religión.

Las palabras del sabio lo ponen todo en duda, y porque lo ponen todo en duda, esa duda suya genera certeza.

La destrucción de formas que surge de la sinceridad, brota de la fuente pura.

Parece una injuria a la Verdad y al Amor, pero es como el rubor de las mejillas de la amada, que muestran su amor verdadero.

Ese vacío que es negación de formas parece decir falsedades, pero es sinceridad. Parece una hogaza de pan, pero sabe a azúcar.

El sabio no hace de las formas ídolos a los que entregarse, sino que los arroja al fuego del amor para que muestren su oro.

Quien se entretiene en la forma, retrasa su encuentro con la Realidad.

La esencia de toda forma es el oro de la divinidad. La entidad de la forma de todas las cosas es ese oro.

No te alejes ni destruyas la forma por culpa de tu deseo.

Dice Rûmî: No quemes la manta por causa de una pulga y no malgaste el día por cualquier trivialidad.<sup>51</sup>

Sólo te alejas de la unidad y del Amor, si te haces esclavo de la forma. Eso es ser idólatra.

Mira la realidad en la forma.

Busca compañero en tu camino; no te fijes en su figura o color, sino en su propósito.

Hablar del amor es hablar de la unidad, por eso no tiene ni pies ni cabeza

Hablar del Amor no tiene pies, porque es hablar del Vacío y hablar del Vacío es hablar de la Unidad; ni el Vacío ni la Unidad tienen inicio; ni tienen cabeza, porque no tienen final. Todo se asemeja a una gota de agua que tanto es cabeza como pies, porque no tiene ni una cosa ni otra.

Hablar de la unidad en la diversidad y de la diversidad en la unidad es como dar vueltas a una noria.

Pero hay que tomar en serio esa forma de hablar de Aquello para lo que no hay palabras.

Advierte Rûmî: ¡Atención, no es una historia! ¡No lo quiera Dios!<sup>52</sup>

Para el sabio, que vive en el Vacío y en la Unidad no hay ni espacio, ni tiempo, ni hay árabe, ni jarra, ni Rey. El que rechace esta verdad será rechazado por la Verdad.

Usa tu razón; te llevará a negar las partes. La belleza de los campos es la hermosura de la rosa, el arrullo de la tórtola es el canto del ruiseñor.

No quieras especular esto porque ni podrías beber el agua, ni dar de beber al sediento.

Si tu pensamiento queda perplejo, ten paciencia. Abstente de pensamientos que te distraigan de esa Unidad.

El pensamiento es como un león que, en ocasiones conviene que destroce y en otras que no destroce.

Aprende a contener tu pensamiento para que puedas contemplar la fuerza del espíritu.

Escucha para que las palabras poderosas te puedan ascender a las Pléyades.

Atiende a los diversos seres creados, porque dan mensajes diferentes.

Las diferencias parecen crear confusión e incertidumbre, pero si comprendes, son uno de principio a fin.

Parecen opuestas, pero están unificadas; parecen vanas, pero son serias.

La resurrección es la discriminación

El día de la discriminación es el día en que se hacen explícitas las diferencias entre el que comprende y el que no comprende.

El que confunde odia la discriminación, porque destruye los ejes de su vida.

El Sol pone al descubierto lo que es espina, y lo que es rosa.

La discriminación ama la luz; la confusión la teme. El Jardinero ve la espina y la rosa incluso en el otoño, porque ve el Uno.

Quien ve, lo es todo y se aleja de la diferencia del bien y mal.

Para ese, y para todas las cosas en él, llegó definitivamente la primavera.

El que se cree alguien, se cierra como un capullo, no se transformará en flor, ni dará fruto.

El capullo tiene que marchitarse para que brote la fruta. Rompe la cerrazón de tu cuerpo y darás frutos de espíritu.

El capullo es la forma, la fruta es la realidad. El capullo es la buena noticia, la fruta su cumplimiento.

Cuando cae la flor se hace visible la fruta.

Hay que partir el pan para que alimente; hay que pisar las uvas para que se transformen en vino.

La discriminación es la resurrección.

La resurrección es que el capullo, muriendo, se convierta en fruta.

El maestro del espíritu

Sin la luz de su espíritu estamos a oscuras. El maestro es mecha encendida que prende fuego y es lámpara que ilumina. Él es el guía para la mente, pero sobre todo para el corazón.

Rûmî usa una imagen bellísima; dice que el maestro es el “final del hilo”. El nos pone un hilo en las manos para que lo vayamos siguiendo hasta llegar al final del hilo. Él es el final del hilo.

Sus palabras y sus actos son un hilo que nuestra mente y nuestro corazón pueden ir siguiendo, y que nos adentra paso a paso al lugar, que es él mismo, en el que el hilo se ha terminado y estamos frente al abismo.

Y dice Rûmî que el final del hilo es un collar de perlas para el corazón. Ese es el don del maestro.<sup>53</sup>



El maestro conoce el camino porque es la esencia del camino. Él es el camino, porque quien le ve y le conoce, sabe a dónde dirigirse y cómo.

Él sólo es verano y vida, los demás son sólo otoño y muerte.

Lo que no es él es noche; él es la luna clara en medio de la noche.

Él es anciano por la verdad. La verdad le hace tan anciano que lo hace sin tiempo. Él es la verdad y la verdad no tiene principio.

Él es el cofre de la perla; vino añejo que alivia el dolor, aleja el miedo y el peligro.

El camino que hay que recorrer es imposible marcarlo, porque es el camino a lo sutil de lo sutil, ¿quién puede dejar rastros cuando navega en alta mar?

No viajes sólo y sin guía, te extraviarías de seguro.

Si no quieres perderte, pégate a su sombra; si no quieres que tu enemigo, tu propio ego, te lleve lejos del final del hilo y te pierda en un desierto sin agua, que tus pasos caminen sobre su sombra.

Contempla a los que ni siguieron el hilo, ni llegaron al final del hilo.

Mira sus rostros y huele su olor a muerto.

Tu yo es como un asno que tira de ti a los lugares de hierba abundante. Agárralo del ronzal, no lo sueltes. Si te descuidas y se libera de tu mano, en pocos momentos te llevará a donde pueda comer a su gusto, lejos del camino.

Tu ego y sus pretensiones y expectativas es tu enemigo. Tu asno es tu enemigo.

Si haces lo contrario de lo que él quiere, seguro que te lleva a la senda correcta.

Dejarse arrastrar por el asno es hacerse amigo de la pasión y el deseo.

Ese amor te desvía del camino y te destruirá.

Sólo la luz y el fuego que trae el maestro, somete al burro. Su sombra tranquiliza a la bestia.

Cuando todos buscan acercarse a Dios mediante un acto devoto, tú busca el favor de Dios asociándote con Su siervo sabio y elegido, para que puedas ser el primero en llegar.<sup>54</sup>

No te fíes de tu corazón; ponte a la sombra del sabio a quien nada ni nadie pueden apartar del camino porque él es el camino.

Su sombra es sólida como la de una gran montaña; su espíritu vuela alto.

Tu ego ha velado al Sol; sabe que por encima de todos los actos devotos en el camino, la proximidad del sabio es lo que mejor diluye la niebla que oculta al Sol.

Si quieres que tu enemigo no te encuentre, ponte a la sombra del sabio. Esa es la mejor de todas las acciones devotas. Si la haces, pre- cederás a los demás.

Sométete a él; lleva con paciencia lo que te diga y haga. No digas nada ni protestes aunque hunda tu barco.

No protestes cuando te mate. La mano con que te mata es la mano de Dios.

Si alguien llega al final de hilo solo –algo excepcional–, llegó por la ayuda del corazón de los maestros. Si ausentes ayudan, ¿cuánto más presentes?

El maestro es como el sol que ilumina y calienta lejos, cuanto más cerca.

No seas pusilánime con tu maestro, sé recio porque te va a pulir como un espejo. No te enfurezcan sus golpes.

Déjate conducir a la muerte

Graba el ser del maestro en tu mente, en tu corazón y en tu piel, porque el ser del maestro es Él.

No seas como el pusilánime que quiso tatuarse un león en el brazo

y por dolor de las punzadas le pidió al barbero que no terminara su trabajo, aunque al león le faltaba la cola, las orejas y la panza.

El pusilánime no soporta la acción del maestro que actúa sin miedo, sin piedad.

Soporta el bisturí que usará el maestro, si quieres librarte de ti. El maestro golpea duro porque pretende liberarte de tu ser.

Dice Rûmî que el Sol y la Luna se inclinan en adoración ante quienes han escapado de la propia existencia.<sup>55</sup>

El cosmos entero protege a quienes han muerto a su ser. El ser que el discípulo considera propio, es despreciable, porque es mera ilusión y no ser.

Glorificar a Dios es volverse polvo, nada, en su presencia.

Conocer al Único es consumirse en la presencia del Uno. Quema tu existencia si quieres brillar en el cielo.

Fúndete en el Ser si quieres escapar del “yo” y el “nosotros”.

Descubre la irrealidad de tu existencia, porque la dualidad es una ilusión.

Eso será exaltar y glorificar Dios.

Consumirte en su presencia es aprender el conocimiento de la unidad.

Toda la ruina la causa el dualismo.

No te reserves nada para ti en el camino a Él

Camina en compañía del León. No te faltarán las presas. Será una compañía desigual: el León y tu miserable “yo”.

Pero, no te reserves para ti ninguna pieza que puedas cazar. Entrega todas tus piezas al León.

Quien habiendo emprendido el camino de la muerte a sí mismo, para poder llegar al final del hilo, se reserva para sí algo de lo que sus acciones, pensamientos y sentimientos puedan cazar, por miedo a la inanición, tiene un bajo concepto de Dios.

Esperar “algo” de Dios, es empuqueñecerle, es hacerle a nuestra medida.

Quien así actúa dice querer morir, pero su afirmación es hipócrita, porque su corazón no quiere morir.

No le ocultes ninguna caza al León porque te la arrebatará. Nada escapa jamás de las zarpas del León.

No le ocultes nada, no temas la inanición, antes desea que te arran- que la cabeza con sus garras para que no haya otra cabeza que la suya.

¿Por qué pensáis mal de Dios pidiéndole algo?

¿Creéis que la generosidad de Dios es algo? Pensar que Dios da algo es pensar mal de Dios.

Él no da nada, porque cuando da, lo da todo, se da Él, y Él es vacío.

Dice Rûmî que la riqueza es como la sonrisa de Dios.

Pero no te fíes de esa sonrisa porque puede inducirte a poner de nuevo los pies en ti mismo.

La pobreza es mejor para ti, porque te quita la tierra bajo los pies.

Todo está pereciendo excepto su rostro

Dar algo a Dios, aunque sea mucho, y reservarse algo para sí, para subsistir, es proceder como un asno.

En presencia del León, del “que es”, ¿cómo hablar de yo y tú?

¿Cómo hablar de Él y de nosotros?

Si la visión del León no te transporta fuera de ti, las zarpas del León te destruirán.

Si no quieres perecer, reside sólo en su rostro. Porque “todo está pereciendo excepto su rostro”.

No intentes existir si no es en su rostro. Si mueres en su rostro no se te aplicará el “todo está pereciendo” porque residirás en la excepción.

Ni muriendo hay morir para quienes residen en su rostro.

Y ¿qué es su rostro? Todo lo que en este mundo aparece es su manifestación, la manifestación “del que es”, su rostro; todo es su rostro si puedes verle.

Quien habla de “yo” y “nosotros”, no reside en su rostro sino en todo lo que está pereciendo.

No hay dos “yo”

Es la historia de una persona que llamó a la puerta de su amigo; éste le preguntó quién era y contestó: “soy yo”. El amigo respondió. “Puesto que eres tú, no abriré la puerta: no conozco a ningún amigo que sea “yo”.<sup>56</sup>

56. Rûmî: Ibídem, pg. 240.

En la mesa del Señor no hay lugar para lo crudo; debe cocerse en el fuego de la ausencia y de la separación; tiene que librarse de la hipocresía de parecer que busca a Dios, mientras se busca a sí mismo.

Esta es la ley de la búsqueda: buscarle en el vacío de si mismo y en vacío de Él.

El que todavía decía “yo” en este relato, tuvo que viajar durante un año, abrasado por la ausencia y purgando su hipocresía.

La ausencia le coció hasta que ya no buscó nada y volvió a llamar a la puerta del amigo, lleno de temores de que alguna palabra incorrecta se escapara de su boca.

La experiencia del vacío de sí mismo y de la lejanía “del que es” le coció.

Volvió a llamar a la puerta del amigo. Y el amigo respondió: ¿Quién llama a la puerta? Respondió el cocido: Tú llamas a la puerta.

Ahora, puesto que tú eres yo, entra, oh yo mismo: no hay sitio en la casa para dos “yos”.<sup>57</sup>

La mano de Dios hace que lo imposible se torne posible. Por su hechizo podemos llegar a la no-existencia.

Él actúa siempre dando vida a los humanos, dando vida a la tierra y haciendo que la tierra florezca con frutos que están más allá de la muerte.



Esos frutos que están más allá de la muerte se dan cuando no hay otro “yo” que el “Yo” divino.

### La dualidad y la unificación

El lazo que nos arrastra a la unidad es doble en la forma, aunque su realidad sea una; como los pies son dos para caminar, o las hojas de la tijera son dos para cortar.

En el molino las piedras de la molienda son dos. El agua viene de fuera del molino, hace girar las piedras para moler el grano. El agua, una, entra en la dualidad, para que podamos comprenderla. El santo ya no necesita del molino y vuelve el agua a su estado natural.

La dualidad manifiesta el lugar donde crece el lenguaje sin letras, que es el amplio lugar de la no-existencia.

El reino de las existencias es más estrecho que el de la no-existencia. La causa de la estrechez es la dualidad y la pluralidad.

El mundo de la unificación está más allá de lo que dicen obviamente los sentidos.

Pero si quieres unidad tienes que caminar en esa dirección sin poder alejar de la condición animal, que es vivir en la dualidad.

La dualidad ha de conducir a la unidad porque la unidad se dice en la dualidad.

Hablar de la unidad en la dualidad y de la pluralidad en la unidad no tiene fin.

Si le entregas al León todo lo que caces, todas sus presas serán tuyas

¡Ay de ti si buscándole a Él, te buscas a ti! Buscándole, no busques con qué subsistir.

Quien entrega todas sus presas al León, recibe a cambio todas las presas del León.

Quien aniquila su existencia autónoma es enteramente “el que es”. Quien se entrega enteramente al León, sin reservarse nada para su propia subsistencia, es del León y el León es suyo; ya no es más zorro

sino el mismo León.

Quienes se creen “yo” son como el lobo que quiere reservar para sí la cabra cobrada frente al León; el León les destrozará.

Todo lo que no es su rostro, perece; toda cabeza es arrancada; todo el que se cree alguien frente a Él, es aniquilado por el Único.

Si eres sabio apartarás de tu cabeza la idea de tu propia existencia. Quien no lo haga, su desgracia se convertirá en escarmiento para las generaciones futuras.

No luchéis contra los maestros y profetas

Noé dijo: “Oh tercos, yo no soy yo: estoy muerto para el alma animal, vivo a través del Alma de almas”.<sup>58</sup>

Esa condición no es la exclusiva de los maestros y profetas, es nuestra propia condición, que ellos ponen delante de nuestros ojos y nuestro corazón para que la comprendamos.

Yo no soy yo, y mi aliento es el suyo, por eso mis oídos son sus oídos, mi percepción es su percepción, mi vista su vista, mi mente es la inteligencia infinita. Mi presencia es su presencia.

¡Qué respeto y veneración ante cualquier hombre y ante mí mismo!

En el zorro hay un León; si le miras con ojos nuevos, oirás el rugido del León.

No soy el zorro que creo, sino el León que no parece. Para cual-

quiera que haya muerto a su alma animal y viva en el Alma, en cual- quier hombre ve oculto un León, aunque viva una vida de zorro.

El maestro es un zorro que vive la vida del León. Quien se enva- lentone contra él, será descuartizado por sus zarpazos.

Descuartizado para vida o para muerte.

¡Que la suerte permita que un zorro/León nos deje sin cabeza de un zarpazo!

Es un misterio indescriptible que quienes parecen tener naturaleza de zorro lleven dentro al León como su verdadera naturaleza.

Para comprender al maestro y despertar a nuestra propia natu- raleza leonina hay que empequeñecer nuestra panza, como el zorro y no utilizar trucos zorrunos en Su presencia.<sup>59</sup>

Renuncia al “yo”, “mío”, “nosotros” y entrega todo eso al león para que lo destroce con sus garras.

Cuando no os quede nada de vosotros mismos, todas las presas del león serán vuestras. El león no necesita nada, es puro don. Con vuestro descabezamiento no busca nada para sí; pretende sólo poder hacer de sí un don completo.

No penséis mal de Él, cuando revela que para acceder a nuestra naturaleza, nuestra condición leonina, debemos dejar al zorro sin nada que comer.

¡Feliz el que comprende!

El maestro es como un bruñido espejo en el que nuestro yo y nuestra individualidad no aparecen, como no aparecen los vampiros en los espejos.

El que ve es espejo para el que sabe ver. Ambos no reflejan imagen alguna.

59. Rûmî: Ibídem.. pg. 246.

El que ve es piedra de toque que distingue la moneda falsa de la verdadera.

La memoria de “el que es” y la meditación pulen el espejo para recibir la imagen virgen.

¿Qué es una imagen virgen?

Una imagen no-imagen, una imagen que se diluye, como la niebla de la mañana, en el espejo hasta que no queda en él más que la luz sin forma.

La luz vacía del espejo pule y enciende el temor de Dios.

Pero el temor de Dios no es el temor al Señor Poderoso que puede castigar y aniquilar; el temor de Dios es la veneración y

respeto que retiene el aliento a causa de la conciencia de la presencia inmediata “del que es”.

Nada puede perjudicar nuestra naturaleza original

La injusticia y envidia de los hermanos de José fue como una cadena puesta a un león.

La cadena no hace que el león deje de ser el rey de los animales. El león es el señor de todo lo que amarra; conoce lo que liga y lo que desliga.

José estaba en el pozo como la luna cuando se refleja en las aguas de su fondo. La profundidad del pozo no perjudica a la luna que está en los cielos.

Nada puede perjudicar nuestra naturaleza propia. Lo que parece perjudicarnos, nos beneficia.

Dice Rûmî que del grano arrojado debajo de la tierra, surgen las

espigas; del trigo aplastado surge el pan; el pan triturado en la masticación se transforma en mente y corazón; del amor que se olvida de sí surge la alegría y el gozo.

Desaparecer es ser.

Comprender esto es un discurso que no tiene fin.<sup>60</sup>

¿Qué tendrás en tus manos el día que adviertas la realidad de tu ser?

Dios dirá en el día del juicio: ¿qué me has traído de tu paso por la tierra?

Dicho con lenguaje menos mítico: el día que adviertas con claridad la realidad de tu ser ¿qué tendrás en las manos?

El día del juicio no es el día de un juicio externo, es el día de un implacable juicio interno.

¿Creías que no llegaría el día de esa toma de conciencia, el día de la advertencia completa, el día del juicio interno?

Si ese día no tienes una ofrenda en tus manos, todo será para ti polvo y ceniza.

Prescinde, mientras puedas, del sueño y la comida; deja de desaprovechar tu tiempo y deja de alimentarte de aire.

Come y duerme escuetamente para poder advertir tu ser. Ora para advertirlo a tiempo.

Muévete, intenta una y otra vez que tus sentidos contemplan la Luz, para que puedas salir de este mundo, como de un útero, a la vasta extensión de la tierra.

La vasta extensión de la tierra es el rostro de Dios.

60. Rûmî: Ibídem., pg. 248.

En esa amplísima región las flores permanecen siempre frescas, porque allí ya no se conocen los calores del verano ni el ocaso del otoño.

No te fatigues hasta quedar exhausto buscando de qué sustentarte, cómo mantener tu ser, que se escurre siempre entre los dedos de tus manos.

Observa la paz y felicidad de tu sueño profundo; mira como en él estás libre de fatiga y de angustia.

El sueño profundo es una muestra de la paz de los sabios: están lúcidos y despiertos pero sin fatiga ni ansias, como si estuvieran dormidos.

Porque están como dormidos, pero despiertos, actúan sin conciencia de que lo hacen, espontáneamente.

Dios, el Único Actor, actúa a través de sus manos.

En sus acciones ya no es el ego el que actúa, nadie actúa fuera de Él.

Los sabios son como las montañas, sus acciones son como el eco que reverbera en ellas.



Las montañas que devuelven el eco no son conscientes de si gritan o cantan.

Sin ego no soy consciente de que yo actúo; actúo sin conciencia de yo, en mí “se actúa”, actúa el Único.

“Al que es” sólo le puedo ofrecer un espejo. El espejo del Ser es el no- ser

¿Qué podemos ofrecer los humanos “al que es”, a lo único que realmente es?

¿Qué podemos ofrecer que Él no posea, que Él no sea?

Sólo podemos ofrecerle un espejo para que en Él pueda ver su bello rostro.

El espejo sólo puede ser la pureza vacía de nuestro corazón y de nuestra mente.

Nuestro corazón y mente, vacíos por el profundo silencio interior, es el lugar en el que Él se mira.

Cuando Él se ve en mí, puede acordarse de mí, porque me da realidad; la suya.

Sólo se puede ver a Él en mí; así puede acordarse de mí, porque

¿qué hay en mí si no Él?

Así soy imperecedero, porque en mí, fuera de Él no hay nada, En mí sólo está su rostro, y ese es imperecedero.

Mi corazón y mi alma no son nada para darlas en ofrenda. Si mi pecho no es su espejo, ¿qué realidad voy a ofrecer?

En mí no hay nadie, sólo hay o su rostro velado por mi necesidad, o su rostro patente en mi corazón limpio.

¿Cómo puede pensar Él en lo que es nada? Sólo puede mirar, sin ojos, lo que claramente es Él.

¿Abandona Él a los que, creyéndose alguien, cubren su rostro y muestran su propia nada?

No, porque también bajo el velo sucio de la ignorancia está su rostro.

¿Cuál es el espejo de ser? El no-ser.

Dice Rûmî: Trae no-ser como tu regalo, si no eres un necio. El ser sólo se puede ver en el no ser.<sup>61</sup>

El ser sólo puede verse cuando se es capaz de reconocer el propio no-ser.

Reconocer el propio no-ser es la única y verdadera ofrenda que podemos hacer a Dios, porque es arrancar el velo de la ignorancia de nuestro propio rostro para que aparezca lo único que en nosotros es, Él, su rostro.

¿Qué es mi nada, en concreto, para que pueda ofrecerla? La enfermedad del espíritu, la bajeza de mi sucio metal.

Mis defectos y carencias son la patencia de mi nada, muestran mi no-ser, no mi pecado.

Mis defectos reconocidos y asumidos, mi condición pequeña y rastrera, es el espejo en el que brilla su gloria.

El reconocimiento de mi nada, en todo lo concreto de mi vida, es su espejo. ¿No es eso un consuelo y un don?

El silencio de todos mis reclamos, como si fuera alguien, y la comprensión de mi nada a través de mis omisiones y bajezas, es su espejo.

El que reconoce sus miserias, limpia su pecho para que le refleje. El que se cree ser alguien o poseer algo en su cuerpo o en su espíri-

tu echa sobre su corazón y su mente un espeso y negro vaho que hace Su rostro irreconocible. La limpieza del corazón viene por la luz, no por el arrepentimiento.

Desangra tu autocomplacencia hasta que empalidezca y muera.

No te sientas mejor que nadie si no quieres asemejarte a Satán que se creyó mejor que Adán.

Quien se cree mejor que quienquiera que sea, es peor que quienquiera que sea, por baja que sea su condición.

61. Rûmî: Ibídem., pg. 250.

Aunque haya inmundicia en tu fondo, y la hay, por poco agua clara que tengas en la superficie, reflejarás, aunque sea levemente, su rostro.

Los maestros del espíritu te ayudarán a drenar tu inmundicia. Si tú lo intentas, lo único que harás es remover los fondos y enturbiar el agua.

El maestro, desde fuera iluminará la oscuridad de tus estados espirituales.

¿Cómo?

Reflejando nítidamente el rostro de Dios. Haciéndolo, te muestra tu propia realidad y drena, con ello, tus inmundicias, que son siempre las consecuencias de creerse alguien otro que Él.

El rostro del maestro, que es la faz de Dios, limpiará las inmundicias que llevas a la espalda.

La luz del maestro es como un rayo que abrasa los supuestos de tu ignorancia, esos supuestos, que por desconocidos para ti, los llevas a la espalda.

¿Quién posee la verdad?

El Profeta recibió la revelación. La revelación no vino de Mahoma.

Quienes reciben la sabiduría de los profetas, reciben lo que no viene de ellos.

La revelación de la sabiduría recibida, está en el propio interior, en lo más hondo del propio interior.

Pero esa hondura del propio interior ya no es el ego, la personalidad e individualidad concreta; por eso reconocerla es recibirla.

La verdad que es la negación de la realidad del ego no puede residir

en el ego. Ningún ego, ninguna individualidad puede poseer la verdad. La verdad posee a las personas cuando las reduce a la unidad.

Quien cree poseer la verdad, quien cree que su personalidad, su ego, posee la verdad, reviste su ego con un manto de luz y pone sobre su cabeza un sombrero sagrado.

Ese sombrero y esa vestidura son una maldición, porque son como una barrera de acero que protege al desvalido ego.

Quien cree poseer la verdad se obstina hasta el punto de no reconocer que no posee la verdad, porque de sí no salen más que aguas negras.

Pero la conciencia de poseer la verdad le impide arrepentirse del fatal error de creerse poseedor de la verdad.

Creerse poseedor de la verdad es infidelidad y orgullo.

Esos se ponen a sí mismos grilletes y se encierran en la oscuridad.

Creen tener el campo abierto, pero están encerrados tras un muro. Quien se cree poseedor de la verdad, se somete a la reputación.

Mientras esté el ego, no hay verdad; pero quien se cree poseedor de la verdad, siendo ego, tiene que parecer tener la verdad que no tiene. Mantener la reputación es la solución y el grillete que le ata con cadena de hierro el cuello, los pies y las manos.

Ese tal se cuida más de su reputación que de la verdad. La reputación es más dura que una cadena de hierro, aunque sea invisible.

El amor a la reputación es una muralla para la faz del Amado.

Quienes se someten a la reputación, son guías que, en realidad, son un recio muro para la verdadera espiritualidad.

Hacen de la religión una cadena de reputación y orgullo.

¿Quién puede liberarse de esa cadena cuando uno mismo es la fuente de su propio mal? Su mal está vestido de ángel de luz.

Si lo supieran, desesperarían, dice Rûmî.

Pero tienen solución para librarse de esa vieja gangrena de las religiones si acuden al Clemente.

El reflejo de la sabiduría puede descarriar, si no se sabe reconocer que la sabiduría viene de los sabios.

Aunque la luz brille en tu casa, viene de la luz del sabio. La luz del sabio es la de Él.

Comprende que ningún ego puede ser sabio, que para cualquier ego la sabiduría es prestada.

Camina sin detenerte, no creas que has alcanzado tu hogar; sólo es un replano en el camino, tienes todavía mucho que caminar.

Aunque tu ego brille como el hierro al rojo, el fuego no es tuyo. Aunque tu casa esté llena de luz, la luz no es tuya, es del sol; cuando se ponga el sol podrás comprobar que la luz no era tuya.

Todo recibe su ser “del que es”, desde las hierbas del campo, hasta el propio cuerpo. Espera que la vida se retire y nadie soportará tu hedor.

He recibido el habla, el ojo y el oído. He recibido también los rayos del sabio sobre mi alma. Si Él se retirara del mí, mi alma sería como un cuerpo sin alma.

Pon tu cabeza en la tierra, porque la tierra testificará lo que eres; la tierra y las rocas te dirán lo que eres, polvo, nada.

Tu pensamiento y opinión te vuelven incrédulo de que no posees nada en ti, de que nada de lo que tienes viene de tí mismo.

Rómpete la cabeza contra el testimonio de la tierra. Los sentidos de los que poseen razón y corazón entienden el lenguaje de la tierra y el barro.

El filósofo dice que es sólo la melancolía la que llena la cabeza de la gente de “revelaciones”. Es su ceguera la que arroja sobre él el escepticismo.

El filósofo que sólo usa la razón, no va más allá del ego. Dice Rûmî que quien tiene esta actitud, si quiere conocer al diablo, bastará con que se mire a sí mismo.

Lo propio del diablo es el orgullo de creerse ser, no siendo.



Y continúa Rûmî: quien tenga duda en su corazón de si es o no es, es un filósofo en secreto, porque hace que su mente se rija sólo por la razón.

Vigila, porque esa vena de filósofo está en ti.

En ti están larvadas las setenta y dos sectas, porque todas las sectas son sólo formas diversas de afirmar la dualidad y, con ella, la propia realidad.

Mantente con temor y temblor en el sutil filo de navaja de la no dualidad y en el abismo vacío de tu propio ser.

Ese es un trabajo arduo, no basta con ser una buena persona.

Se puede ser buena persona y tener la estructura mental del diablo, que tuvo la pretensión de ser frente a Dios.

Ser buena persona, desde el punto de vista del camino al conoci- miento silencioso, puede ser como el oropel, que la piedra de toque descubre que no es oro; o como la moneda falsa que circula de noche y que la llegada del día desenmascara.

Iblis, el demonio, después de cientos de miles de años de ser prínci- pe de los ángeles, se precipitó en el abismo por creerse alguien superior a Adán, hecho de barro.

Creerse superior a Adán es creerse ser; y creerse ser es tener el orgullo de creerse ser frente a Dios.

No te enfrentes al que es más sabio que tú

No utilices tu capacidad de sutilidad contra otro más sutil que tú.

No emplees tu capacidad de reconocer la dimensión absoluta de la realidad contra otro que la reconoce más que tú, ni te compares, ni le envidies. Si lo haces pondrás tu espiritualidad al servicio del ego; pondrás la calidad humana profunda que has conseguido al servicio del ego.

Eso es lo que hizo Satán y otros cien mil como él.

Utilizar la sutilidad del espíritu, de la religión, al servicio de un ego o de un ego comunitario, esa es obra del diablo. Esos son ladrones porque roban lo que no les pertenece.

“El que es” en algunas ocasiones mostrará públicamente el juicio y la condena de esa maldad. La falsedad, en ocasiones brilla ante todos los hombres con su luz negra; pero en muchísimos casos queda oculta. El que quede oculta no significa que no caiga bajo el severo juicio. Hay juicio público y hay juicio privado. El público puede no darse, el privado siempre se da, tarde o temprano.

La falsedad de mancillar lo más noble en ocasiones es pública, y sirve de escarmiento; pero si no llega a hacerse pública, cada hombre sabe que en su interior la falsedad se abre como un abismo que, tarde o temprano, le tragará.

Teniendo esto en cuenta se puede afirmar que son innumerables las víctimas del juicio contra la falsedad y la mancillación de lo más noble.

Sométete sólo a la Verdad y conoce tus límites.

Si lo haces, cuando encuentres otro más sabio le reconocerás y no le combatirás sino que darás gracias a Dios de haberle hallado.

Sabe tus límites y no pongas los pies más allá de tus límites. Quien pone los pies más allá de los propios límites de reconocimiento de “el que es”, no es el reconocimiento, sino el ego.

Si pones los pies más allá de tus límites se te tragará el abismo negro del ego, y el ego que se cree ser, es el abismo oscuro de la nada.

¿Hay violencia justa?

Los sabios desprecian la falsedad, aunque tengan piedad de los que hayan caído en ella.

La Razón universal, no la que está al servicio del ego, lo sacrifica todo a la Verdad. Su juicio es implacable; lo sacrifica todo en interés de la Razón.

La Razón universal es la fuerza del viento de la Verdad. Ese viento es como un huracán al que nada puede resistir.

La Razón es la inteligencia universal, la que no está quebrantada por los intereses del ego. La razón es parcial cuando está cuarteada por los deseos y temores del ego.

La Razón universal y la razón particular al servicio del ego no son dos.

Desde la mitología creacionista, todo está al servicio del hombre y todo lo que se le oponga debe ser sacrificado. Todo lo que se oponga al hombre, sean animales o humanos, deben ser sacrificados.

La mitología creacionista pone a todas las criaturas al servicio del ego. Esta ya no es nuestra situación.

Por efecto de las ciencias y las tecnologías, el destino de todos los seres vivientes y el destino humano están unidos.

La tierra y sus criaturas ya no podemos considerarlos, como nues-

tros antepasados de las sociedades agrarias, como recursos al servicio de la humanidad.

¿Qué es oponerse, verdaderamente, al ser humano? Atentar contra su supervivencia y, sobre todo, atentar contra su cualidad esencial que es reconocer su condición absoluta.

Desde el mitologema creacionista y desde la mitología ganadera, quienes atenten contra los humanos, su sangre es lícita.

El mito afirma que quienes se oponen a la revelación de la dimensión absoluta de los humanos y de todo lo real, su sangre es lícita, y sus mujeres e hijos son despojos libres.

Ya no estamos en esa situación cultural; pero los problemas que el texto de Rûmî presenta son reales todavía hoy.

El texto dice que “por necesidad se dio permiso para derramar la sangre de los infieles como la de las bestias salvajes, con flechas y lanzas.”<sup>62</sup>

¿Es lícito matar a los que traicionan la condición esencial humana, negando la revelación de nuestra dimensión absoluta? Rûmî dice que por necesidad, sí.

Presentemos el problema de otra manera, añadiendo su dimensión social: ¿hay que presentar la otra mejilla, como dice Jesús, no cuando se trata de un individuo, sino cuando se trata de un pueblo?

¿Hay que luchar, utilizando la violencia si es necesario, para que la Razón universal no se transforme en razón al servicio de la

animali- dad, es decir, al servicio del ego depredador, sea al nivel del individuo o de un pueblo?

En la situación de pueblos aislados unos de otros y, además, progra-

62. Rûmî: Ibídem., pg. 258.

mados por la mitología ganadera, regida por la epistemología mítica, habría que contestar a esa cuestión, que sí.

En una sociedad globalizada, sin epistemología mítica, habría que afirmar que la violencia, que la guerra no sería legítima nunca, pero no de manera absoluta. Hay que recurrir siempre a procedimientos diplomáticos y organismos internacionales.

Pero, incluso en esa si- tuación, puede ser que un grupo humano se desmande y no haya otra solución que acudir a la violencia. El caso de Hitler, el de las mafias o los fanatismos ideológicos, religiosos o nacionalistas, que utilizan el terrorismo, podrían aclarar la complejidad del problema.

Cuando la razón parcial, con todo su poder científico y tecnológico, se pone al servicio de un ego individual o colectivo

depredador, no siempre la diplomacia y los organismos internacionales son eficaces. Y este tipo de problemas tienen que ser solventados.

No te pongas en riesgo con vana confianza

No confíes en tu santidad y en tu fuerza para ponerte en riesgo, no sea que te ocurra como al búfalo que confía en sus cuernos para enfrentarse con el león. El león le despedazará.

La ignorancia y maldad de las gentes es mayor que tu fuerza.

Si no te vanaglorias de tu fuerza y te haces humilde como una hierba del campo, el viento de maldad que arrasa los grandes árboles sólo te limpiará del polvo. No te creas tronco de árbol poderoso, sino humilde hoja, si quieres que el huracán o el hacha no tengan poder sobre ti.

Pero ¿qué es el león, el fuerte viento y el hacha? No es nada fuera de Él.

¿Qué es toda forma en presencia de la Realidad? El movimiento de la rueda de los cielos proviene de Él; el movimiento del viento surge de su realidad; el flujo y reflujo de la respiración, ¿de dónde proceden si no es de su espíritu?

Dios hace que el viento arrase a los que se creen ser, o que sea vida y limpieza para los humildes.

“La realidad es Eso, Él”.

Todos los niveles de la tierra y el cielo no son más que briznas de paja en ese mar que fluye. La fluctuación de las pajas la produce el agua cuando se agita. 63

Si Él quiere se balancean en las aguas, y si quiere las lanza a la orilla.

Él es el búfalo que se atreve frente al león y Él es el león que des- pedaza. Él es el que se atreve más allá de sus fuerzas y Él es el que castiga el atrevimiento.

¿Qué hay fuera de Él?

El ego que se atreve, apoyado en la ignorancia de atribuirse su fuerza, no es otro de Él. Y Él es también el que despedaza para arran- carte a ti y a los que te rodean de la ignorancia de atribuirse su propia fuerza y apoyarse en ella.

¿Quién hay fuera de Él?

Con razón dice Rûmî que este tema no tiene fin.

No condenes, si no quieres ser condenado

Aunque el pecado y la maldad de las gentes resulten claramente visibles, no les condenes, ni siquiera en nombre de



la religión o del camino interior; si lo haces no reconocerás tu propia culpa.

Las maldades de los otros son como tu propio espejo.

La arrogancia en la defensa de la verdad, reverdece el mundo, por- que es añadir ignorancia a ignorancia.

Si comprendéis, no despreciéis a los que, atareados, han olvidado a Dios.

Si vosotros no olvidáis es por su protección.

La sabiduría no es vuestra, porque si todavía estáis presentes, no hay sabiduría. Donde está todavía presente el yo, no hay sabiduría.

Si el yo ya no está presente, vosotros ya no estáis.

Si imitáis y os apropiáis de las palabras de los sabios, como si fueran vuestras, no les comprenderéis jamás; porque donde haya alguien que se apropia, alguien que imita, no hay comprensión.

La comprensión se da cuando no queda nadie.

No supongas que la dimensión absoluta se alcanza siguiendo los cánones de la dimensión relativa

Sin salir de los cánones del ego, hacemos suposiciones sobre la dimensión absoluta de la realidad. El resultado puede ser tan absurdo como el diálogo con un sordo.

No supongas nada, no esperes nada; nunca será según tus supuestos o según lo que esperas.

Veamos un ejemplo de un mal supuesto:

Muchos llevan a cabo obras de devoción y anhelan ser aprobados y recompensados por ellas. Es un pecado escondido; lo que creen que es puro, es, en realidad malo...64

Creen que el progreso en la vía espiritual es obtener, aunque sea lo sutil de lo sutil.

El progreso en la vía espiritual no es obtener sino vaciarse hasta desaparecer.

La piedad desde el ego que espera recompensa, aunque sea sólo la de aprobarse a sí mismo, es pecado escondido, porque parece obra buena y es, en cambio, fortalecimiento del ego, aunque sea un ego piadoso. No aumentes tu desvío con tu piedad. Procura encontrarte entre los bien guiados. No te descarries pensando que buscas a Dios y, en realidad, te estas buscando a ti mismo.

No creas que la revelación sea análoga a lo que dan por realidad nuestra mente y nuestros sentidos.

No intentes representar, objetivar la revelación, porque la revelación no se puede limitar, no se puede acotar de ninguna forma. Por tanto no se puede describir.

No te pierdas en la letra. Puedes escuchar la letra y tu espíritu permanecer sordo.

64. Rûmî: *Ibíd.*, pg. 263.

No apliques el razonamiento analógico “al que es”

El conocimiento “del que es” no se obtiene por analogía. No hay analogía posible entre el pobre mundo construido por un viviente necesitado y la realidad absoluta.

No hay relación entre este mundo y el otro. No hay relación entre un mundo de objetivaciones e individuaciones y otro, en el que ni hay objetivaciones posibles, ni posibilidad alguna de individuación.

No hay posible relación entre lo que es un objeto y lo que está completamente vacío de toda objetivación.

Tampoco puede haber, pues, analogía. Para que haya analogía han de haber dos posibles términos acotados, y en este caso sólo un término- no puede ser acotado, objetivado, el otro es inobjetivable, inacotable.

Todos los términos que aplicamos a la dimensión absoluta son por analogía.

Nombrarle por analogía no es delito, pero tomarse la analogía como real es ignorancia.

El conocimiento de la dimensión absoluta no es por formulación, ni analógica; no es tampoco como una naturaleza que se pueda heredar por lazos de parentesco; es una herencia espiritual a la que sólo se puede acceder por el intento (la ascesis bien comprendida, ¿qué es sino el intento?) y la piedad en el sentido de veneración por todo lo que es. Esto tiene muchas consecuencias para la enseñanza de esa dimen-

sión y para el aprendizaje.

El sabio utiliza los razonamientos y las analogías cuando es de noche o cuando las nubes cubren la luz del sol.

Pero cuando se hace de día, usa la visión, no intenta razonar.

No te ligan a tus ideas sobre el absoluto. Estate siempre dispuesto a abandonarlas, por más venerables que sean.

Si te ligas a las palabras, pasará ante tus ojos la visión y no la reconocerás, porque esperarás que quepa en la noción que tienes de Él; y el no cabe en ninguna noción ni imagen.

Que las ideas que te haces de la dimensión absoluta no pongan trabas a tu visión; no pongas patrones a lo que debe ser tu visión.

¡A cuantos desvía este error!

Cuando oyes la revelación, no te dediques a memorizar su sentido externo y a hacer analogías.

Esa actitud es la prueba de que no has comprendido la revelación.

No has comprendido que es Sin Forma.

Si memorizas su sentido y haces analogías, convertirás tus fantasías en realidad.

Has oído la revelación de Dios y has inventado cien analogías sin comprender el sentido sin forma.

El que oye la revelación y cree, por ello, que la posee, la misma revelación le cegará y le precipitará en el abismo. Le mostrará su radical error y lo dejará sin nada y vacío.

Tienes que reflexionar sobre la revelación, pero ¡cuidado! no te dejes embaucar por la reflexión o la opinión. Tu reflexión debe parecerse más a “caer en la cuenta” que a razonar.

La revelación no son palabras.

No os aferréis ni fomentéis, al escucharlas, vuestro ego y vuestra presunción.

Si no brota en vosotros la piedad, incluso con respecto a los mal- vados, los celos divinos os arrojarán a lo hondo de la tierra. Volveréis a lo más hondo de vuestro yo.

No existen los cielos poblados de seres inmateriales, no existe la pureza de los seres espirituales.

No existe un mundo celeste por encima del terrestre.

No existe el mundo de arriba y el de abajo que puedan entrar en una relación correcta.

La analogía entre el estado del cielo y el de la tierra es inexacta: tiene una diferencia oculta.<sup>65</sup>

¿Cuál es esa diferencia oculta? Que no hay dualidad ninguna.

No exhibas la profundidad de tu vida interior

Dice Rûmî: Reclina tu cabeza en el mismo lugar en el que has bebido el vino.<sup>66</sup> Que no te vean borracho de Él, o serás el hazmerreír y la burla de las gentes.

Con respecto a las dimensiones interiores de la vida, todos los hombres son como niños; no comprenden el interior y sólo ven el exterior chocante.

Nadie es adulto si no es consciente de su propia nada.

Para ser conscientes de la propia nada hay que haberse distanciado de los mecanismos de los deseos, temores y expectativas. Los deseos, temores y expectativas siempre suponen y reafirman al yo.

Quien se identifica con ellos, sigue el juego de la vida como los niños; toma lo que no es por lo que es, como los niños cuando fijan cabalgar sobre una escoba.

Este mundo es un juego y un pasatiempo, porque nada es real, todo es “como si”, como en los juegos de los niños.

65. Rûmî: Ibídem., pg. 266.

66. Rûmî: Ibídem., pg. 266.

157

Quien se hace incapaz de distanciarse de ese juego, de esa irrealidad, ¿puede decirse que es inteligente?

No, aunque esté cargado de ciencias, porque no ha entendido lo más básico, lo más importante, lo más patente, para quien ha aprendido a ver, del misterio del existir.

Las cuestiones más importantes y más centrales en la vida de los individuos y de los grupos humanos, como el deseo sexual, la guerra, los negocios, los estudios, el éxito, el dinero, sin la visión y comprensión de la profundidad, que es la nada de todo eso, son como los juegos de los niños.

En el día del discernimiento, cuando las realidades muestren su inevitable vacío, comprenderán la inanidad de sus vidas.

La opinión general, por más que sea compartida por muchos o incluso por todos los que te rodean, no es capaz de encubrir la Verdad. Siempre hay un día en el que, oscura o claramente, la



Verdad de la existencia aparta de un manotazo a la opinión y muestra su desnudez.

Mostrando su verdad desnuda hace comprender, de un golpe, que pasamos la vida cabalgando sobre caballos fingidos.

Es amargo comprender un día que la mente, el sentir, la percepción y la comprensión, el amor y las expectativas han estado cabalgando sólo sobre “lo que parecía ser”, pero que en realidad era sólo una escoba que creíamos que era un brioso corcel.

Hay dos tipos de conocimientos, los que elevan y son como un espíritu que Dios nos envía en nuestro auxilio, y otro tipo de conocimientos que son sólo una carga. En el mismo apartado Rûmî cita unas palabras, que atribuye a Dios:

No seáis como asnos cargados de libros.

El saber que no conduce a la desnudez de nuestro propio ser, a nuestra nada que le refleja a Él, es sólo como los libros que acarrea un asno.

No se muestra Rûmî enemigo de las ciencias y las artes, pero advierte que si ese peso se lleva correctamente, la carga te será quitada y obtendrás la Luz.

Las ciencias y los saberes de este mundo pueden ser carga de asno o ayuda para la Luz; pueden engreírte y lastrarte, o

pueden ayudarte a comprender el misterio indecible de todo lo real.

Si llevas el fardo de tus conocimientos sobre tus deseos egoístas, los saberes te hundirán en el barro del camino.

Si los llevas con discernimiento y desde el amor por todo lo que existe, no serán carga para tus hombros, ni te hundirán en el lodo del camino, sino que aligerarán tu marcha de forma que podrás dar grandes zancadas.

¿Cómo te liberarás del egoísmo que hace mal uso hasta de lo más noble?

Sólo el sabor del vino te liberará de ti.

No confundas el nombre del vino con llevarlo a la boca.

El nombre no tiene poder para liberar; es más, incluso puede ponerse al servicio del ego.

Pero si usas bien el nombre, el nombre te cogerá de la mano y te llevará a su proximidad. Pero, insiste Rûmî, no se corta una rosa de las letras que la nombran.

Que el nombre te lleve al nombrado, porque la luna no está en las aguas del arroyo.

Pero el nombre no te llevará al nombrado a menos que reconozcas tu desnudez. Mientras te asientes en tu ego, el que es “nada de todo”, el “Único que es”, no podrá mostrársete.

Si te libras de ti mismo contemplarás su esencia, que es tu esencia inmaculada y, observa Rûmî, verás en tu corazón todas las ciencias de los profetas, sin libros, sin preceptor ni maestro.

Quieres recorrer ese camino, ven con la luz de los profetas, porque beben el mismo vino y se sumergen por completo en las Aguas de la Vida.

El conocimiento, oculto a los que viven de la opinión, hace de un kurdo un árabe; hace de un niño que toma lo que no es por lo que es, un sabio que comprende que nada es, sino “el que es”.

La historia de la pintura de los chinos y de los griegos

Los chinos y los griegos disputaban sobre quienes eran los mejores pintores. El sultán les puso a prueba.

Empezaron disputando, hasta que los griegos se retiraron del debate. La Verdad, que no es una formulación, no se dirime en el debate. El sultán asignó una habitación a los chinos y otra a los griegos, separadas por una cortina. Los chinos pidieron, cada mañana, al sultán mil colores. Los griegos dijeron que no necesitaban colores sino sólo quitar la herrumbre. Su trabajo les volvió claros y puros como el cielo. Cuando los chinos terminaron su trabajo lo enseñaron al sultán, que quedó encantado. Los griegos retiraron la cortina que les separaba de

la pintura china. Las pinturas chinas se reflejaron en la pared purificada. Todo lo que estaba pintado en la pared de los chinos se reflejaba

en la pared de los griegos de forma más bella y sutil.

Esta es la historia que narra Rûmî.<sup>67</sup> Siguen sus reflexiones.

Los griegos son los que han pulido sus pechos de toda codicia, avaricia, odio. No es que hayan perfeccionado su ego hasta llegar, si fuera posible, a ser perfectos. Quien pule su corazón de codicia, avaricia y

67. Cfr. Rûmî: *Ibíd.*, pg. 269-270.

odio, es decir de todo deseo y expectativa, lleva en su corazón las infinitas formas del Sin-forma reflejadas en el espejo vacío de su corazón. Cuando el corazón está vacío, sin herrumbres, no tiene límites.

¿Qué límites puede tener cuando el vacío del corazón puede reconocer al Vacío?

En este estado, el entendimiento se calla, porque ya es sólo cora- zón. O mejor, entendimiento y corazón se han unido hasta no formar más que una sola facultad.

En ese corazón, cada imagen que se refleja en él brilla hasta el infinito, porque cada imagen sólo habla de Él.

Las imágenes que se reflejan en ese corazón son, a la vez, pluralidad y unidad.

Cada imagen que se refleja en ese corazón sin herrumbre, aparece sin imperfección, es decir, aparece sin ser propio.

Quienes han purificado su corazón, escapan del lenguaje de las cosas que dicen ser y, por ello, contemplan en toda su belleza, sin obstáculo alguno, “al que es”.

Han abandonado la corteza del conocimiento, que es la objetiva- ción, para entrar en la desnudez y profundidad de la certeza, que es sin objetivación.

Porque el pensamiento objetivante se ha callado, se ha adquirido la Luz, el mar de la gnosis, le llama Rûmî.

Quienes se sitúan en ese nivel de pureza, que es conciencia de la nada del propio ser, ni les aterra la muerte, ni nada puede dañarles.

Su saber no procede de las ciencias humanas, sino de la anulación de sí mismos y de la pobreza radical, que no es pobreza de bienes, sino pobreza de sí mismos, hasta no ser.

A esa anulación y pobreza no se llega sin haber gustado el vino.

¿Qué es el vino?

La percepción “del que es”, que es la esfera del vacío, que es la visión de Dios.

La visión de Dios no es la visión de una realidad, de un supersujeto, sino la visión del Sin-forma en toda forma. Pero la visión de mente, corazón y sentidos, es verdadera visión.

La prueba del jardín de la fe

El Profeta preguntó a Zayd: ¿Dónde está tu prueba del jardín de la fe, si ha florecido?

Contestó: He estado sediento durante el día y por la noche no he dormido por causa del ardiente amor.

Mi día y mi noche han sido como una lanza disparada que atraviesa el escudo.

He atravesado la frontera infranqueable de la dualidad.

He penetrado en la región donde los contrarios son uno: la natividad y el crecimiento son uno; cien mil años son como una hora; la perennidad y la eternidad se unifican; ahí la mente ya no puede investigar, sólo puede intuir, ver.

¿Dónde está la prueba de sinceridad de ese viaje?

Veo a los moradores de los ocho paraísos y los de los siete infiernos. Puedo discernir quién irá al paraíso y quién quedará excluido de él. Quien ve eso, discierne lo que es real de lo que no lo es; discierne los que se construyen sobre el vacío de los que se construyen sobre roca sólida.

¿Cómo es eso posible?

Quien vio con toda claridad su propio vacío, su propia nada y com-

prendió que sólo Él es, es capaz de discernir entre quienes ya conocen y sienten que no son nadie y quienes creen todavía ser alguien.

Ve, por consiguiente, los que ya andan por los caminos que conducen al jardín y los que andan por el camino que conduce al infierno de la propia nada que pretende ser alguien.

El día de la discriminación se verán los rostros blancos y los negros.

El mito de la resurrección y del día del juicio dice que en ese día se hará patente lo oculto.

Para el que ya ha conocido el día de la discriminación, el día que sale a luz la pretensión de ser y la realidad de la propia nada, ya ve, en vida, los rostros blancos y negros.

“Los condenados lo son en el útero materno: todos se conocen por la marca de Dios”. 68

Nadie es sino Él. Él es el único actor. Fuera de Él no hay ningún otro actor.

En el seno de la completa unidad ¿quién puede predestinar y quién puede ser predestinado?

¿Qué significa, pues, esta afirmación mitológica?

En primer lugar, que a pesar de que pueda parecer que hay diversidad de actores, uno solo es el actor.

Si fuera de Él no hay nadie ¿quién sufre condena?

La ignorancia sufre la condena; pero la ignorancia no tiene actores, ni tampoco existe.

¿Existe algo que pueda llamarse ignorancia frente “al que es”?

Nadie está junto a Él.

Se condena el camino que lleva a los humanos al sufrimiento de pretender ser, no siendo.

¿Qué realidad tiene ese camino?

68. Rûmî: Ibídem., pg. 273.



Ninguna, sólo es sufrimiento de la mente y del corazón.  
Sufrimiento individual y colectivo, como pesadilla dolorosa e irreal.

Es pura pesadilla que sólo está en la mente de quienes la sufren, y que se transmite de generación en generación.

Y quienes la sufren se arrastran a sí mismos, y arrastran a quienes les rodean, al dolor de querer ser algo sustancial, no siendo nada, sino el Innombrable.

Se condena a los negadores de los signos “del que es”; porque negar “lo que es”, es precipitar la propia mente y el propio corazón en el vacío; en el vacío del propio ser, sin poder reconocer, sino negando, lo que es el propio ser.

Esa tensión de querer ser y no ser, eso es la condenación.

La ignorancia es como un gran río, en cuyo centro la corriente es muy rápida.

Quienes nacen en el centro de esa corriente, con toda probabilidad, no podrán escapar de ella.

Quienes nacen en los remansos laterales del río, podrán escapar de la corriente.

Rûmî dice que la muerte es como un parto del que nace el “espíritu-niño”.

Los que están al otro lado de la frontera de la muerte, esperan impacientes en qué estado nacerá ese espíritu.

Los etíopes, los condenados dirán: “el espíritu nos pertenece”.

Los anatolios, los benditos, dirán: “no nos pertenece, pero es bello”.

Es una hermosa imagen para diferenciar a quienes se lleva el centro de la corriente del río, de quienes se libran de esa poderosa corriente.

Quienes se creen ser, se les llevan las aguas; quienes saben que no son, pero son testigos del ser, se salvan de las aguas y ven que todo es bello. A los etíopes los arrastran los etíopes; a los anatolios les llevan los anatolios. El sabio los conoce por sus rostros; sabe quienes están vacíos

y quienes están llenos de sí mismos.

Las mentes, los corazones y las obras de los ignorantes son la corriente central de las aguas.

No es una corriente de entidades reales, es sólo una corriente de representaciones, de falsos supuestos y de sus terribles consecuencias.

La corriente es una corriente de irreflexión, de ignorancia, de falta de reconocimiento de “lo que es”, de tomar “lo que sólo parece ser”, por “lo que es”.

¿Quién es el ignorante?

Nadie es el ignorante, aunque se cree ser. Hay una corriente de ignorancia en la que “nadie” es ignorante.

Si la ignorancia es de “nadies”, ¿será real la ignorancia?

Tampoco la ignorancia es real. Sólo Él es, y no hay velo que pueda cubrirlo.

Sólo Él es el actor y nada puede engañarle. Todo es un “parecer ser” que causa dolor, que puede ser un infierno, porque en él se vive queriendo ser sin poder serlo.

Como dice Rûmî, este discurso no tiene fin.

El potente simbolismo de la resurrección y el Juicio

El sabio vive ya la resurrección y vive ya el Juicio.

Zayd, con permiso de Mustafá, empezó a hablar del Juicio para que se comprendiera ya lo que significa.

Quien habla con claridad del Juicio, su espíritu reluce como el sol porque ya ha discriminado entre lo que parece ser y lo que es.

El Juicio muestra la diferencia entre la palmera datilera y el sauce estéril; la diferencia de la moneda auténtica de la que sólo es una aleación; la gente de la izquierda, de acciones que

merecen que les corten las manos, de los que reconocen y actúan en consecuencia.

El Juicio deja al descubierto todas las hipocresías, y las grandes proclamas verdaderas de los Profetas.

El Juicio muestra el infierno en el que se precipitan quienes creen ser y actúan como si fueran; y muestra los jardines de quienes saben Quién es verdaderamente, y los que se quedan en un estado intermedio, en el sí pero no.

El Juicio exhibe las aguas benditas en las que se bañan los que reconocen, y el mundo de paz, amor y respeto en el que viven, que es como un jardín. Los que no supieron reconocer gritan diciendo: ¡qué pena! perdimos nuestra ocasión.

El mito expresa la gran discriminación, como desde fuera, viniendo de Dios. Y lo expresa también como un juicio de ultratumba, para indicar, que aunque pueda parecer, en la vida de los hombres y con los criterios del mundo, que ese Juicio no ocurre aquí y ahora, en esta vida y desde dentro de la humanidad y de cada uno de los hombres, sí que ocurre aquí, para quien sabe ver, como Zayd.

Los necios viven el Juicio y el infierno, sin reconocerlo.

El Profeta hace callar a Zayd, diciéndole que frene, porque su caballo se ha desbocado.

Si el mundo comprendiera el significado de la resurrección y del Juicio, los ejes sobre los que funciona, se vendrían abajo. El mundo no está preparado para semejante cataclismo.

El mundo no puede soportar la nada de sí mismo. El mundo y los que pertenecen al mundo no puede soportar la fuerza de semejante verdad.

El sabio no se avergüenza de decir la verdad

El sabio es como un reflejo de Dios que no se avergüenza de decir la Verdad.

Cuando la Verdad golpea el corazón, la vergüenza desaparece.

El sabio es como un espejo salido de la funda y como una balanza. Ni el espejo, ni la balanza pueden mentir. El sabio es sabio para ser espejo y balanza donde quien quiera pueda verse y quien quiera pueda pesarse.

Si la luz ha convertido tu corazón en un Sinaí, devuelve el espejo a su funda. Las gentes no soportarán verse.

Pero, ¿podrás contener el Sol de la Verdad oculto bajo el brazo?

La Verdad no se puede ocultar, hace explotar aquello que quiere ocultarla. Ni el loco ni el cuerdo resisten su presencia, dijo Zayd.

Sin embargo, dijo el Profeta: basta con que te tapes el ojo con un dedo, para que el mundo se quede a oscuras para ti. Como un dedo puesto en un ojo es bastante para que dejes a la noche sin luna; los

intereses, deseos insignificantes de un pequeño ser viviente, pueden ocultar al Sol de la Verdad.

Esto es un símbolo de cómo se puede velar a Dios.

Contempla en tu propio interior las profundidades del mar

Calla tu boca y contempla en tu propio interior las profundidades del mar, del que sólo eres una suave ondulación.

Sus profundidades son tuyas; y tuyos será los cuatro ríos del paraíso. No porque tú seas alguien que posee algo, sino porque Él es.

Tus dos ojos son como fuentes que están bajo tu control; si tu corazón quiere serán aguas venenosas que matarán toda vida entorno tuyo, y si tu corazón quiere serán aguas vivas que lavarán todos los signos “del que es”. Si tu corazón quiere tus ojos se volverán hacia lo tangible y si quiere se volverán hacia lo sutil.

¡Mira qué amas!

Los cinco sentidos se orientan en la dirección que el corazón les marca. Si el corazón quiere, la mano es la vara de Moisés o una espada que destruye. Si el corazón quiere, pone los dedos de acuerdo para escribir un bello libro.

La mano esta sujeta por una mano oculta. Si la mano oculta quiere la mano exterior hiere, si la mano oculta quiere, la mano exterior ayuda al amigo. La mano oculta que sujeta la mano exterior es el corazón.

Dispones de diez sentidos (cinco exteriores y cinco interiores), siete órganos de acción, y lo que no puede ser indicado (la capacidad sutil de intuir y testificar).

Los sentidos y los órganos de la acción obedecen al corazón.

El corazón posee el sello del rey al que obedecen los sentidos. El sello que da el poder al corazón, es la luz.

Si la luz te libra del engaño de este mundo, nadie le arrebatará al corazón el sello. Entonces los dos mundos serán tuyos, como lo son tus sentidos.

Si te arrebatan ese sello de luz, habrás perdido tu reino y tu fortuna; y tu corazón, a oscuras, te llevará a la perdición.

¡Comprende para que tu corazón no te extravíe!

Si niegas el engaño que sufres, si no lo reconoces, ¿cómo salvarás tu alma de la balanza y el espejo? La balanza y el espejo están frente a ti, en el maestro exterior, y están en ti, en el maestro interior.

### Cómo reconocer la calidad

Luqman era menospreciado porque su cabeza estaba llena de ideas y porque no presentaba el color que el mundo aprecia. ¡Tener ideas y ser diferente de las gentes, resulta amenazador!

Fue enviado por su amo, con otros esclavos, a recoger fruta fresca. Los esclavos se comieron la fruta y acusaron a Luqman de haberlo hecho. El amo le reprendió seriamente. Luqman le pidió que les pusieran a prueba: que todos bebieran agua caliente en abundancia y que corrieran junto a los estribos del amo a caballo. Cuando todos se cansaron de correr, vomitaron. Los otros esclavos vomitaron la fruta que se había comido; Luqman sólo vomitó agua.

Así se conoce la calidad de las personas; puestos a prueba devuelven lo que el corazón se ha comido.

Los corazones, cuando aman, muestran de qué se alimentan y lo que son.



La astucia de Luqman fue capaz de mostrar lo que cada esclavo era. “El que es”, muestra a quien sabe ver, lo que cada persona es, no lo

que cree ser o lo que dice ser.

El fuego del infierno, no en el otro mundo, sino en éste, muestra a los que no “reconocen”.

Los sabios y profetas han amonestado con dulzura para que adviertan los signos “del que es”, pero los infieles han rechazado el consejo.

Dice Rûmî: “los dientes del perro son adecuados para la cabeza del burro”. 69

El infierno, acá, es como el mordisco en el hocico del asno. Quien no reconoce “lo que es” tiene el severo castigo de vivir “en lo que no es”.

Mira con quién o con qué te emparejas. Emparéjate con el sabio, vivo o muerto, y aprende de él.

Si quieres luz, acércate, emparéjate con la luz.

Si quieres escapar de tu herrumbrosa prisión, construida por ti mismo, vuelve tu rostro al que enciende tu corazón, “al que es”, al Amado, Él fundirá tus barrotes.

¡Analiza finamente qué amas, de qué te alimentas!

El presente-ausente

Contén el corcel de tu espíritu racional.

Cuando el espíritu racional es consciente de sus límites, de sus errores, está desgarrando el velo de la ocultación.

69. Rûmî: Ibídem., pg. 279.

La razón que conoce sus errores con respecto a Él, se aproxima al ausente.

La razón es como un tamborilero que le anuncia; hay que callarle. La razón es como una carretera que lleva a Él; hay que cortarla. Con respecto a la razón, Dios desea la ocultación.

Tira de las riendas de tu razón, párala, es mejor que Él esté oculto a todos tus intentos de interpretarlo.

Si tu razón sabe que no puede ni debe interpretarle, cada uno se alegrará con su propia fantasía, cada uno le imaginará a su medida.

Dios quiere que hasta los que todavía están alejados puedan apun- tarle. Las figuras que de Él conciben, les ennoblecen. Esas figuras que de Él conciben les dan esperanzas.

Las esperanzas que ellos mismos conciben les hacen correr junto a su estribo.

Dios quiere que grandes y pequeños, príncipes y cautivos tengan esperanza y temor.

Quien tiene esperanza, tiene temor.

Cuando se desgarró el velo, desaparecen la esperanza y el temor.

Él, es inconcebible, y por inconcebible, invisible, pero a pesar de ello, lleno de poder y majestad y capaz de someter a prueba.

Salomón se presenta como un pescador. Pero si lo es, ¿por qué está solo y disfrazado? Y si no lo es, ¿por qué tiene el aspecto de Salomón? Dios se presenta como sus signos y sus sabios. Los signos y los sabios tienen el aspecto de Él; si lo son, ¿por qué están los signos

disfrazados y los sabios solos?

Así la mente duda hasta que Salomón vuelve a mostrarse como rey. Entonces la sangre del diablo de la duda es derramada.

Cuando Salomón abrió su mano y mostró su anillo de poder, todos se volvieron a él.

Cuando Dios se muestra como “el que es”, en sus signos y en sus sabios, todas las dudas desaparecen.

Mientras Él está ausente, hay ansiedad porque se busca lo invisible. En su ausencia, la mente y el corazón imaginan y fantasean.

En cuanto está presente, la imaginación y la fantasía desaparecen. Pero el que es el Sol radiante, no aleja las nubes de nuestras imá-

genes y fantasías sobre el ausente.

Y esas imágenes y fantasías sobre él son como lluvia. Así a nuestra tierra oscura no le falta fertilidad.

Nuestro sentir necesita de imágenes y fantasías, aunque finalmente puede vivir y debe vivir sin ellas.

Hablando desde una mitología teísta y creacionista, podemos fantasear, figurar, que Dios quiso que creamos en lo invisible, hasta el día en que suene la trompeta, para que le busquemos en las grietas del mundo que construimos entorno nuestro.

En la oscuridad del mundo que construimos entorno nuestro, cada cual vuelve el rostro en una dirección: donde se produce la grieta, o a la imagen que nos hacemos de Él.

En ese mundo construido desde la necesidad están las cosas invertidas durante un tiempo: el ladrón lleva a la horca al magistrado y el sultán es esclavo del esclavo.

Damos por real lo que no es real y por no real lo que es real.

Damos por reales las cosas, las objetivaciones, y damos por no real al inobjetivable y, por ello, invisible, aunque

inmediatamente visible. Nuestro hábito mental da por no real lo que no puede objetivar; lo que no puede objetivar le resulta invisible, sin embargo, eso inobjetivable es inmediatamente visible.

El gobernador de una fortaleza fronteriza, se siente alejado del sultán y de su protección; pero si es fiel, la guarda y no la vende al enemigo, y actúa como si el sultán estuviera presente.

Así, durante el caminar por la vía, hay que servir al Ausente.

Al Ausente hay que reconocerle de camino. Cuando se llega al término ya no es necesario el reconocimiento. Ese reconocer, de camino, al Ausente, es lo que se llama, en términos religiosos, obediencia al espíritu y fe.

Que Él aparezca a tus ojos como invisible, como ausente y como velado, es señal de que no has llegado, pero de que te has aproximado, de que le has reconocido y que le sabes “no-imagen”, inobjetivable y, por ello, como velado para un pobre viviente; aunque no hay velo que cubra al que es el Único.

Puesto que las cosas son así, no te quejes. Si te quejas, todavía estás tú. Espera a que el propio Dios manifieste el conocimiento que está en Él, cuando tú ya no estés.

¿Quién es el testigo, sino Él?

No hables, no interpretes.

Todo, signos y sabios están aliados para manifestarlo.

Las cosas, que hablan como si fueran ángeles, y los sabios testifican que no hay Señor salvo Él, que nada es, sino Él.

Dios mismo habla en cosas y sabios.

Es como si se asociaran a Él para que podamos soportar su res- plandor.

El canto claro de las cosas y las palabras de los sabios derivan la luz del Sol; y están ahí para no abrasar los ojos débiles.

Los signos, como ángeles, tienen diversos grados de luz. Pero todos esos diversos grados de luz provienen del único Sol.

Cada humano tiene un grado de luz o de tiniebla, es como un ángel de luz o de tinieblas.

Dice Rûmî: Las estrellas brillan como guía para el hombre de poca vista que no soporta ni siquiera la luz de la Luna.<sup>70</sup>

Los sabios y profetas son como la luz de la Luna.

La función de los sabios y profetas y el trono del corazón

El Profeta advierte a Zayd:

No expliques el misterio con tal claridad que se vea amenazado el cumplimiento de la ley religiosa.

Cuando la religión es el sistema de socialización y programación de la sociedad, la vida interior, la vía del silencio no debe amenazar a la ley religiosa, es decir, al sistema de cohesión y socialización colectivo. Esta no es nuestra situación. Las religiones ya no son el sistema de programación colectiva, por tanto el cumplimiento de la ley religiosa importa en cuanto conduce o ayuda al silenciamiento interior, de lo contrario no es de obligado cumplimiento.

Por el contrario, si que serán de obligado cumplimiento los postulados y los proyectos que las sociedades se establezcan, que es el nuevo sistema de programación colectiva; a menos que sean contrarios a las vías de silenciamiento o al amor.

Los sabios son como estrellas que orientan el caminar en la noche, como faros en la oscuridad.

Abrasan lo que se cree ser, como se abrasa la hierba seca.

Si no tuviéramos los ojos y el corazón ofuscados, podríamos recibir

70. Rûmî: *Ibíd.*, pg. 282.

la luz directamente del Sol y no necesitaríamos ni faros, ni estrellas, ni luna.

Los profetas son como la luz de la luna en la noche.

El profeta es un hombre como nosotros, sobre el que luce directamente la luz del Sol, como sobre la luna.

Pero no hay luna alguna frente a Él, no hay dualidad alguna entre el Profeta, el sabio y Él.

Los sabios y profetas tienen naturaleza oscura como nosotros. También el Profeta y el sabio tiene un yo, como nosotros. El Sol les otorgó su luminosidad.

Los profetas nos traen la luz del Sol mitigada, porque nuestros ojos no resisten la luz del Sol.

¿En qué consiste la mitigación?

En que el Sol nos aparece en la figura de un hombre, no en su desbastadora inmensidad y sutilidad.

Los profetas y sabios son miel y vinagre, son Su presencia en un ser humano, para que así podamos más fácilmente encontrar el modo de curar la enfermedad de nuestro corazón.

La enfermedad de nuestro corazón es objetivar y objetivarse, como si nosotros y las cosas fuéramos realidades existentes.



En cuanto reconozcas la miel, “el que es”, deja el vinagre, “lo que parece ser”.

Esa miel purgará y sanará tu corazón; entonces Dios misericordioso estará sentado en su trono.

Y su trono será tu corazón.

Entonces él dirigirá tu corazón sin intermediario ninguno.

Y Él tomará el timón de tu ego, porque tu ego no es otro de Él

¡Bella imagen!

¿Dónde estará entonces Zayd, dónde estará el hombre?

Este discurso no tiene fin. Él es en cada cosa, sin que cosa alguna sea.

Los que se pierden en Él

Cuando comprendas, no encontrarás a Zayd, no encontrarás al hombre. Ha huido, se ha fugado de sus zapatos, ha dejado caer su individualidad. No le encontrarás, porque ni él se encuentra.

Ha desaparecido como la luz de una vela a la luz del sol. No descubrirás rastro de esos hombres, ni en la tierra, ni en la vía estrellada. Nuestros sentidos, nuestra mente y nuestra razón se borran, des-

aparecen en el conocimiento “del que es”.

No eran otra cosa que Él, leve reflejo de su luz. Las mentes y corazones de los sabios se balancean sobre el océano de luz “del que es”, reunidos en Él.

Cuando para los sabios llega la noche, cuando deben volver a las tareas, los que se habían ocultado vuelven al trabajo.

Dios restituye los sentidos y la mente a quienes los habían perdido, para que vuelvan a la faena.

Pero sus sentidos danzan en alabanza de quien habiéndoles dado la Vida, les devuelve a la vida.

Como el día de la resurrección, según el mito, te arrancará de la no existencia a la existencia, así te arrancó Dios de la no existencia, cuando no eras.

¿No comprenderás tu no-existencia?

Desde la no existencia de ti mismo te volviste a Él. Ese es tu lugar. Lo que no es, hace grandes canales de irrigación, para intentar sostener su ser, sin atreverse ni a negar su propio ser, ni a hacerse la

pregunta sobre su propio ser.

¡Que no te asuste tener que reconocer tu propia nada! La no-existencia se estremece constantemente.

Te aferres a lo que te aferres, el temor será la agonía de tu espíritu.

Dice Rûmî: ¿Qué es la agonía del espíritu? Avanzar hacia la muerte y no asir el Agua de la Vida. 71

Aferrarse a la propia existencia, y caminar por ello hacia la muerte y no atinar a asir el Agua de la Vida, que es reconocer que sólo Él es.

La agonía del espíritu es aferrarse a lo que no es, y no asirse de lo que realmente es.

Sólo vemos la tierra y la muerte, y nos invaden todas las dudas con respecto al Agua de la Vida.

Rûmî aconseja disminuir lo que se pueda esas dudas para poder caminar en la noche, porque la noche pasa.

Hay que buscar el día en la noche.

Para eso tenemos un instrumento: la razón bien usada consume las tinieblas.

Hay que llegar a comprender que el Agua de la Vida es compañera de la oscuridad. Que “Eso” está en “esto”.

¿Cómo podremos trabajar en la oscuridad de la noche, cuando estamos invadidos por la pereza? Si nos dejamos invadir por esa modorra, se nos pasará la noche y no habremos cumplido el trabajo.

¿Quién es el enemigo?

El fuego del deseo, que es la raíz de todas nuestras desviaciones y de todos nuestros errores.

El fuego del deseo no es un fuego externo, no son llamas que pueden apagarse con agua. Tiene la naturaleza del infierno. Es el infierno.

¿Cuál es el remedio para el fuego del deseo? La luz “del que es”.

71. Rûmî: *Ibíd.*, pg. 285.

Que las luces de los profetas te libren de que tu carne se convierta en leña para el fuego.

El deseo no se reduce satisfaciéndolo; disminuye dejándole insatisfecho. Si echas leña al fuego, ¿cómo querrás que el fuego se apague? No eches troncos al fuego, para que se extinga.

El conocimiento “del que es” hará que nos agarremos a Él, por temor al fuego.

El fuego no puede nada contra quienes conocen la realidad de “lo que es”.

El fuego que no se apaga con agua

El fuego de las pasiones abrasa todo lo que toca, abrasa las ciudades.

Ese fuego no se apaga con agua; hasta el agua huye de ese fuego.

Ese fuego es un signo de Dios para quien reflexiona, porque llega a comprender de donde proviene ese fuego y cómo se apaga.

Ese fuego se apaga dando pan, no con ostentación y orgullo, norma o costumbre, sino por amor a Dios, temor, piedad y súplica, dice Rûmî.<sup>72</sup>

¿Por qué dando pan se apagan las llamas?

Porque quien socorre a los menesterosos, sin buscar nada a cambio, sino por amor “al que es”, por reverencia y piedad por todo lo que es, se aleja del propio ego, que es el horno de donde brotan las llamas.

Ese acto de generosidad es una súplica para liberarse del fuego. Abrir las manos para dar es soltarse del ego.

72. Rûmî: *Ibíd.*, pg. 287.

Del ego brota el fuego.

Pero advierte Rûmî: ¡mira a quien das, no sea que utilice tu don para hacer daño. Expresa esta idea de manera muy gráfica: no des una espada a cada bandido. Discierne.

Parece que esta norma contradiga a la de Jesús, cuando aconsejaba dar sin mirar a quién.

Jesús proclama esa norma significando que demos a todo necesi- tado, sea bueno o malo. Si es necesitado se le ayuda.

Rûmî no está en contra de esta norma, sólo advierte que no seamos necios, no sea que demos a quien utilizará nuestro don para hacer mal.

No quieras explicar la gratuidad del don

En una ocasión Alí venció en combate a un enemigo. Cuando, espada en alto, estaba apunto de asestar a su enemigo el golpe fatal, el enemigo le escupió en la cara. Alí dejó caer la espada al suelo y le perdonó la vida.

El enemigo se quedó perplejo sin saber cómo explicarse tal actitud. Buscaba cómo explicarse la generosidad de Alí, tan poco merecida por su parte, porque además de ser su enemigo mortal, vencido, le

escupió en la cara, afrentándole ya que no le podía vencer.

Alí actuó como Dios cuando alimentaba a Israel con el maná caído del cielo –aclara el texto-. Los israelitas no sólo no merecieron ese maná, sino que protestaban porque deseaban comer verduras y lechugas.

Dios es generoso y alimenta, aunque no sea según nuestros deseos.

El Profeta decía que cuando oraba por las noches, Dios le daba comida y bebida.

Esa comida y bebida es el alimento para la discriminación.

Este tipo de don se recibe sin buscarle explicación. Buscarle explicación a la generosidad, es como rechazar el don.

Quien busca explicación al don y, con más razón al don de Dios, le mide con su corta medida.

Piensa que si no le encuentra el por qué, la causa y la finalidad del don, el don es incompleto por incomprensible.

“El que es” y sus dones no están en el ámbito de lo explicable, de lo que puede darse razón de ello.

La explicación y la razón se quedan las puertas del palacio del Rey.

Dios da sus dones, y a Él mismo en sus dones, por pura generosidad.

El don de Dios es como Él es, absoluto. No tiene una causalidad y un fin.

¿Cómo va a tenerlos, si es “el que es”, el Único?

No quieras interpretar lo ininterpretable, ni quieras encontrar razones a lo que no las tiene.

Él es “el que es”, porque es así, y así mismo son sus dones.

Quien comprende la absolutez del don, se aleja de sí mismo y de sus interpretaciones y finalidades y se aproxima al carácter gratuito y absoluto de “lo que es”.

Si no comprendes esta manera de ser de los dones de Dios y de su propio don, cambia tu conocimiento, pero no cambies la belleza y gratuidad de la rosa, ni cambies como la tradición te lo ha transmitido.

El que mata sin espada

Hemos de ser como Alí, todo él mente y todo ojo, para ver al que mata sin espada.

Que nuestra inteligencia pruebe los vinos que ni nuestros ojos, ni nuestro olfato detectan, pero que están ahí.



Los ojos de los sabios han aprendido a ver lo que es invisible para otros ojos.

Sin hablar ya relucen como la luna, pero cuando la luna habla, los viajeros se orientan con mayor rapidez.

Señalan el camino, aun sin hablar; pero si hablan, es luz sobre luz.

Los sabios son la puerta al conocimiento de que “nadie es como Él”, y ese conocimiento es una misericordia.

Cada ser, incluso una mota de polvo son lugares para la visión, pero están cerrados para el ignorante.

Los sabios son los que proclaman: ¡hay una puerta!, y son los que abren la puerta.

Cuando el sabio, que es como un vigilante, abre la puerta, se remueve el conocimiento, crecen alas y se empieza a volar.

La presencia del sabio, aun sin quererlo, abre la puerta para el que es capaz de ver.

Quien encuentra un tesoro en sus propias ruinas, los encuentra en todas las ruinas.

Quien es capaz de recibir la perla de un sabio, la recibe de todos los sabios.

En estos asuntos la opinión, aunque se esfuerce tiempo y tiempo, no verá más allá de sus propias narices. Y si levanta la

nariz para mirar por encima del hombro a sus hermanos y a lo que le rodea, se convertirá en ciego.

Alí perdona la vida al enemigo vencido que le escupe en la cara

Con su acto, Alí, el sabio, da la vida al alma de su enemigo.

Por su acción, el que estaba sometido al gobierno de las estrellas, es decir, el que estaba sometido al destino humano, va de las estrellas al Sol.

El Sol dota de espíritu a su alma, que por falta de desarrollo era como un embrión. El Sol se convierte en el ayudador de ese crecimiento.

¿Cómo el Sol dota de espíritu al embrión?

De formas oscuras para nuestros sentidos. Rûmî pone ejemplos, tomados de la alquimia de su tiempo para esclarecer la misteriosa forma de influjos del Sol.

Lo que no es oro se convierte en oro, en el seno de la tierra, como la evolución de un embrión, porque el Sol le nutre.

También madura el rubí en las entrañas de la tierra por la acción misteriosa del Sol. Y la fruta madura por la acción del Sol. También por la acción del Sol el cobarde se transforma en valiente.

Somos embriones sometidos al destino, la acción misteriosa del Sol nos hace madurar y nos libera del destino.

¿Cuál es nuestro destino?

Nuestros deseos y temores heredados y cultivados por nosotros mismos. Eso nos marca unos caminos de los que no podemos salir.

La acción de Sol nos lleva al Sol y nos libera del fatal destino, que es un mundo de dolor, angustia y muerte.

El sabio puede hablar de estas cosas porque, como el halcón, está habituado a posarse en el puño del Rey.

El sabio no es un individuo, es cien mil y la comunidad entera, porque su apoyo ya no es sí mismo, sino el puño del Rey.

El sabio es como el halcón del Rey que puede hacer presa en nuestras almas.

Él puede hacer presa en nuestra alma porque practica la misericordia en lugar de la venganza.

La fuerza del sabio es su no-existencia

Alí explica que todo su poder reside en no-ser, y que la fuerza de su acción es que no es su acción.

Cuando empuña la espada es por amor de Dios, no por mandato de su cuerpo.

Es un león en el combate, porque es el león de Dios, no por la furia de su pasión.

Todos sus actos son actos de fe, de confianza y entrega de sí mismo.

Se le aplica la frase coránica: en la guerra no tirabas tú cuando tiraste

la flecha. No es él el que empuña la espada, sino Dios.

Su actuar es un no-actuar porque se ha deshecho de todo el equi- paje del yo, porque ha comprendido que todo lo que no es Dios es como no-existencia.

Su ser es sólo una sombra del sol.

Es chambelán de Dios, no cortina que le oculta.

Quien se considera existente, es como una cortina que tapa al Ser. Su espada hace vivos, no mata.

Su violencia es contra la ignorancia y la hipocresía, por eso la san- gre no empaña el brillo de su espada.

Porque se apoya en el puño de Dios, es inamovible como una montaña en el autodomínio, en la misericordia, en la paciencia y en la justicia.

¿Qué viento puede mover esa montaña?

Los vientos sólo se llevan las basuras. Vientos como los de la cólera o la lujuria barren a todos los que no reconocen.

El sabio es una montaña, un edificio que es Su edificio. Todos los vientos de su espíritu son vientos de Él.

En él no hay otro viento que el anhelo de Él.

El que guía su caminar es nadie, salvo el amor del Uno.

La cólera es su esclava, la ira está embridada. Está sumido en la luz, aunque su choza se hunda.

Si en su actuar aparece un pensamiento que no sea Dios, tiene que envainar la espada.

El sabio es el que ama por causa “del que es”, odia por causa “del que es”, da por causa “del que es” y retiene por causa “del que es”.

Pertenece a Él y a nadie más.

Ya no busca, ni se esfuerza, he atado mi manga a la falda de Dios, dice Rûmî.<sup>73</sup>

Es puro testigo de todas sus acciones, tanto si vuela, como si planea en círculos.

Es como la luna, que toda su luz es la del Sol.

Enseña que somos agua, pero de río; y en el río no cabe el mar.

Bella manera de decir que somos agua del agua, y no otra cosa; pero en el agua del río no cabe todo el agua del mar.

Al hablar del mar inmenso a los que no somos más que ríos, sólo cabe decir que el mar no cabe en el río.

Sólo el testimonio del hombre libre es válido. El sabio es un ser libre.

Dice Rûmî que, así como el testimonio de los esclavos no era válido

73. Rûmî: Ibídem, pg. 294.

en un juicio, así no es válido el testimonio del hombre que es esclavo de la codicia. Sólo el sabio da un testimonio eficaz.

El hombre es codicioso porque quiere apuntalar con bienes la fragilidad de su ego.

Dice Rûmî que es más esclavo el que es esclavo de su codicia, que el que esclavo de un amo, porque al esclavo de un amo, éste puede manumitirle, pero al esclavo de su codicia no hay quien le libere, sino es por un favor especial de Dios.

El que se ha hecho esclavo de la codicia, se ha arrojado a un pozo sin fondo, porque se ha arrojado en el abismo de su propia nada.

Dice Rûmî que no quiere hablar más de la miseria de los que se entregan a sí mismos, porque no sólo los corazones sangrarían, sino que hasta las piedras sangrarían.

Los que ante esa miseria no sangran, no es tanto porque tengan un corazón de piedra, como porque están tan ocupados, que no tienen tiempo de reflexionar, son verdaderamente infortunados.

Otros quedan perplejos ante la invitación de los sabios de morir antes de morir.

Sin embargo sangrarán un día, en el que ya la sangre no les servirá de nada.

Más vale sangrar cuando la sangre puede ser aceptada.

Los sabios y los profetas pueden ser enviados como testigos porque están completamente libres de existencia.

Sólo los libres de existencia propia son verdaderos testigos.

Por el testimonio de los sabios y profetas, los esclavos son liberados, las piedras son convertidas en joyas, las zarzas florecen en los jardines de Él.

El que recibe el testimonio de un sabio se hace uno con él. El sabio no existe; cuando habla, habla Él.

Su persona ya es sólo Él.

Quien oye a Él, reconoce a Él y se hace Él.

Rûmî habla entonces de un tema misterioso que muestra la gran misericordia “del que es”: hay desobediencias que se transforman en obediencias; hay culpas por las que hay que terminar dando gracias a Dios.

Las malas acciones pueden transformarse en ocasión de aproximación y obediencia a Dios.

Todos nosotros tenemos experiencias de graves errores e incluso culpas que han terminado siendo una bendición; que si no se hubieran producido, el camino de nuestras vidas no hubiera tomado un giro hacia Él.

La ofensa a Alí del enemigo vencido, fue la ocasión para el gesto de misericordia de Alí. Le escupió, Alí le dio un regalo. Dio un don al inicuo, que le abrió la puerta para salir de su iniquidad.

Si así se portan los sabios con los inicuos, ¿que tesoros y reinos no darán a los que se comportan rectamente?

Los sabios muestran la misericordia “del que es”, son la misericordia “del que es”.

El significado oculto de los decretos de Dios



El Profeta susurró a los oídos del escudero de Alí, que Alí moriría por su mano.

Ante este anuncio del Profeta, el escudero dijo a Alí que le partiera en dos para que el mal de tal crimen no pesara sobre su alma.

Alí contestó que el Cálamo que escribe el destino está ya seco,

que no se puede cambiar lo escrito. Nadie escapa a lo escrito, a lo predestinado.

Por ello Alí no odia al que ha de matarle, porque sabe que su acto no proviene de él, sino que es el instrumento de la mano de Dios.

Dios es el que le matará por la mano de su escudero; ¿cómo oponerse al instrumento divino?

¿Qué otro actor hay fuera de Él?

También la represalia por un crimen es obra suya.

Él es ofensor y es el ofendido. La venganza y la misericordia son en Él, Uno.

En todos los fenómenos, Él es; en todos los reinos Él es el gobernante. Él es el que destruye y Él es el que repara.

Él sustituye una aleya revelada por otra mejor; él corta la hierba y hace que brote un campo de rosas; Él disuelve la noche en el día y el día en la noche.

Él es el único actor. No hay otro actor frente a Él.

Los contrarios se manifiestan por la oposición de uno al otro. Él creó la luz y el amor, en el núcleo oscuro del corazón.

Las guerras del Profeta fueron la causa de la paz. El que encantaba a los corazones, cortó cabezas.

El jardinero poda para que la palmera crezca mejor.

El dentista arranca la muela infectada para que el paciente no tenga dolor ni mal.

Para los mártires hay vida en la muerte. Se degollan animales para que el hombre se alimente.

¿Es eso justificar la violencia?

No, sino tomar la vida como viene, también con su violencia.

El Profeta fue un hombre de su tiempo y un líder de su tiempo, y fue un líder guerrero, cuando convino.

En toda esa acción, nos invitó a reconocer que Él es el Único Actor.

Afronta esta paradoja. No alimentes tu mente y tu corazón con el pan de los criterios de la vida cotidiana. Si te sometes a esos

criterios, no comprenderás, no darás frutos, como el sauce.  
Transforma tu comprensión y tu sentir; convierte tu cobre en oro.

Si quieres comprender, si quieres lavar tu cara, no la apartes del barro, del dolor, de la muerte, de la venganza.

Aférrate a que Él es el único actor. Él parte y anuda lo partido, Él rompe y repara. Él quiebra y compone. Él desgarrar y cose. Él decapita y de la sangre del degollado hace surgir mil vidas.

Los que abren los ojos, pueden ver que el asesino mata porque está obligado por la mano de la predestinación. El que está obligado por la predestinación degollará hasta a su propio hijo.

Por consiguiente, no maldigas a los malvados, dice Rûmî, conoce su impotencia ante la trampa del decreto divino.

Estas terribles palabras nos enfrentan con dureza y casi crueldad con nuestra propia nada: no somos los actores de nuestros actos.

Donde no hay actor ¿qué actos pueden surgir?

Él es, únicamente Él es. Si Él es el Único, todo acto es suyo.

Nosotros sólo parecemos ser y parecemos actuar, pero ni una cosa ni otra es real.

Sólo si comprendemos y aceptamos que no somos actores, porque no somos, podremos comprender la Unidad que nos libraré de todo dolor y de todo mal.

Somos no-existentes, y la predestinación es una dura manera de decírnoslo.

Pero esa dura manera es una gran misericordia, porque nos arrastra por los pelos, de lo que creemos ser a lo que realmente somos.

¿Por qué hay acciones inmisericordes si el Actor es el Clemente, el Misericordioso?

Porque actuamos desde la ignorancia de nuestro propio ser, porque creemos que nuestra individualidad, nuestro ego, es; y se siente frágil y amenazado, porque resbala continuamente al no ser. Por eso mata, roba, es codicioso, etc. Haciendo esas cosas pretende apuntalarse en el ser. Tarea inútil.

La predestinación llama la atención sobre ese nuestro error y nos lleva a comprender que, incluso cuando actuamos mal, desde la ignorancia, no hay otro ser y otro actor que Él

No hay, pues, que huir de la noción de “predestinación divina”, tanto del bien como del mal.

Hay que tragársela y digerirla hasta que haga estallar nuestra falsa pretensión de ser y de ser un actor; hasta que haga estallar en pedazos ese error, madre de todos los errores.

Estas son palabras duras para nuestro sentimiento de ego, de individualidad autónoma, pero son sabias y verdaderas.

Así es “lo que es”. Hay que digerir ese manjar, porque es pan de vida.

La predestinación, bien comprendida, hace saltar en pedazos, hasta el menor reducto, de nuestro pretendido ser.

El sabio no menosprecia ni al perverso

Dios no acepta que Adán menosprecie a Iblis, el demonio, ni acepta que se burle de su situación. Aunque llama a Adán elegido, le llama ignorante de los misterios ocultos.

¿Cuáles son esos misterios?

Iblis no es nada ni nadie, frente a Dios; sin embargo se enfrenta a Él.

¿Cómo puede haber ignorancia en el Único?

La ignorancia, que es creer ser frente a Dios, separa a Iblis de Dios. Pero Dios es “el que es”, y por tanto tampoco Iblis es, por tanto, no está separado del Único.

Cuando Satán actúa, no actúa nadie fuera del Único. Su poder es grande, pero su poder no tiene su consistencia en el ser de Satán.

La conciencia de unicidad no permite ni menospreciar al perverso.

La maldad nos pone frente al enigma de cómo podemos olvidarnos de Él, y cometer el gran error, madre de todos los errores y maldades, de creernos ser alguien frente a Él, cuando Él es nuestra realidad.

Adán reconoce su falta y promete no volver a pensar de modo tan irrespetuoso. Y se trata de respeto por Satán, el enemigo de Dios, según la mitología ganadera, y el enemigo de la especie humana.

No hay orgullo, -que nace del error de creerse alguien-, en el verdadero conocimiento, ni en la verdadera riqueza.

Pero, por nuestra condición necesitada, que nos induce a creernos un sujeto en un mundo, somos proclives a creernos ser, como entidad, como individuos.

Incluso habiendo conocido nuestra radical vaciedad, el riesgo de tornar a considerarse alguien frente a Él, no desaparece.

Rûmî ruega:

No dejes que se descarríe un corazón al que tú has guiado y aparta el mal que el Cálamo ha escrito.<sup>74</sup>

19074. Rûmî: *Ibíd.*, pg. 300.

Tú, el Único Actor, no permitas que la pluma que asigna el destino nos aparte de Ti. Muéstrate a nosotros con tal claridad que nos contemos entre los que están contigo.

¿Qué puede ser peor que estar separado de “lo que es”?

Sin su protección, que es su luz, no hay más que la perplejidad de creerse alguien y tener noticia clara, en todo momento, de la propia vaciedad de ser.

Nosotros mismos somos enemigos de nosotros mismos.

Sin su revelación, el mundo de nuestros deseos y temores devora nuestro espíritu.

Sin la seguridad de su manifestación, que es la revelación de lo que realmente es, no nos queda más que la ceguera y la tristeza de nuestra propia nada.

No hay salvación sin reconocerle. Los cielos y la tierra, el sol y la luna, el mar y todas las riquezas de la tierra es nada frente a Él. Todo está amenazado de no-existencia, si Él no les trae a la existencia.

Y traerles a la existencia es que comprendas que Él es “el que es”. Él marchita el jardín y hace reverdecer la rosa; Él aniquila y hace revivir. Nuestro ser viene de Él, ¿qué podemos ser, si no es humildad

y agradecimiento?

Si Él no nos llama, de forma que nuestros oídos oigan, nuestra carne devora nuestro espíritu.

Todo lo que tiene vida está en Él y está guiado por Él.

Sin Él, tanto lo dulce como lo amargo son el alimento del fuego del deseo y el temor.

Sin Él todo es vano, porque todo está vacío de entidad. Él es la lluvia por la que florece todo ser.

Si es el Único, ¿qué muerte hay en “el que es”?

La muerte no es amarga, sino dulce si se reconoce la unicidad “del que es”.

La muerte es externa y parece una separación, pero es interioridad y permanencia.

La muerte es la vuelta al hogar, del que nunca salimos, pero que olvidamos y tomamos como exilio.

Hacemos de nuestra vida separación, por ese error nuestro, la re-velación dijo: “Ciertamente a Él regresamos”. Por nuestro error es un regreso.

La muerte nos libera del error. En vida nos sentimos separados, muertos regresamos a la unidad.

La muerte no es un castigo, ni un mal, sino una gracia, si la tomamos en toda su radical rudeza, porque nos muestra, con nuestra completa desaparición, que jamás fuimos lo que creímos ser, que lo que somos es la nada que nos muestra la



muerte sin mitigación alguna. Así la muerte es la gran maestra, la misericorde, para quien comprende; para quien no comprende es la gran calamidad, que se puede mitigar con creencias.

Pero las creencias nunca llegarán a apaciguar el terror de nuestro sentir frente a la muerte.

Nadie puede alterar lo predestinado, porque no hay otro actor que Él

El que, según el destino, tenía que asesinar a Alí, le pide que le mate, para que no pueda cometer tan horrendo crimen. Alí le contesta,

que si todos los átomos se armaran de dagas para matarle, no podrían tocarle ni un solo pelo, porque nada puede cambiar lo que el Cálamo ha escrito.

¿Quién hay frente a Él que pueda alterar su acción?

Alí sabe esto y se ofrece como intercesor del asesino. Alí no contempla la muerte como un mal, sino como liberarse de la

separación. Llama a la muerte, vuelta a la nobleza, dulce albahaca, banquete, jardín de narcisos.

Sólo quien ve la vida y la muerte así, es capaz de gobernar convenientemente a los pueblos.

Quien se agarra a la vida, se agarra a la idea de ser alguien y, por consiguiente, a la ignorancia, los deseos y los temores. Ése que no se guía a sí mismo, ¿cómo guiará a otros?

La muerte es un tesoro y un beneficio para los sinceros

El profeta no buscaba el poder de este mundo, cuando conquistó la Meca.

No le importaba nada, que no fuese el Amado. Estaba lleno de la revelación “del que es”, ¿qué podían significar para él los tesoros de los reinos y de los siete cielos? ¿Qué valor tendría para él la Meca?

No juzgues a los sabios y profetas por analogía de tu propia alma. Rompe los cristales a través de los cuales ves.

No cometas el error de Iblis cuando juzgó a Adán como polvo. Dice Rûmî: considerar que los santos son hombres es un legado de

Iblis.75

75. Rûmî: Ibídem, pg. 304.

El Profeta es el “león de Dios”, porque ha escapado de la forma.

Los leones de este mundo buscan presas, porque no han escapado de la forma.

El león de Dios busca la libertad y la muerte, porque ve en la muerte la verdadera existencia.

El deseo de morir, vivo, es la señal de los que comprenden.

Dios dijo en el Corán: ¡Oh pueblo de los judíos, la muerte es un tesoro y un beneficio para los sinceros! Igual que hay anhelo de provecho, el deseo de ganar la muerte es mejor.<sup>76</sup>

Pero los judíos no aceptaron este discurso.

No hay fin para el discurso de la muerte permaneciendo vivo.

Sólo el que ve al Amigo comprende.

En los asuntos de Dios, no se permiten las asociaciones

Cuando el enemigo de Alí le escupió a la cara, la mitad de su ser se reveló desde la pasión de su ego. Eso paralizó a Alí, porque los asuntos de Dios no permiten asociaciones.

El enemigo de Alí apedrea el cristal de Alí, el amado, por Su orden.

Su acción es la del Único.

La acción de Alí encendió la luz en el corazón de su enemigo. Se confesó siervo de las olas del mar de luz que era Alí. Y pidió la profesión de la fe musulmana. Cerca de cincuenta personas de su tribu le siguieron en el camino a la fe.

Dice el texto que la clemencia de Alí redimió del acero a los cuellos.

76. Rûmî: Ibídem, pg. 305.

La clemencia es más afilada que el acero.

Por desgracia, pronto, los asuntos de este mundo eclipsaron la luz.

Cuando el alimento es espíritu, es beneficioso; cuando se convierte en forma, produce incredulidad.

El camello debe apresurarse a comer los cardos verdes, cuando se secan dañan la boca y el estómago.

Hay que comer el pan mientras es espíritu, sin esperar que se seque y se convierta en forma. Si se deja que el pan se seque, se mezcla con la arcilla.

Termina el primer tomo del Mathnawî aconsejando tapar la boca del pozo, para que Dios la torne de nuevo agua pura y dulce.

Si erraste, ten paciencia. La paciencia, en el camino, consigue lo que desea.

No te precipites ni inquietes, ten paciencia.

Dios es el guía de los pacientes, que insisten e insisten.

## EPÍLOGO

Aquí termino mi comentario al primer tomo del Mathnawî de Rûmî. Es el resultado de un seminario que ha durado dos años. Continuaré estudiando y escribiendo las reflexiones que me provoca y las maravillas que puedo alcanzar de sus enseñanzas. Si “el que es” me lo permite, meditaré largamente esta magna obra.

Me ha parecido conveniente y útil ir publicando lo hecho y no esperar a haber concluido la totalidad de la obra. Dada su magnitud, no sé si me quedará tiempo.

**InfoLibros.org**

